



MAXIMO GORKI

CUENTOS DE
REBELDES Y
VAGABUNDOS

COLECCION QUIMANTU PARA TODOS



CUENTOS
DE
REBELDES
Y
VAGABUNDOS

MAXIMO
GORKI



© 39 998.

EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LIMITADA.

Avenida Santa María 076 — Casilla 10155 — Santiago de Chile.

Primera Edición, 1972.

Director División Editorial: Joaquín Gutiérrez M.

Jefe Departamento Editorial: Luciano Rodrigo C.

Proyectó la edición: Renato Andrade A.

Diseño de portada: María Angélica Pizarro.

PROLOGO

GORKI: PERSONAJE DE GORKI

Máximo Gorki fue un autor muy leído en el mundo entero y también por generaciones de chilenos durante la primera mitad del siglo XX. Influyó sobre algunos de nuestros escritores más notables. Pero igualmente sobre muchos simples lectores, quienes advirtieron en su obra algo peculiar quizás porque era demasiado verdadera. Pintaba escenas de la vida airada, los dolores de los vencidos, de esos que tienen todas las batallas perdidas, salvo tal vez la última. Describía de preferencia las penurias crepusculares de los desamparados, de las gentes trampeadas y caídas. A pesar de todo, en el espesor de la niebla, solían divisarse ciertos claros. Algún personaje y en primer término el autor no olvidan murmurar de vez en cuando la palabra "mañana".

Formó parte de nuestras ávidas lecturas de muchachos. Podemos dar fe de que conmovía enormemente. En los últimos años su boga decreció. Pero, al parecer, Gorki no es un mamut antediluviano sino un río que se

convierte por un tiempo en corriente subterránea y luego reemerge a flor de suelo para conocer su nombre una nueva primavera.

Hace poco vimos su novela *La Madre* puesta en escena por el Ituch, a través de la versión teatral de Bertolt Brecht, con esa música magnética y las canciones traspasadas por un ritmo de batalla que compuso Eisler. Envolvió durante un momento la sala un sentimiento movilizador y corrió por ella un escalofrío. Dieron ganas de hacer algo. El mensaje de Gorki estaba vivo, presente. Llegaba al público de 1970. Entregaba al espectador sensible, sobre todo a los jóvenes, un llamado al combate. Se les aclaraba un tanto el porque, hacia dónde debían dirigirse.

En Chile hoy se dan pasos hacia la vida nueva con que él soñaba. Los mordidos por las hambres seculares liman y quebrantan cadenas. Los revolucionarios de nuestro país, en cierto modo, hacen suyos los ideales gorkianos. Claro, el cuadro no es idéntico. El pintó los dramas del ruso de abajo. Fue especialista en vagabundos. Experto en mendigos, hurgador de pequeños burgueses. Escudriña con ojo de lince a los tipos fuera de la ley y los intelectuales fracasados. Pero también tiene la pupila acogedora para el obrero y el campesino.

Si bien su tragicomedia humana sucedió en comarcas remotas, bajo cielos lejanos y cambiantes, un latinoamericano descubre muy pronto en esas páginas escenas que le saben familiares. ¿Por qué habría de ser tan extraño? Al fin y al cabo, la aventura o la desventura del hombre en esencia es semejante. Aquí y allá se han padecido azotes de un régimen que hace a los hombres más diferentes de lo que son.

Apologistas de la llamada *novela nueva* afirman que ella debe crear una realidad por sí misma, un mundo autónomo. Gorki se atuvo a un principio distinto. Mostrar, sí, la vida desnuda; pero revelando en la cámara oscura lo que se mira sin ver. Presentar bajo una luz cruda e inédita los seres al margen, para que el pobre se reconozca en ese espejo, tenga horror de sí, quiera modifi-

car su suerte y reclame el derecho a convertirse en un hombre.

Fotógrafo espectral, parte de la circunstancia diaria para dar relieve a lo insólito de lo vulgar, a lo extraordinario de lo ordinario, a la peripecia singular que acontece a cada rato. Explora regiones tenebrosas del mundo que se tiene por conocido. Redescubre al individuo común.

Según su concepción, el centro de gravedad de la novela es lo real. Sin embargo, no exhibe sus pústulas con la fijeza de los ojos de los muertos ni con la inerte frialdad de los personajes de un museo de cera. Todas sus narraciones contienen un proceso viviente. Desarrollan una temperatura donde el ardor produce el estremecimiento y la contradicción interna jamás permite la indiferencia. Desde tal punto de vista, no hilyana historias ficticias, aunque en toda creación el invento resulta, por supuesto, indispensable. Y Gorki es un imaginativo copioso, que manipula la materia prima que ha extraído de los yacimientos dramáticos de la vida más perra.

Pero también es un personaje de sí mismo. *Quizás el personaje más novelesco de Gorki se llame Gorki. O tal vez pueblo ruso.* Gran parte de su obra es descaradamente autobiográfica. Es cierto que vivió muchas borrascas y sufrió largo y tendido. Sobre todo en sus comienzos, el mundo le mostró los dientes. Lo mordió hasta el sadismo.

LA UNIVERSIDAD AMBULANTE

Por eso decidió cambiarse de nombre. El de pila era Alexis Maximovich Peshkov. Pero cuando le dijeron un día de 1892 —tenía veinticuatro años— que debía firmar su primer manuscrito, para publicarlo en un periódico del Cáucaso, propuso el seudónimo Máximo Gorki. Porque fueron muy duras sus iniciaciones, se metió en las aguas del Jordán, decidió ser su Juan Bautista y se rebautizó como *el más amargo*.

No exageraba. No era un alharaquiento. Discurrió sus mocedades entre gente de avería. Un repertorio de vagos, despidiendo olores fuertes; soñadores en decadencia, popes ladrones, antiguos santones borrachos, comerciantes tronados, artistas consumidos por la más espantosa bohemia, cafiches profesionales, barones venidos a menos amansados en su orgullo por largas cárceles, que han perdido todo excepto un aire de falsa o verdadera dignidad o rasgos de sorprendente delicadeza.

Un ambiente de tipos locos de aburrimiento, practicantes del ocio de los miserables donde es normal el desprecio por el hombre y más que nada por la mujer. El abuelo, celoso guardador del principio de autoridad, golpea religiosamente a su esposa, con periódica regularidad, como quien cumple un rito sagrado.

Lo cuenta en sus *Días de Infancia, Por el Mundo, Mis Universidades*.

Fue de todo. Como ayudante de pintor de iconos, le gustaba contemplar los rostros curtidos y la expresión de los ojos azules en los mujiks. En sus trajines de mensajero, solía leer y escribir cartas ajenas, dar recados amorosos, transmitir noticias felices o de duelos repentinos. Como buzo, aprendió a ver bajo el agua, pero la vida lo andaba trayendo desconcertado.

Cuando bordea la adolescencia de los dieciséis, pierde, en Kazán, la esperanza de continuar sus estudios. Seguirá otras lecciones. Hundirse, por ejemplo, en la piscina sucia de los bajos fondos. Luego purificarse, con la cara enharinada del aprendiz de panadero, aunque siempre sintió que no sólo de pan vive el hombre. Ejerce toda la gama de los oficios varios, donde busca, un poco marginalmente, determinadas notas musicales, aromas más sutiles, unos gramos de belleza, claveles de olor. Por eso, a ratos perdidos le gusta officiar como corista de iglesia y jardinero de damas amantes de la naturaleza.

En la panadería Derenkov se han organizado grupos populistas. Duerme sobre el horno. Algo le quema por dentro. Reanuda allí los vínculos con la juventud revolucionaria.

A los veintiún años se siente viejo. Es un mucha-

chón alto como un álamo, pero torcido por el viento, desgarrado, melancólico, mal comido. Está descontento del mundo, completamente insatisfecho de su vida. Tanto que se pega un tiro. Desde entonces la tuberculosis persigue a este gigante de mirada bondadosa, hombros caídos y mostachos de trapecio.

A pesar de sus achaques, se lanza a campo traviesa en gira de propaganda antizarista. Continúa su aprendizaje de Rusia mediante el método peripatético. Recorre las estepas del sur. A trechos trabaja como peón y después en las pesquerías del Mar Caspio. Se hace barquero en Krutaia. Anda por todas partes a la pesca de personajes literarios, pero la policía anda a la pesca de Gorki. Lo detiene en 1889, en su ciudad natal de Nijni-Novgorod.

Escribe en la cárcel. Publicar es difícil. Necesita la opinión de un consagrado. Korolenko lee su poema *El Canto de la Vieja Encina*. Gorki concluye que no vale gran cosa.

Aún tiene que proseguir sus cursos a pie por el país, madurar mucho, ver más. El trotamundos, el trotarrusia navega por el Volga y el Don a dedo, pagando más bien su pasaje y su comida gracias al desempeño a bordo de los más rudos menesteres. Recorre Ucrania de arriba abajo, Besarabia, Crimea, el Cáucaso. Georgia en detalle.

VERTIENTES DE UN SOLO CAUCE

Tiene la costumbre de enredarse en peligrosas juntas con enemigos del régimen. En Tbilisi, uno que acaba de abandonar la prisión le insiste: "Tú debes escribir". Se lo dice porque lo ha escuchado narrar con ángel o como un demonio. Fue entonces cuando le publican su primer cuento, *Makar Chudra*, en un periódico de la ciudad.

Korolenko, el autor de *El Músico Ciego*, le da su espaldarazo. Entusiasmado, lo recomienda a gritos a las revistas.

Gorki trabaja luego como periodista. Se casa y está tísico. La vida se ensaña con él. Tiene que buscar un clima más benigno. Se irá a Yalta, después tomará una cura de campo. Se siente morir. Antes de despedirse debe dejar algo hecho. Escribe como un condenado.

La primera edición de sus *Cuentos*, en 1898, cayó como una pedrada en el ojo del zarismo. Pero se transformó en best-seller, en la sensación literaria de la época.

Sin embargo, la policía carece de sentido literario y lo encarcela, aunque el éxito asombroso de su libro, que le reporta una popularidad instantánea, le ayuda a obtener la libertad.

Publica más tarde una novela que intrigó nuestros días liceanos: *Tomás Gordeiev*.

Las dos vertientes por donde fluye su existencia son la literatura y la política. Vertientes que se juntan en un solo cauce. Le agrada hablar con Chejov y le interesa el diálogo con Tolstoi, aunque la filosofía del patriarca viviente de la novela rusa le parece ideológicamente candorosa y discuten a propósito de ello con frecuencia pero sin acritud.

En abril de 1901, Gorki va a dar de nuevo con su flaca humanidad al calabozo. Es ya un escritor célebre. Lo publican en el extranjero y surge allí un diluvio de protestas por su arresto. Sale de la prisión para vivir estrechamente vigilado.

Poco después, en 1902, lo designan miembro de honor de la Academia Rusa. El Zar —que sólo en apariencia sabe leer— se pone rojo de indignación. Jamás lo aceptará. Chejov y Korolenko renuncian a sus asientos académicos en señal de solidaridad.

Escribe Teatro. Su pieza *Los Bajos Fondos*, estrenada hace setenta años en el Teatro de Arte, recibe una acogida tumultuosa. Se sigue representando en escenarios de los cinco continentes y conoce varias versiones cinematográficas.

¿Cómo atajar a este hombre?, se pregunta la policía. Resuelve su perplejidad momentáneamente intentando su asesinato. No pueden liquidarlo, pero matan, en cam-

bio, a millares de obreros, que caen en el domingo negro del 9 de enero en San Petersburgo. Gorki está presente en la masacre. Lo apresan dos días más tarde y lo arrojan a una celda en la fortaleza de Pedro y Pablo.

Una mañana, con veinte grados bajo cero, visitamos aquel calabozo, que se mantiene tal como entonces, mostrando el cuarto infecto, el camastro angosto, donde le sobaban las piernas, y el ventanuco de barrotes gruesos. Allí Gorki escribe su tragicomedia *Los Hijos del Sol*.

DESPUES DEL HURACAN

A la salida de la prisión se afilia al Partido Socialdemócrata. Encuentra a Lenin, con quien mantuvo desde ese instante una amistad verídica, franca, substancial, directa, a ratos conflictiva, digna de dos hombres de genio, diferentes, que discreparon a menudo y estuvieron de acuerdo en lo fundamental. En 1907 concurre al Quinto Congreso del Partido en Londres. Publica nuevas novelas, cuentos, dramas.

Cuando triunfa la Revolución Bolchevique, el padre no siempre reconoce al hijo, que ha nacido también de sus entrañas, de su obra fecundante. Tiene horas de duda. Pero cuando atentan contra la vida de Lenin, vuelve sobre sus pasos, quiere colaborar a fondo. Realiza un trabajo cultural titánico. La salud le falla. Viaja a Alemania y después se instala en Sorrento, buscando para sus pulmones enfermos el sol de Italia. Allí da cima a *Los Artamonov* y prosigue una vasta novela cíclica, *La Vida de Klim Samguin*.

En 1928 retorna a su patria. Funda revistas, editoriales, escribe ensayos polémicos, recuerdos literarios, nuevas piezas teatrales como *Egor Bulichov* y *Compañía*.

Por antonomasia, es la gran dinámica de la vida literaria y cultural en los primeros veinte años de la sociedad soviética.

La tenaz dolencia tuberculosa de su juventud siguió torturando y devorando a este hombre, que encierra en

la trayectoria de su vida la parábola del pueblo ruso que pasa del zarismo al socialismo.

Murió el 18 de junio de 1936. Lo sepultaron en la pared de granito rojo del Kremlin. Sin embargo, nadie niega que quedó viviendo en el ancho universo de sus creaciones, poblado por innumerables tipos, pero con un denominador válido para nosotros: la transformación del subhombre en hombre.

No predicó el pesimismo, no divinizó las puertas cerradas. No dijo tampoco que la vida fuera una serie de jeroglíficos intraducibles ni que los nietos debían sufrir en silencio las mismas iniquidades que los abuelos. Al rechazar todo signo de resignación, se distanció de sus grandes predecesores: Gogol, Dostoievski, Tolstoi.

Trazó el diagnóstico, pero propuso a la vez el tratamiento. No había otro remedio que la revolución. Y no una revolución mística, confinada dentro del espíritu puro, en una nebulosa sin destino, sino esa bien concreta que llevan adelante los obreros, los campesinos, el pueblo harto de todos los olvidos.

Así su obra no sólo tuvo alcance literario. Influyó en la formación de la conciencia revolucionaria. Fue un puente tendido entre las orillas de dos épocas, entre las letras de las postrimerías del zarismo y las que surgieron después de Octubre de 1917.

Le reprocharon en su juventud que pecaba de ingenuo, de optimista incorregible porque suponía al pueblo ruso capaz de hacer la Revolución. La historia le dio la razón. El cándido resultó clarividente. El novelista que escribía con tinta negra anunció el resplandor del nuevo día.

Casi siempre sus cuentos son expresiones de la alienación humana. A veces escenas de furor, de delirium tremens, ramalazos de locura, aullidos de lobos y gemidos de ternura. Otros son actas callejeras, relatos de sucesos trágicos, crónicas de viajeros desdichados, cuadros de hampones, memorias de desarrapados, aventuras autobiográficas, anécdotas de un hombre que más que fabular cuenta y recuenta lo vivido, puntualiza sus recuerdos de camino, no al modo de un relator de Corte de

justicia, sino como un oidor de la corte de los milagros, que refiere lo inenarrable, se va de cuento, echando abajo de un golpe el Erase una vez de las historias de hadas.

El propio Gorki llama a *El Castigo*, sobre la joven adúltera desnuda, de seno cortado, con el muchacho que va azotándola y pidiendo el aplauso del público, no *imagen alegórica sino cuadro de costumbres*. Como notario in pártibus de la realidad tremenda, Gorki estampa al pie: "Yo lo vi el 15 de julio de 1891, en el pueblo de Kandinovka, del distrito de Kherson".

Muy típico de su primera época es *Flor de Miseria*, la prostituta de once años que, en medio de una riña de borrachos, canta una canción de cuna arrullando una cuchara de palo envuelta en un trapo.

Vaska el Rojo, con su cara color de carne cruda y sus ojos hambrientos, torturador y verdugo de burdel, esconde bajo la superficie bestial, como casi todos los personajes gorkianos, a alguien que no se entrega a primera vista.

El bufón de la cárcel, *Sasubrina*, ama su papel con una vanidad de prima donna gaticida.

De los crímenes de las soledades, *En la estepa*, "nadie es culpable de nada, ya que al fin y al cabo todos somos igualmente unos brutos".

Los Primeros Besos tienen sabor a sal marina.

Una que Fue es la oración por una estrella filante.

La vieja Iserguila, medio ciega, narra las proezas temerarias de Danko, *El Héroe* legendario.

En la ciudad de los ricos y los pobres, melancólica y tenebrosa, donde las fábricas eran más altas que los campanarios, los hombres de los subterráneos levantaban poco a poco la cabeza, iban rompiendo las cadenas de las mentiras que los tenían aprisionados y se elevaba una palabra: *compañero*.

Caín, entre ladrones, revendedores y mujeres de mal vivir. Artemio, el favorito de pasteleras y tenderas, el apolo del pueblo. La extraña relación entre el fuerte y el débil, *Caín y Artemio*.

Anduve una vez por Abjasia, cerca de Sujumi, oloroso a mar y a plantaciones de té. Por allí, en la huella

de los vagabundajes, sesenta años antes Gorki sirvió de improvisado partero. Dijo a una desconocida: "ahora mismo vas a parir". Lo relata con pelos y señales en *El Nacimiento del Hombre*.

Verdaderamente, Gorki ayudó a nacer de nuevo al hombre. Ayudó a levantarlo porque estaba caído.

Lo cual se verá en esta colección de cuentos.

VOLODIA TETTELBOIM

Santiago, enero de 1972.

EL CASTIGO

Por entre las casas de aquella calle, con aullido salvaje se agita una extraña procesión.

La multitud, apretada y lenta, avanza como una gran ola, y delante, al paso, marcha un flaco caballo cómicamente hirsuto, con la cabezota abatida. Levantando una de las patas delanteras, sacude la cabeza de un modo singular, como si con aquella cabeza erizada diera en el polvo del camino, y cuando alza la pata trasera, toda su grupa se inclina hacia el suelo, cual si fuera a caer.

A la delantera de la carreta está fuertemente atada por las manos una diminuta mujer, casi una niña, desnuda del todo. Anda de un modo extraño, de costado; su cabeza, de espesos cabellos de un rubio obscuro, la lleva alzada y algo echada hacia atrás, sus ojos están desmesuradamente abiertos, fija su mirada en cualquier sitio lejano con la pupila atónita y estúpida, en la que nada de humano hay. . . Todo su cuerpo se halla cubierto de manchas azules y purpurinas, redondas y dilatadas; el duro seno izquierdo de la jovencita está cortado, la sangre corre de allí en delgados hilos. . . Ha formado una raya

roja a través del vientre, y más abajo, en toda la longitud de la pierna izquierda, hasta la rodilla, la oculta una morena corteza de polvo estancado. Parece que del cuerpo de aquella mujer se haya arrancado una estrecha y larga tira de piel, y que sin duda ha sido golpeado en el vientre, porque su vientre está monstruosamente hinchado y de un horroroso azul.

Los pies, pequeños y finos, se posan con gran pena sobre el polvo; todo el cuerpo está horriblemente torcido, vacila, y es imposible explicarse por qué se sostiene aún sobre sus piernas, cubiertas por completo de cardenales, así como todo el cuerpo; por qué no cae al suelo, y, pendiente de los brazos, no se deja arrastrar por el vehículo, resbalando sobre aquel suelo polvoriento y tibio.

Y en la carreta, en pie, va un mocetón que viste camisa blanca y casquete de astracán, por bajo del cual cae, cortando la frente, un mechón de relucientes cabellos rubios; en una mano lleva las riendas, en la otra un látigo, con el que metódicamente sacude, una vez los lomos del jamego, y otra el cuerpo de la mujer, ya lastimado hasta haber perdido toda apariencia humana. Los ojos del mozo rubio están inyectados en sangre y brillan con triunfo feroz. Los cabellos hacen resaltar su tinte verdusco. Las mangas de la camisa, arrezagadas hasta el codo, descubren los brazos fuertes, musculosos, cubiertos de rojo vello; lleva abierta la boca, llena de blancos dientes puntiagudos, y a cada instante deja escapar gritos roncós:

—¡Anda, hechicera, anda, anda! ¡Ajá! ¡Hija de una...! ¿Está bien así, hermanos?

Y tras de la carreta y de la mujer atada a ella, la multitud, ola inmensa, corre, y a su vez grita, aúlla, silba, ríe, excita... Los chicuelos se atropellan unos a otros. A veces destácase uno y grita a la mujer palabras cínicas. En la multitud estalla entonces una carcajada, que cubre todo otro rumor, hasta el agudo silbar del látigo en el aire... Las mujeres llevan el rostro excitado, los ojos replandecientes de placer... Los hombres gritan algo desagradable al ser que va en la carreta. Este se vuelve

hacia ellos y rie, la boca en extremo abierta. Un latigazo sobre el cuerpo de la mujer. El látigo, delgado y largo, se retuerce en el hombro, queda preso bajo el sobaco... Y el aldeano que golpea tira hacia sí vigorosamente, la mujer exhala un grito penetrante y, echándose hacia atrás, cae, la espalda en tierra... De la multitud, muchos se precipitan y la ocultan con sus cuerpos, inclinándose sobre ella.

Se detiene el caballo, mas para volver a caminar al cabo de un instante, y la mujer, toda lastimada, reanuda también su marcha delante de la carreta. Y la lastimosa bestia, a cada paso lento, sigue sacudiendo su cabeza erizada, cual si quisiera decir: "¡Ved si es desgracia ser animal! Se os puede obligar a tomar parte en cualquier abominación".

Y el cielo, el cielo meridional, está perfectamente sereno —ni la más pequeña nube—, y desde la altura un sol estival esparce generoso sus ardientes rayos.

No es una imagen alegórica de la persecución y tortura de un profeta desconocido en su país lo que concluyo de escribir. ¡No, por desgracia! Ello se llama "El castigo". De este modo responden los maridos a la infidelidad de sus esposas; es un cuadro de género, una costumbre... y yo lo vi el 15 de julio de 1891, en el pueblo de Kandinovka, distrito de Kherson.

VASKA EL ROJO

No hace mucho tiempo, en una de las ciudades del Volga, estaba de servicio un hombre, como de cuarenta años, llamado Vaska, y a quien se apodaba el *Rojo*. Tal sobrenombre le fue dado a causa de sus cabellos, de un rojo vivo, y de su grueso rostro, color de carne cruda.

Los labios gruesos, grandes las orejas, que se destacaban en su cráneo como asas de vasija, sorprendía por la cruel expresión de sus ojillos incoloros; estaban invadidos por la grasa, brillaban como témpanos, y, no obstante su persona bien llena, bien carnuda, siempre tenía en la mirada una expresión semejante a la que hubiera podido verse en los ojos de un hambriento.

Musculoso y rechoncho, usaba un casaquín azul marino, ancho pantalón de paño y botas relucientes. Sus cabellos rojos formaban bucles, y cuando se ponía su elegante gorrilla salían por debajo, ensortijándose y posándose en el borde. Parecía que Vaska llevaba una roja corona.

Sus compañeros le llamaban el *Rojo* y las señoras le denominaban el *Verdugo*, porque le agradaba martirizarlas

Había en la ciudad muchas escuelas de estudios superiores; de consiguiente, muchos jóvenes; las casas de lenocinio formaban todo un barrio: una larga calle y muchas callejas. Vaska era conocido en todas las casas de aquel barrio. Su nombre hacía temblar a las mujeres, y cuando ocurría que disputaban, no importa por qué, con la patrona, ésta les decía:

—¡Esperad!... No acabéis con mi paciencia, porque como haga venir a Vaska el Rojo...

En ocasiones, la sola amenaza bastaba para tranquilizar a las mujeres y hacerlas renunciar a sus reclamaciones legítimas y justas muchas veces.

Pero, si la amenaza no bastaba, la patrona iba en busca de Vaska.

Llegaba éste con el andar de un hombre a quien nada impone prisa, se encerraba con la patrona en su aposento, y allí ésta le indicaba las pupilas que debían ser castigadas...

Después de oírla en silencio, él decía con sencillez:

—Bueno...

Y se encaminaba hacia los aposentos de las jóvenes. Ellas palidecían y temblaban ante él. Y él veía aquello y gozaba con su miedo. Si la escena tenía lugar en la cocina, donde las pupilas comían o tomaban el té, desde el umbral de la puerta se quedaba mirándolas, silencioso e inmóvil como una estatua; y aquella inmovilidad prolongada no les era menos dolorosa que los suplicios que les infligía.

Después de examinarlas, con voz ronca e indiferente les decía:

—¡Machka! Ven aquí...

—¡Vissily Mironich! —solía rogar la joven con tono decidido—. ¡No me toques!..., porque si me tocas me estrangularé!...

—Ven, necia, te daré la cuerda... —decía Vaska en tono indiferente, sin la menor sonrisa.

En ocasiones, hasta conseguía que las culpables se acercaran a él espontáneamente.

—¡Pediré socorro! ¡Romperé los vidrios!... —murmuraba la joven, ahogándose de miedo.

Y enumeraba cuanto podía hacer.

—Rompe los vidrios... y yo te los haré comer —replícala el Rojo....

Y así siempre se rendía la testaruda, que voluntariamente acercábase al verdugo; si no lo hacía, Vaska se acercaba a ella, la cogía de los cabellos y la arrojaba al suelo. Sus compañeras, que a menudo eran sus cómplices, atábanle brazos y piernas, la amordazaban y al punto, en el suelo de la cocina, se fustigaba a la culpable.

Si era una joven despabilada, capaz de ir a quejarse, se le zurraba con una gruesa correa, con objeto de no cortar la piel, y a través de un trapo mojado, para evitar toda huella de sangre estancada. También se hacía uso de largos y finos sacos lleno de arena y menudas cortezas de árbol; el golpe con aquel saco en las partes carnosas producía un dolor que duraba mucho tiempo.

La crueldad del castigo no dependía tanto del carácter de la culpable como de la gravedad de su falta y de la simpatía con el Rojo. En ocasiones las fustigaba sin compasión de ningún género; en el bolsillo de su ancho pantalón llevaba siempre un latiguillo de mango corto que le servía para el uso ordinario. Un alambre estaba perfectamente disimulado en el tejido de las correas de aquel látigo, y cada correa terminaba en un nudo. El primer golpe de aquel látigo cortaba la piel hasta el hueso, y con frecuencia, para aumentar el dolor, se pegaba a la espalda lastimada un sinapismo, o bien se le aplicaban paños mojados en agua salada.

Infligiendo a las mujeres aquellos correctivos, Vaska no se enfadaba; siempre aparecía igualmente silencioso, indiferente, y sus ojos nunca perdían la expresión de insaciable hambre; todo lo más que hacía era guiñarles de vez en cuando, y su mirada tornábase en tales casos más aguda...

No eran aquellos los únicos castigos. Vaska era de una diversidad ilimitada, y su arte para los suplicios de las mujeres se elevaba hasta la creación.

Por ejemplo: en una de las mancebías, la joven Vera Kopteva fue acusada de haber robado cinco mil rublos a un visitante. Dicho visitante, un mercader de Siberia,

declaró a la policía que había estado en el aposento de Vera con ésta y su compañera Sara Schermann; que esta última, después de permanecer una hora con ellos, habíase marchado; que luego se había quedado con la primera toda la noche, y que cuando saliera de su aposento estaba ebrio.

La justicia se encargó del asunto; duró el proceso mucho tiempo, las dos acusadas fueron presas, juzgadas, y, por falta de pruebas, puestas en libertad.

De regreso en el domicilio de su patrona, las amigas sufrieron nuevos interrogatorios; la patrona se hallaba persuadida de que habían robado, y deseaba su parte.

Sara tuvo la suerte de demostrar que para nada entraba en el asunto, y desde entonces la patrona se encarnizó con Vera Kopteva. La encerró en un cuarto de baño bien caldeado, y la sujetó al más detestable régimen alimenticio; pero ni con esto ni con otras muchas cosas confesó la pupila dónde había ocultado el dinero.

Preciso fue recurrir a Vaska.

Y he aquí que una noche, en el cuarto de baño donde estaba la joven, atormentada por la sed, el miedo y la obscuridad, apareció el diablo.

Estaba todo él cubierto de negros pelos erizados, y despedía olor a fósforo y azulado humo luminoso. Partículas de fuego llevaba en lugar de ojos. Colocóse ante la joven y le preguntó con voz terrible:

—¿Dónde está el dinero?

Ella se volvió loca de terror.

Era en el invierno. Por la mañana del día siguiente se la condujo, casi desnuda y descalza, a un lugar lleno de nieve, y ella decía con voz perturbada:

—No me acabéis de matar, ¡compasión!

Cuando Sara la vio en aquel estado, con dulce voz dijo ante todos:

—Yo robé el dinero.

Difícil fuera expresar el sentimiento de aquellas mujeres respecto a Vaska: si era el miedo o el odio.

Todas trataban de seducirle, todas buscaban con celo el honor de ser queridas, y a la vez excitaban a sus amantes, a los que las visitaban y a cuantos conocían

porque pusieran a Vaska como nuevo. Pero tenía el Rojo una fuerza enorme y nunca se emborrachaba, motivo por el cual era difícil meterle mano. Más de una vez le habían puesto arsénico en las comidas, en el té o en la cerveza, y en cierta ocasión con buen éxito; pero curó. No se sabe cómo, pero es el caso que siempre lograba enterarse de cuanto se tramaba contra él; mas el conocimiento de aquellos riesgos no aumentaba ni disminuía su crueldad con aquellas víctimas. En tono indiferente, como siempre, les decía:

—Bien sé que me roeríais con placer si la ocasión se presentara... Pero en vano lo esperáis..., nada me ocurrirá...

Trataba con los de la policía, con los mozos de casas de su especie y con los espías, que siempre abundaban en las casas de prostitución. Pero entre ellos no tenía amigos, no deseando ver a ninguno de sus conocidos con más frecuencia que a los otros; con todo el mundo era igual, absolutamente neutro.

Con ellos bebía cerveza y conversaba acerca de los escándalos que cada noche se producían en el barrio. No salía nunca de su casa si no le llamaban para asuntos, es decir, para pegar, o, como él decía allí bajo, para "causar miedo" a una señorita.

La casa en que servía era un establecimiento de orden secundario: los visitantes pagaban tres rublos de entrada y cinco por la noche. La patrona Fekla Iermolaievna, mujer gruesa y linfática que frisaba en los cuarenta, era necia y mala, temía algo a Vaska, le apreciaba mucho, y cada mes le daba quince rublos, comida y casa, un pequeño aposento en forma de ataúd en el granero.

Gracias a Vaska, en su establecimiento reinaba un orden modelo entre aquellas niñas; había once, y todas eran dulces cual corderas.

En los momentos de buen humor, y cuando hablaba con un visitante conocido, Fekla Iermolaievna solía alabarse de aquellas pupilas, como se alaba uno de tener buenos puercos o vacas.

—Tengo mercancía de primera clase —decía con sonrisa orgullosa y satisfecha—. Todas las pequeñas son

frescas, de buenas carnes; la más vieja tiene veintiséis años. Admito que no es criatura interesante en la conversación, pero, en cambio, tiene buenas carnes. Mirad, padrecito, es una maravilla de las maravillas, no una mujer. ¡Ksuchka, ven aquí!

Ksuchka se aproximaba balanceándose hacia uno y otro lado como un pato; el visitante la miraba con mayor o menor atención, y siempre se declaraba satisfecho de su cuerpo.

Era una joven de mediana estatura, fuerte y sólida, como forjada con ayuda de un martillo. Su pecho era elevado; potente, redonda su cara, pequeña su boca, sus labios gruesos y vivamente encarnados. Sus ojos dóciles y sin expresión hacían pensar en dos perlas negras sobre el rostro de una muñeca, y la nariz, arremangada con dos estremecimientos de encima de las cejas, concluía el parecido, quitando todo deseo, aun a los visitantes menos exigentes, de hablar con ella de cualquier cosa. La costumbre era decirle sencillamente:

—¡Vamos!

Y ella echaba a andar como un pavo, con sonrisilla desprovista de sentido en sus labios y agitando las pupilas de un lado a otro, cosas que su ama le enseñara, diciéndole que aquello se llamaba “seducir” al visitante. Sus ojos estaban habituados de tal manera a aquel movimiento, que comenzaba a seducir al visitante desde que, por la noche, con un tocado *ad hoc*, entraba en el salón vacío: movía los ojos ante sus compañeras, ante el visitante, cuando estaba sola...

Tenía otra particularidad: rodeando el cuello con su trenza color castaño, dejaba caer el extremo sobre el pecho, y siempre tenía esta punta en su mano izquierda, cual si llevara al cuello un nudo corredizo...

Podía referir que se llamaba Aksinia Kaluguina, que era del distrito de Biazán, que era soltera, que había pecado con Fedor, que había parido y trasladándose a la ciudad con un negociante en vinos, donde fuera nodriza, y que luego, por haber muerto el futuro viñatero, se había despedido y entrado allí...

—¿Te encuentras bien? —se le preguntaba.

—¡Pchs!... Se me alimenta, se me calza, se me viste... Sólo que se está muy agitada... Y luego hay ese Vaska... Pega, el diablo...

—¿Te diviertes, al menos?

—¿Dónde? —preguntaba ella al visitante.

—Pues aquí... ¿Acaso no os divertís?

—¿Cómo? —respondía ella, mirando a todos los extremos del salón, cual si quisiera descubrir el medio de divertirse.

A su alrededor todo era embriaguez y ruido, y todo, desde la patrona y las compañeras hasta la forma de las rendijas del techo, le era perfectamente conocido.

Hablaba con profunda voz de bajo, y sólo reía cuando se le hacían cosquillas; y entonces reía ruidosamente, como una robusta moza; la risa agitábala toda. Más bestia y más gruesa que sus compañeras, sentíase menos desgraciada que ellas porque se hallaba más próxima al animal.

No habrá que decir que las mujeres de la casa en que servía eran las que más odiaban y temían a Vaska el Rojo.

Cuando se embriagaban, aquellas mujeres no ocultaban sus sentimientos y se quejaban de Vaska a los visitantes; mas, como éstos no iban allí para defenderlas, las quejas no tenían sentido y carecían de efecto. Cuando se elevaban hasta convertirse en gritos histéricos y en sollozos, ocasiones en que Vaska solía oírlas, su cabeza llameante mostrábase a la puerta del salón, y en voz indiferente, cual si saliese de un hombre de madera, decía:

—¡Eh! ¡Cuidado! ¡No hagamos tonterías!...

—¡Verdugo! ¡Inquisidor! —gritaba la mujer—. ¿Cómo te atreves a estropear me? Ved, caballero, los dibujos que me ha hecho con el látigo...

Y la pupila se disponía a desabrocharse el vestido.

Vaska se acercaba entonces a ella, cogíala de la mano y, sin cambiar de voz, lo cual era particularmente espantoso, la sermoneaba:

—No hagas la tonta... cálmate... ¿Qué adelantas con charlar sin razón ninguna? Estás ebria... ¡Cuidado!

Casi siempre bastaba aquello, y era muy raro que Vaska se viese obligado a sacar del salón a la mujer.

Ninguna de aquellas mujeres había oído una palabra dulce de Vaska, aun cuando muchas de ellas hubieran sido sus queridas. Las tomaba del modo más sencillo: si una u otra le agradaba por tal o cual razón, la decía:

—Esta noche iré a dormir contigo...

E iba durante algún tiempo; luego cesaba de ir sin decir palabra.

—¡Oh, vaya un diablo! —murmuraban de él aquellas infelices—. ¡Ni que fuese una de madera!

En su establecimiento vivía con todas, cada una a su vez. Vivía también con Aksinia. Y hallándose liado con ella, la zurró de un modo cruel.

Robusta y perezosa, le gustaba mucho dormir, y se quedaba dormida en el salón, no obstante el ruido que en él reinaba siempre. Sentada en cualquier rincón, de pronto cesaba de seducir al visitante con sus ojos, que se detenían, inmóviles, sobre cualquier objeto, luego descendían lentamente los párpados y se cerraban, mientras que el labio inferior pendía, descubriendo fuertes dientes blancos. Dejábase oír un voluptuoso ronquido, que excitaba la risa de sus compañeras y visitantes; pero la risa no despertaba a Aksinia.

Ocurríale esto con frecuencia; la patrona la reprendía, le pegaba en las mejillas, pero ni los golpes la despertaban: lloraba un poco y tornaba a quedar dormida.

Y he aquí que Vaska tomó cartas en el asunto.

Un día que la joven se durmiera, sentada junto a un visitante ebrio, que a su vez dormía, Vaska se acercó a ella, la cogió de la mano, sin decir una palabra, y se la llevó.

—¿Y por qué vas a pegarme? —preguntó Aksinia.

—Es necesario —dijo Vaska.

Cuando llegaron a la cocina, le ordenó que se desnudara.

—Al menos no me pegues con demasiada fuerza —le rogó Aksinia.

—¡Hala, hala!...

Ella quedó en camisa.

—¡Quítate eso!

—¡Qué bestia eres! —suspiró la infeliz.

Vaska la golpeó con el látigo.

—¡Fuera!

Y ella se despojó de la camisa.

—¿Qué te ha cogido? ¡Estamos en invierno... , tendré frío!...

—¡Bien! ¿Qué puedes sentir?

Y la empujó hacia la puerta de la cocina; persiguiéndola a latigazos la llevó hasta el patio, donde le ordenó se echara sobre un montón de nieve.

—¿Qué haces?... ¡Vaska!

—¡Hala, hala!

Y empujándola hacia la nieve, le llenó el rostro con ella, para que los gritos no se oyesen, y la cubrió de latigazos, repitiendo:

—¡No chilles, no chilles!...

Cuando la dejó, toda temblorosa de frío y de dolor, ella le murmuró, a través de sus sollozos:

—¡Espera, Vaska! Llegará tu hora... ¡Tú también llorarás! Hay un Dios, Vaska.

—Habla, habla —dijo él, tranquilamente—. ¡Prueba a dormirte otra vez en el salón! Te haría salir al patio, te zurraría y te cubriría de agua...

La vida tiene en el mundo su sabiduría, que se conoce con el nombre de casualidad; en ocasiones nos recompensa, pero ordinariamente nos castiga, y así como el sol procura su sombra a cada objeto, la sabiduría de la vida prepara su sanción a todas las acciones humanas. Esto es seguro, inevitable, y todos debemos saberlo y recordarlo.

También llegó para Vaska el día de la sanción.

Cierta noche, mientras aquellas mujeres cenaban, a medio vestir, antes de presentarse en el salón, una de ellas, Lida Chenogorova, morenilla despabilada y mala,

después de dirigir una ojeada por la ventana, manifestó:
—¡Vaska ha llegado!... ¡Pero, mirad! —exclamó Lida—. ¡Está ebrio! ¡Le traen!... ¡Mirad, mirad!

Se oyeron muchos ansiosos juramentos.

Todas se precipitaron hacia la ventana.

—¡Le conducen!... ¡No anda por sus pies!... ¡Hijas mías! —gritó alegremente Lida—. ¡Probable es que se haya roto algo!

En la cocina resonaron abundantes juramentos y risas, alegres risas de venganza. Las jóvenes, empujándose unas a otras, salieron al vestíbulo, al encuentro del enemigo impotente.

Vieron cómo un gendarme y un cochero de punto tenían a Vaska en brazos; su rostro estaba gris, el sudor corría en gruesas gotas por su frente, y arrastraba la pierna izquierda haciendo muecas de dolor.

—¡Vassily Mironich! ¿Qué ocurre? —exclamó la patrona.

Vaska meneó la cabeza con rendido movimiento, y respondió roncamente:

—Me he caído...

—Se ha caído del tranvía —explicó el gendarme—. Cayó, y al caer quedó la pierna bajo la rueda... ¡Krrr... y está todo acabado!

Las muchachas callaban, pero sus ojos brillaban como ascuas.

Se llevó a Vaska arriba, a su aposento, se le tendió sobre su cama y se fue en busca de un médico. Las pupilas rodeaban la cama, dirigiéndose ojeadas, pero ninguna decía una palabra.

—¡Idos! —les dijo Vaska.

Pero ninguna de ellas se movió.

—¡Ah, qué contentas estáis!

—No vamos a llorar... —respondió Lida, bromeando.

—¡Patrona, ponlas a la puerta! ¿Qué hacéis aquí?

—¿Tienes miedo? —preguntó Lida, inclinándose sobre él.

—Idos, hijas mías, idos abajo —mandó la patrona.

Se marcharon. Pero, al salir, todas le dirigieron una ojeada siniestra, y Lida dijo en voz baja:

—¡Volveremos!

En cuanto a Aksinia, amenazándole con el puño, le gritó:

—¡Hu, el diablo! ¡Hola, te has imposibilitado!
¡Tienes ya lo que merecías!...

Semejante bravura de su parte sorprendió a muchas de aquellas mujeres.

Abajo, un entusiasmo malvado las invadió: la embriaguez de la venganza, cuya dulzura aguda no habían jamás experimentado. En su frenesí de alegría burlábanse de Vaska, y su exaltación asustó a la patrona.

También estaba contenta porque a Vaska lo había castigado la suerte; tantas quejas tenía contra él, tantas o más. No era para ella un criado, sino que le trataba como jefe o subalterno. Mas ella sabía que sin él no conseguiría que las jóvenes fueran sumisas; y a causa de esto, disimulaba y lo sufría.

Llegó el médico, le vendó, hizo la receta y se marchó, después de comunicar a la patrona que sería preferible trasladarlo al hospital.

—Señoras mías, ¿vamos a hacer una visita a nuestro querido enfermo? —exclamó Lida en son de burla.

Y todas subieron a su cuarto, riendo y gritando a la vez.

Vaska seguía turbado, tenía cerrados los ojos, y sin abrirles dijo:

—¿Aquí otra vez?...

—Es que te compadecemos, Vassily Mironich.

—¿Acaso no te amamos?

—Recuerda cómo me...

No hablaban en voz alta, sino de un modo significativo, y, habiendo rodeado la cama, miraban al rostro gris de modo alegre y malévolo. El las miró también, y en sus ojos jamás se había visto tan clara la expresión de crueldad insaciable e incomprensible, que jamás le abandonaba.

—Jóvenes..., ¡cuidado! ¡Cuando me levante!...

—Quizás quiera Dios que no ocurra eso ya... —le interrumpió Lida.

Vaska apretó con fuerza los labios y se calló.

—¿Qué piernecita es la de la pupa? —preguntó con voz acariciadora una de aquellas jóvenes, inclinándose hacia él. (Su rostro estaba pálido y mostraba los dientes)—. ¿Esta?

Y asiéndole de la pierna dolorida, tiró de ella hacia sí.

El rechinó los dientes y aulló. Su brazo derecho también estaba herido; alzó el brazo, con intención de pegar a la joven, y se dio un golpe en el vientre.

Resonó una carcajada a su alrededor.

—¡Eh, vosotras! —aulló, agitando espantosamente los ojos—. ¡Cuidado!... ¡Os mataré!

Pero ellas saltaban en torno de la cama y le pellizcaban, le tiraban del cabello, le escupían en plena cara, le golpeaban en la pierna herida. Sus ojos brillaban; ellas reían, le insultaban, aullaban como perros, se burlaban de él y de su persona con pasmoso cinismo. Entraron en el delirio de la venganza; aquello fue un frenesí. Todas de blanco, a medio vestir, acaloradas por la agitación, se asemejaban a monstruos horribles.

Vaska mugía, gesticulando grandemente con sus brazos; la patrona, que permanecía a la puerta, gritaba como una salvaje:

—¡Basta! ¡Dejadle... o hago venir a la policía! ¡vais a matarle!... ¡Dios santol... ¡Oh, abuelos míos!

Pero ellas no la escuchaban. El las había martirizado durante años, tenían unos instantes para desquitarse, y se desquitaban...

De repente, en medio del ruido y de los aullidos de aquella orgía, resonó una voz gruesa y suplicante:

—¡Hijas mías! ¡Ya es suficiente!... ¡Hijas mías, tened piedad!... ¡Es que... también a él... también a él... le duele! ¡Queridas, en nombre de Cristo!... ¡Queridas!...

Aquella voz obró como un surtidor del agua más fría en las muchachas, que, espantadas, alejaronse de Vaska.

La voz era de Aksinia; estaba cerca de la ventana, temblaba toda ella, y se inclinaba ante las compañeras, tan pronto oprimiéndose el vientre con las manos, como extendiéndolas hacia adelante.

Vaska se hallaba inmóvil; tenía la pechera de la camisa desgarrada, y aquel pecho ancho, cubierto de rubio y frondoso vello, palpitaba en toda su extensión, como si algo se agitara en él locamente con el violento desco de escapar. Respiraba con trabajo y sus ojos estaban cerrados.

Reunidas en un grupo, cual si formaran un solo cuerpo, las pupilas estaban junto a la puerta y se callaban, escuchando cómo Aksinia murmuraba algo en voz sorda y Vaska resollaba. Lida, que se hallaba delante de las otras, quitábase los cabellos que se habían enredado entre sus dedos.

—¿Y... si muriera? —se oyó cuchichear.

Y todo quedó en silencio.

Una tras otra, procurando no hacer ruido, aquellas mujeres salieron con precaución del aposento de Vaska. Cuando partieron, esparcidas por la habitación quedaron visibles muestras de la refriega.

Aksinia había quedado en el aposento.

Con suspiros profundos se acercó a Vaska, y en su voz ordinaria de bajo le preguntó:

—¿Qué podría hacerse por ti?

El abrió los ojos, la miró y no contestó.

—Vamos, habla... Beber... Arreglar aquí... Te arreglaré, si lo deseas... ¿Quieres agua? Si quieres, te daré agua...

Vaska movió en silencio la cabeza y sus labios se agitaron. Pero no dijo una palabra.

—¡Cómo! ¡Ni aun puedes hablar! —dijo Aksinia, poniendo en orden la ropa de la cama—. ¿Hasta qué punto te hemos atormentado?... ¿Te duele, Vaska?... Di ¿Qué hacer? Ya pasará... Un poco de paciencia... Esto duele al principio... ¡Yo bien lo sé!

Algo se estremeció en el rostro de Vaska, que con voz ronca dijo:

—Dame... un poco de agua.

Y la expresión de insaciable crueldad desapareció de sus ojos.

Aksinia permaneció en el aposento de Vaska; sólo bajaba para comer, para tomar el té, o en busca de algo para el enfermo. Sus compañeras no hablaban con ella, no le preguntaban nada; la patrona tampoco le impedía cuidar al enfermo, y, por la noche, no la llamaba para seducir a los visitantes. Ordinariamente, Aksinia estaba sentada junto a la ventana del cuarto de Vaska, mirando hacia los tejados cubiertos de nieve, los árboles también blancos y el humo que se elevaba en nubes de ópalo hacia el cielo. Cuando le faltaban ganas de mirar, dormíase en la silla, de codos sobre la mesa. Por la noche dormía en el suelo, junto a la cama de Vaska.

Apenas hablaban; si Vaska pedía algo, se lo daba, suspiraba, y en seguida volvía a la ventana.

Así pasaron unos cuatro días. La patrona daba todos los pasos para que Vaska fuera admitido en el hospital; mas no había sitio, y era necesario esperar.

Y he aquí que un día, cuando el crepúsculo invadía ya el aposento, Vaska alzó la cabeza y preguntó:

—¿Estás ahí, Aksinia?

Ella dormía, pero su pregunta la despertó.

—¿Dónde iba a estar? —le respondió.

—Acércate...

Ella se acercó al lecho y se detuvo.

—¿Qué quieres?

—Toma una silla y siéntate ahí...

Suspirando, ella fue a la ventana, cogió la silla, la llevó junto a la cama y se sentó.

—¿Qué hay?

—Pues... nada... Que te estés aquí un poco.

En la pared, por encima de la cama de Vaska, estaba colgado su grueso reloj de plata, que emitía su monótono tictac. Por la calle pasaba rápidamente un carruaje, oíase el crujido de los patines de trineos... Abajo, las mujeres de la casa reían, y una de ellas cantaba en voz aguda:

*Un estudiante hambriento
fue el objeto de mi amor...*

—Aksinia —dijo Vaska.

—Qué.

—Oye lo que te digo... ¿Quieres que vivamos juntos?

—Eso es lo que hacemos —respondió la joven.

—No, espera un poco... Pongámonos cómodamente...

—Bueno... —consintió ella.

—Así... , perfectamente.

Calló de nuevo, permaneciendo mucho tiempo con los ojos cerrados.

—Oye mi idea... Nos marcharemos de aquí y comenzaremos otra vida.

—¿Iremos... a dónde? —preguntó Aksinia.

—No importa a dónde. Yo pediré una indemnización al del tranvía... Pagarán, deben pagar, según la ley... Además, tengo algún dinero... , unos seiscientos rublos...

—¿Cuánto?

—Unos seiscientos rublos.

—¡Miren! —dijo la joven.

Y bostezó.

—Sí... , con sólo ese dinero puede abrirse un establecimiento... , y si además se le saca algo a la Compañía... Iremos a Simbirsk, o bien a Samara... , y abriremos allí... Será la primera casa de la ciudad... Allí encontraremos pupilas de primera... Exigiremos cinco rublos por la entrada.

—¿De veras? —sonrió Aksinia.

—¿Qué hay que decir a eso? ¡Es lo que ocurrirá!...

—¡Vaya!...

—Te digo que sí... Basta que tú lo desees... Y si te acomoda, nos casaremos.

—¿Cómo? —exclamó Aksinia.

Y sus párpados se agitaron torpemente.

—Nos casaremos... —repitió Vaska con cierta inquietud.

—¿Yo? ¿Contigo?

—Sí. . .

Aksinia se echó a reír a carcajadas. Se balanceaba en la silla, oprimiéndose los costados, y tan pronto reía con bajas notas como exhalaba pequeños gritos agudos, lo que no le era natural.

—¿Qué tienes? —preguntó Vaska.

Y algo de aquella crueldad rara apareció en sus ojos. Ella seguía riendo.

—¿Qué tienes? —le preguntó de nuevo.

Por último, entre risas y gritos, mejor o peor, ella explicó:

—El matrimonio. . . ¿Acaso es posible eso? ¡Pero si hace tres años, quizás más, que no voy a la iglesia! . . . ¡Vaya un tipo! ¡Qué mujer encontró! ¿Y esperas hijos de mí? ¡Ja, ja, ja! . . .

La idea de los hijos ocasionó otra carcajada sincera. Vaska la miraba sin hablar.

—Además, ¿adónde he de ir contigo? ¿A qué sitio? ¡Vaya una invención! Me llevarías lejos y me matarías en cualquier parte. . . Eres un verdugo conocido.

—Calla, si así has de hablar —dijo él, con calma.

Pero la joven siguió explicando su crueldad, de la que conocía buenos ejemplos.

—¡Calla! —le rogó él.

Y, como no le escuchara, gritó con voz ronca:

—¡Que calles te digo!

No hablaron más aquel día. Vaska deliró por la noche; de su ancho pecho escapábanse gritos roncós, aullidos. Rechinaba los dientes, haciendo ademanes con su brazo derecho, golpeándose el pecho de vez en cuando.

Aksinia se despertó y, quedando en pie ante la cama, contempló espantada su rostro.

—¿Qué tienes? ¿Te estrangula el *domovoi*?¹

—Se me ha aparecido en sueños. . . —dijo Vaska, hablando apenas—. Dame un poco de agua.

¹Espíritu de la casa, duende. Los hay buenos y malos.

Después de haberla bebido, meneó la cabeza y declaró:

—No, no abriré el establecimiento..., me ocuparé del comercio..., es preferible... No hace falta el establecimiento...

—El comercio... —dijo Aksinia, pensando—. Una tiendecilla... Sí, eso es bueno.

—Vendrás tú conmigo, ¿eh? —preguntó Vaska, en voz baja y persuasiva.

—Pero, de veras, ¿lo preguntas seriamente? —exclamó Aksinia.

Y apartó su silla del lecho.

—Aksinia Semenovna —dijo él con voz sonora, levantando la cabeza—. Yo te...

Y calló después de hacer un gesto extraño.

—No iré a ninguna parte contigo —dijo ella, sin escuchar el fin de su frase.

Y agitando la cabeza con decisión, repitió:

—¡A ninguna parte!

—Si yo lo deseara..., vendrías —dijo él, dulcemente.

—¡No iré a ninguna parte!

—Sólo que no quiero de ese modo... ¡Si lo deseara, hubieras ido!

—No...

—¡Veamos, diablo! —exclamó Vaska, enfadado—. Aquí te ocupas de mí..., me cuidas... ¿Quién te entiende a ti?

—Eso es distinto —dijo Aksinia, en tono razonable—. Pero en cuanto a vivir contigo, ¡no! Me asustas. ¡Eres demasiado verdugo!

—¡Ea!... ¡No comprendes nada! —exclamó él, encolerizado—. ¡Verdugo! ¡Eres necia!... Piensas: ¡un verdugo! ¿Y es eso todo? ¿Crees que es muy fácil ser verdugo?

Su voz se quebró, y Vaska quedó mudo por algún tiempo, frotándose el pecho con su mano válida. Luego, con la angustia en el acento y el miedo en los ojos, habló nuevamente:

—¿Qué viene a ser eso?... Bueno, un verdugo...

Pero ¿es que todo el hombre entra en la palabra? ¿Qué se me pedía? ¡Vamos, Aksinia Semenovna!...

—¡No hables de eso! ¡No iré! —siguió afirmando ella.

Y, desconfiada, se retiraba de él.

Otra vez decayó la conversación. La luna penetraba en el aposento, y, a su brillo, el rostro de Vaska parecía gris.

Permaneció bastante tiempo silencioso, tan pronto abriendo como cerrando los dos ojos. Abajo se cantaba, se bailaba, se reía.

El ronquido sonoro de Aksinia se dejó oír. Vaska suspiró profundamente.

Dos días después, la patrona logró que Vaska fuera admitido en el hospital.

Con el furgón que fue a buscarlo se presentaron el ayudante del médico y un mozo. Vaska fue bajado con precaución a la cocina, donde tomó a ver los rostros de todas aquellas jóvenes, que se asomaban por las puertas de los aposentos.

Contrájose su rostro, pero no dijo nada. Ellas lo miraban con aire serio y severo, aunque por sus miradas no se hubiera podido definir lo que sentían ante la presencia de Vaska. Aksinia y la patrona le pusieron su gabán, y todo el mundo guardaba un silencio fastidioso y pesadísimo.

—¡Adiós! —dijo de pronto Vaska, baja la cabeza y sin mirar las mujeres—. A... diós!

Algunas le saludaron en silencio, pero él no lo notó. Lida le dijo con calma:

—Adiós, Vassily Mironich.

—Adiós... , sí...

El ayudante del médico y el mozo del hospital cogieronle en brazos, alzándolo del banco en que estaba sentado, y le condujeron hacia la puerta. Pero él se volvió de nuevo hacia ellas.

—Adiós... ; era... , es verdad que...

Dos o tres voces más le dijeron:

—Adiós, Vassily Mironich.

—¡Nada es ya posible! —dijo, con un movimiento de cabeza.

Y en su rostro apareció algo que le era especialmente extraño.

—¡Adiós!... ¡En nombre de Cristo!... adiós, Fekla!

—¡Se lo llevan! ¡Se lo llevan! ¡Querido mío!... —aulló de repente y con voz salvaje Aksinia, que cayó como una masa sobre el banco.

Vaska se estremeció y alzó la cabeza. Sus ojos relucían de un modo horrible. Oía con atención aquel aullido, y sus temblorosos labios dijeron en voz baja:

—¡Eh!... ¡la necia! ¡Vaya una necia!

—¡Vamos, vamos! —dijo el ayudante, apresurando la partida.

—¡Adiós Aksinia! ¡Ven al hospital! —dijo Vaska, en voz alta.

Y Aksinia seguía aullando...

Las compañeras la rodearon, mirando atónitas aquellas lágrimas y su rostro descompuesto.

Y Lida la consoló con acento rudo:

—¿Qué es eso, Ksuchka? ¿Por qué gimes? No ha muerto... Irás a verle... mañana mismo vas... ¡y todo queda arreglado!

SASUBRINA

La reja de mi celda daba al patio de la cárcel.

Estaba muy alta, pero subiéndome a la mesa, que arimaba a la pared, podía ver cuanto ocurría en el recinto, y, cuando miraba por ella, oía cómo las palomas, que anidaban bajo el alero del tejado, se arrullaban, sobre mi cabeza.

Desde aquel sitio podía observar tranquilamente a todos los huéspedes de la cárcel, y sabía que el hombre más alegre entre aquellos infelices de aspecto aburrido y sombrío se llamaba Sasubrina. Era un hombre rechoncho y gordiflón, de rostro coloradote y frente elevada; bajo la cual brillaban unos grandes ojos, siempre serenos y llenos de vida.

Llevaba la gorra echada atrás, y las orejas se le apartaban grotescamente de la cabeza afeitada. Nunca se abrochaba el cuello de la camisa ni de la blusa, y cada movimiento de sus músculos hacía adivinar en él un alma incapaz de irritación o desaliento. Bullicioso y entrometido, riendo de continuo, era el ídolo de la cárcel, y constantemente le rodeaban muchos de sus compañeros.

Sabía hacerlos reír y distraerse con sus bromas, y aquella alegría sincera embellecía el fastidio de su vida de reclusos. Una vez salió de su celda, a la hora del paseo habitual, precedido de tres ratas embridadas con gran astucia. Sasubrina corría en pos de los animalitos, asegurando que viajaba en un coche de tres caballos. Enloquecidas por sus voces de apremio, las ratas se agitaban como endemoniadas, y los presos que asistían a la escena reían como niños, mirando al hombre y su juguete.

Evidentemente, pensaba que vivía tan sólo para alegrar a los demás; por esto procuraba no echar en saco roto nada de cuanto pudiera divertirles. A veces sus bromas resultaban crueles y desmedidas. Un día pegó a la pared, con una sustancia cualquiera, los cabellos de un joven preso que dormía arrimado a aquélla. Cuando el pelo empezaba a secarse y, por lo tanto, a pegarse, Sasubrina le despertó de repente. El muchacho se puso de pie de un salto, pero volvió a caer, llorando con amargura, llevándose a la cabeza sus manos demacradas. Los presos se echaron a reír, y Sasubrina quedó satisfecho. Poco rato después lo vi, desde mi ventana, colmar de caricias al muchacho, que había dejado en la pared un mechón de sus cabellos.

La cárcel tenía, además de Sasubrina, otro favorito: un gato rojizo, gordo y juguetón, a quien todos mimaban. Cada vez que los presos salían para pasearse, lo encontraban y jugaban con él como chiquillos. Pasaba de mano en mano, lo perseguían por el patio, y podía impunemente arañar los rostros de cuantos eran sus amigos.

Cuando el gato entraba en escena, nadie se cuidaba ya de Sasubrina, que no llevaba a bien aquella preferencia. En su fuero interno, Sasubrina creíase un artista y, como todos ellos, estaba dotado de una excesiva vanidad. Cuando sus habituales admiradores se acercaban al gato, retirábase a un rincón del patio, y desde allí observaba a sus camaradas... Mirábale yo desde mi ventana, y comprendía su tormento. Me parecía inevitable que Sasubrina mataría al regalón en la primera coyuntura que se le presentara, y no podía sino inspirar-

me piedad el preso que con tanto afán procuraba llamar la atención de sus compañeros, porque sé que nada mata el alma con tanta rapidez como la sed de gustar a los hombres.

Cuando se vive encerrado en una cárcel, hasta las plantas de la paredes resultan interesantes. Se puede comprender, pues, fácilmente, con cuánta atención seguía yo el drama del patio: los celos del hombre contra el gato. Y se comprenderá, asimismo, con cuánta ansiedad esperaba el desenlace.

Un día claro, en que lucía el sol con gran fuerza, en el instante en que los presos llegaban al paseo, Sasubrina descubrió un cubo lleno de pintura verde, olvidado allí por los obreros que habían ido a pintar los techos. Se aproximó al cubo, quedó un momento pensativo, y luego, mojando un dedo en la pintura, lo pasó por el bigote. Al ver aquellos bigotes verdes en aquel rostro rojo, todos rompieron en estrepitosas carcajadas. Un adulto, queriendo imitarle, empezó a teñirse el labio superior; pero él, hundiendo la mano en el cubo, se la pasó por el rostro, dejándose como una compasión. El pobre movía la cabeza a todos lados y rechazaba los manotazos; pero Sasubrina daba saltos junto a él, y en medio de las exclamaciones de los otros, se ensañaba con la víctima.

En esto apareció el gato. Andaba lentamente, levantando con gracia sus patitas, una después de la otra, y moviendo la cola, que llevaba enarbolada. A no dudarlo, no sentía ningún temor de aquellas gentes que ya conocía. Los presos se apiñaban en torno a Sasubrina y del adulto, que frotaba a dos manos la pintura viscosa con que le embadurnaran la cara.

—¡Hermanitos! —exclamo uno—; ¡aquí está “Michka”.

—¡Ah, pillastre! ¡“Michka!”

—¡Ay, mi gatito rojo!

Cogían a la bestezuela, que pasaba de mano en mano acariciada por todos.

—¡Mira, qué gordo está! ¡Qué barriga!

—¡Araña, el maldito, con harta gracia!

—¡Déjalo que salte solo!

—A ver si salta. ¡Salta, "Michka"!

Nadie se cuidaba de Sasubrina, que quedó solo limpiándose la pintura del bigote y contemplando a "Michka", que saltaba sobre las espaldas y los hombros de los presos.

—¡Hermanitos!, ¡vamos a teñir al gato! —gritó de pronto con tono lúgubre, desconocido en él.

Hubiérase dicho que Sasubrina, proponiendo aquella diversión, pedía al mismo tiempo permiso para otorgársela a sí mismo. . . Los presos empezaron a gritar todos a la vez.

—¡Va a reventar! —dijo uno.

—No lo creas. ¿Crees que un poco de pintura puede matarlo?

—¡Eh, Sasubrina!, ¡tíñelo aprisa!

Un mocetón de facha hercúlea y barba roja, exclamó con entusiasmo:

—¿Qué nueva diablura va a inventar ese loco?

Sasubrina había cogido ya al gato, y le llevaba hacia el cubo de pintura.

*¡Mirad, hermanos, mirad!,
mirad cómo pinto al gato;
este gato, que era rojo,
va a ser verde al poco rato. . .
¡Bailad, hermanos, bailad!,*

cantaban a toda voz.

Resonó una carcajada general. Los presos se acercaron al cubo apretándose los ijares. Vi cómo Sasubrina cogía al gato por la cola y lo sacudía en el cubo, a tiempo que bailaba y gritaba:

*Espera, hijo, no maúlles;
no fastidies al padrino.*

Las carcajadas resultaban formidables.

—¡Oh!, ¡oh!, ¡Judas! —gritaba uno con voz de falsete.

—¡Ja!, ¡ja!, ¡padre míooo...! —gemía otro.

La risa era general; se ahogaban, se retorcián como histéricos. Aquella hilaridad crecía de golpe y hasta las paredes parecían conmoverse.

En las ventanas del departamento de mujeres aparecieron cabezas cubiertas con pañuelos blancos, rostros que sonreían mirando el suceso. El vigilante, con la espalda apoyada en la muralla, contenía su panza a dos manos, y sus risas estruendosas resonaban por el patio. Los presos habían formado un círculo alrededor del cubo. En el centro estaba Sasubrina, que cantaba doblando las rodillas y lanzando los pies en todas direcciones.

*Es muy graciosa la vida:
una gata conocí
que tuvo un gatito rojo,
y en verde lo convertí.*

—¡Basta!, ¡basta! ¡Así te lleve el diablo! —exclamó el preso de la barba roja.

Sasubrina estaba en vena. En cada uno de sus gestos, en cada uno de los visajes de su rostro chocarrero y expresivo, se retrataban claramente sus sentimientos, y la dicha del triunfo estremecía su cuerpo entero. Había cogido al gato por la cabeza, y quitando de sus pelos el exceso de pintura, bailaba e improvisaba sin cansarse, en el éxtasis del artista consciente de su victoria:

*Hermanos míos queridos,
buscad en el calendario
un nombre para este gato
pintado y estrafalario.*

En torno de él no había una boca que no riese. En los cristales entrecruzados de hierro brillaba el sol, el cielo azul resplandecía en el patio, y hasta las viejas y sucias paredes sonreían con benévola sonrisa.

Detrás de las rejas que ostentaban las ventanas del departamento de mujeres se veían caras curiosas que reían también, y cuyos dientes relucían al sol. Todo parecía revivir. Un tinte rosado flotaba sobre la tristeza de todos aquellos colores lúgubres y grises. La risa, bienhechora como el sol, purificaba hasta el fango. . .

Poniendo al gatito verde sobre la hierba, que crecía abundante entre las losas, Sasubrina, excitado, sofocado, sudoroso, continuaba su danza salvaje. . . Pero las carcajadas empezaban a extinguirse. Aquello era demasiado. Un hombre lanzó aún algunos gritos histéricos, oyéronse dos o tres hipos, y luego todo el mundo calló. Todo el mundo, excepto Sasubrina, que continuaba cantando y bailando, y el gato, que se arrastraba por la hierba lanzando maullidos lastimeros. Apenas se le distinguía entre aquella masa verde, quizás porque la pintura le cegaba o estorbaba sus movimientos. Se arrastraba moviendo estúpidamente las patas temblorosas, y luego se detenía como si estuviera pegado al suelo, maullando sin cesar. . .

*¡Buenas gentes, mirad bien!,
el gato busca un rincón;
el gatito, que era rojo,
canta una triste canción.*

Sasubrina traducía por medio de sus palabras los movimientos que ejecutaba el animalito.

—¡Eres muy diestro! —le dijo, sonriendo, el pelirrojo.

El público miraba a su *clown* con muestras de cansancio.

—¡Cómo maúlla! —dijo el preso adulto, señalando el gato con un ademán de cabeza y volviéndose a sus compañeros.

Estos miraban a la bestezuela en silencio.

—¿Se quedará verde toda la vida? —preguntó el adulto.

—¿Crees que vivirá mucho? —dijo un viejo macizo,

poniéndose en cuclillas junto al gato—. Se secará al sol, se le pegarán todos los pelos y reventará...

El gato maullaba de un modo desgarrador, lo cual produjo una especie de reacción en el ánimo del auditorio.

—¡Va a morir! —dijo el adulto.

—¿Y si lo laváramos?

Nadie contestó. La bolita verde se revolcaba a los pies de los hombres. Causaba lástima ver sus contorsiones.

—¡Uff!, ¡parece que se está cociendo! —exclamó Sasubrina, echándose al suelo.

Nadie le hacía caso.

El adulto se acercó al animal, lo cogió y volvió a dejarlo entre la hierba.

—¡Está que arde! —dijo.

Después, dirigiéndose a sus camaradas, agregó:

—¡Pobre "Michka"! ¡Ya no tendremos a "Michka", porque hemos muerto al infeliz!

—Quizás no se muera —apuntó el pelirrojo.

El gato, convertido en una masa deforme, continuaba arrastrándose por el pasto, y veinte pares de ojos seguían sus movimientos. Pero en ninguno de aquellos rostros había la sombra de una sonrisa. Todos permanecían en silencio, adustos, tan tristes como el gato. Dijérase que les había comunicado sus angustias y que todos padecían igual dolor que el pobrecito.

—Es difícil que salga de ésta —dijo el adulto, elevando la voz—. ¡Vaya una gracia! Teníamos al pobre "Michka", y todos lo queríamos. ¿Por qué lo atormentáis? Más valiera matarlo.

—¿Quién es el que ha hecho eso? —exclamó con cólera el de la barba roja.

—¡Es éste, el bromista, el demonio!

—No he sido yo quien lo ha hecho; hemos sido todos —replicó Sasubrina, en tono conciliador.

—¿Todos? —le contestó el adulto—. ¡No es verdad! ¡Tú sólo tienes la culpa, sólo tú!

—No vale la pena de mugir por esto, novicio —contestó pacíficamente Sasubrina.

El viejo cogió de nuevo el animal, y examinándolo con atención dio este consejo:

—Si le bañásemos en petróleo, desaparecería la pintura.

—A juicio mío, lo mejor sería tomarlo por la cola y lanzarlo por encima de la pared —dijo Sasubrina, que añadió con mofa—: Eso sería lo más sencillo.

—¿Qué dices? —saltó el pelirrojo—. ¿Y si yo hiciera eso contigo?

—¡Diablo! —exclamó el adulto, arrancando el gato de las manos del viejo; y desapareció no sé por dónde, seguido de otros.

Sasubrina permanecía solo, rodeado de gentes que lanzaban contra él miradas irritadas y malévolas. Parecía que esperaban alguna cosa de su persona.

—Yo no soy el culpable, hermanitos —profirió con expresión lastimera.

—¡Cállate! —le gritó el pelirrojo, inspeccionando el patio de un vistazo—. ¿Dices que no has sido tú? ¿Quién ha sido, pues?

—¡Todos vosotros! —exclamó con convicción el bromista.

—¡Perro! —le bufó el de la barba roja.

Y le asestó un terrible puñetazo en la cara. El payaso retrocedió tambaleándose. Otro le dio un golpe en la nuca.

—¡Hermanitos!. . . —imploraba Sasubrina con ansiedad.

Pero sus compañeros, advirtiendo que los vigilantes estaban lejos, se acercaron y rodearon al antiguo favorito, y a puntapiés lo echaron al suelo.

Desde lejos, podía tomarse aquel grupo compacto por una reunión animada. De cuando en cuando, resonaba el ruido de los golpes que hacían blanco en Sasubrina. Le pegaban lentamente, sin irritación, aprovechando el momento oportuno en que el hombre, retorcido por el dolor como una culebra, presentaba un sitio propicio para un puntapié. Aquel juego salvaje duro unos minutos. De repente se oyó la voz del vigilante:

—¡Vamos! ¿Aún no habéis acabado la gresca?

Los presos terminaron el tormento que aplicaban, pero no enseguida. Uno después de otro se alejaron de Sasubrina, despidiéndose cada uno con un puntapié. Cuando todos hubieron desaparecido, el infeliz quedó tendido de bruces. Temblándole los hombros, tal vez lloraba. Se puso a escupir y a toser, y luego empezó a levantarse con precaución, como si temiese caer hecho polvo. Con la mano izquierda se apoyó en el suelo, dobló una pierna aullando, y, por fin, se sentó.

—¡No hagas el mono! —le gritó con severo acento el barbudo.

Sasubrina hizo todavía algunos movimientos y se puso luego en pie. Se dirigió tambaleándose a una de las paredes. Con una mano se apretaba el pecho, con la otra se apoyaba en la muralla, y, deteniéndose, bajaba la cabeza. Tosía, tosía mucho, y vi que caían al suelo gotas de sangre que resaltaban sobre el pavimento.

Sasubrina procuraba que la sangre cayera al suelo, a fin de que ninguna gota, saltando, manchara el edificio de la corona.

Todos los presos se burlaban del bufón.

Desde aquel día no volvió a verse el gato. Sasubrina no tuvo ya rival: él sólo llamaba la atención y divertía a los habitantes de la cárcel.

EN LA ESTEPA

Salimos de Perekop con un humor de mil diablos, hambrientos como lobos, iracundos contra todo y contra todos. Gran parte de la jornada había transcurrido sin el menor provecho, a pesar de que agotamos todos los recursos que podían ofrecernos nuestra inteligencia y nuestra picardía para robar algo o ganar con honradez algunas copecas. Por fin, convencidos de que no conseguiríamos nuestro objeto ni por un medio ni por otro, nos decidimos a alejarnos. ¿Hacia dónde? Maldito si lo sabíamos a punto fijo.

La decisión era unánime, y uno y otro nos repetíamos que, sucediera lo que sucediese, estábamos dispuestos a seguir el camino que nos habíamos trazado mucho tiempo atrás. Todos habíamos tomado tal resolución en silencio: no había necesidad de expresarla en palabras, pues brillaba claramente en la chispa sombría de nuestra mirada de hambrientos.

Eramos tres. Nuestras relaciones no eran muy antiguas: empezaron en una taberna de Kherson, a orillas del Dniéper, donde nos juntamos por casualidad. Uno

era soldado del Batallón de Ferrocarriles, antiguo guardavía cerca de Varsovia; mozo robusto, de tez colorada y frío mirar, gran conocedor de la vida de las cárceles. Todos teníamos buenas razones para ocultar nuestro pasado, y esto hacía que no dudáramos de nuestras mutuas afirmaciones; o por lo menos así lo dejábamos creer, pues en nuestro fuero interno maldita la confianza que poníamos en los demás y en nosotros mismos.

Por lo que hace al otro camarada, tratábase de un hombrecillo enjuto, de apretados labios y gesto malicioso, que se decía ex estudiante de la Universidad de Moscú. El soldado y yo creíamos sin discutir cuanto tuvo a bien declararnos.

La verdad es que nos tenía sin cuidado que hubiese sido en otro tiempo botero, ladrón o agente de policía secreta. Estaba hambriento, los vigilantes se fijaban en él cuando entrábamos en las ciudades y en los pueblos se hacía sospechoso a los mujiks; y él, por su parte, aborrecía a los mujiks y polizontes con odio implacable de bestia impotente, rendida y hambrienta, y de continuo clamaba venganza contra los privilegiados... ¿No estábamos, pues, hechos de la misma arcilla?

El tercero era yo. Gracias a la modestia, que ha sido siempre mi lado flaco, no he de hablaros ni una palabra de mis cualidades, y, no queriendo que me toméis por un cándido, callaré mis defectos; pero no tengo por qué ocultaros que siempre me creí mejor que los otros, y que, aun hoy, no he variado por completo de opinión acerca de este punto.

Habíamos, pues, salido de Perekop y caminábamos a la ventura, en línea recta, esperando encontrar algunos chavanes,¹ a quienes siempre que se les pide pan lo dan de buena gana.

Yo iba junto al soldado, y el "estudiante" caminaba detrás de nosotros. De sus hombros colgaba un harapo que recordaba la forma de una americana; sus cabellos,

¹Chavanes, pastores de Crimea.

cortados al rape, dejaban ver los ángulos de su cabeza puntiaguda, cubierta con los restos de un ancho sombrero; unos pantalones grises, llenos de parches multicolores, resguardaban sus piernas delgadas; y se servía de una especie de cuerda para mantener fijas a sus pies unas cañas de botas que halló en el camino. Caminaba lentamente, levantando mucho polvo a cada paso, y escrutaba la estepa con sus ojillos verde oscuro. El soldado llevaba una camisa de algodón rojo, adquirida en Kherson, y por encima de ésta un chaleco enguatado; una gorra de cuartel de color indefinido se ladeaba sobre su oreja derecha, y unos anchos pantalones, semejantes a los que llevan los mozos de posada, flotaban alrededor de sus pantorrillas; no tenía zapatos. Yo usaba un traje que no desdecía de los de mis compañeros, e iba igualmente descalzo.

Adelantábamos. En torno de nosotros la inmensidad se extendía como en una oscilación gigantesca, y encima de nuestras cabezas se redondeaba la extensión ardiente y azul de un cielo de verano sin nubes, parecido a una enorme cúpula oscura. Una carretera polvorienta y gris cortaba la estepa como una cinta y nos quemaba los pies: aquí y allí se veían campos de trigo negro, ya segado, cuyo rastrojo se parecía singularmente a las mejillas de un hombre que no se afeitara en un par de semanas.

El soldado andaba canturreando con voz de bajo algo enronquecida:

*...Cantamos y alabamos
tu sagrado domingo...*

En la milicia, a menudo había reemplazado al chantre de la iglesia del cuartel, de modo que se sabía de memoria un número incalculable de himnos y cantos, de los cuales abusaba cada vez que la conversación languidecía.

Ante nosotros, en el horizonte, surgían líneas inciertas, cuyos contornos y matices pasaban del violeta pálido al rosa tierno...

—He aquí las montañas de Crimea, sin duda alguna —dijo el estudiante en tono breve.

—¡Montañas! —exclamó el soldado—. Me parece que tienes demasiada prisa en verlas, amigo mío; son nubes... sencillamente nubes. Mira bien: tienen el aspecto de una fuente de natillas...

Hice observar que sería muy agradable que aquellas nubes fueran de natilla... Aquello nos hizo pensar en el hambre que teníamos.

—¡Demonio! —murmuró el soldado, escupiendo—. ¡Si por lo menos encontráramos a alguien! Pero, ¡eh! ¡Nadie! Tendremos que hacer como los osos en invierno: ¡chuparnos las patas!

—Bien decía yo que era preciso ir hacia los puntos habitados —pronunció sentenciosamente el estudiante.

—¿Lo decías? —contestó el soldado—. Hablas como un sabio. ¿Dónde están esos lugares habitados? Ni el mismo diablo lo sabe.

El estudiante calló, apretando la boca. Poco a poco se ocultaba el sol, y en el horizonte las nubes rosadas se matizaban de tintes indefinibles. Flotaba en el aire olor de tierra y de sales, y aquel olor, seco y agradable, aumentaba todavía nuestro apetito. El vacío de nuestros estómagos nos hacía padecer. Era una sensación penosa y extraña. Dijérase que todos los humores de nuestros músculos desaparecían, lentamente evaporados, y que se dificultaba la circulación de la sangre. En las cavidades de la boca y la garganta se producía una sensación de picor y sequedad; nos dolía la cabeza, y ante nuestros ojos subían y bajaban sin cesar manchitas, oscuras unas veces y luminosas otras. De vez en vez tomaban el aspecto de carnes humeantes o de panecillos redondos; a aquellas visiones mudas de lo pasado, añadía el recuerdo su olor natural, y era como si un cuchillo nos abriera las entrañas.

Caminábamos sin detenernos, explicándonos unos a otros las sensaciones que experimentábamos, mirando por todas partes con ojo avizor, para procurar ver algún rebaño de ovejas, y aguzando el oído con la esperanza

de distinguir el chirrido de alguna carreta-tártara de las que llevan fruta a los mercados armenios.

Pero, a lo lejos, todo era silencio y soledad.

La víspera de aquella tremenda jornada, comimos, entre los tres, cuatro libras de pan de centeno y cinco melones, y después, sin probar nada más, anduvimos más de cuarenta kilómetros. ¡Los gastos no resultaban proporcionados a las entradas!

Cuando nos dormimos en la plaza-mercado de Perekop, el hambre llegó a despertarnos.

El estudiante nos aconsejó, con buen acuerdo, que no nos acostáramos aquella noche, y la empleáramos en...; pero en una sociedad distinguida no se habla en alta voz de proyectos de tal género, encaminados a violar la propiedad ajena; de manera que me callo.

Quiero ser verídico, pues no tengo interés en mostrarme grosero. Sé perfectamente que en nuestra época de alta cultura intelectual, las gentes son más y más compasivas, y que cuando cogen al prójimo por la garganta con la intención de estrangularlo, procuran hacerlo con toda la amabilidad imaginable, observando las reglas de urbanidad más oportunas en tales casos. La experiencia de mi propia garganta me obliga a reconocer el progreso realizado por las costumbres, y puedo afirmar, con un sentimiento de agradable seguridad y sin temor a ser desmentido, que en este dichoso mundo todo se desarrolla y perfecciona, y, singularmente, el arte de ahogar al prójimo. Puedo citar, en apoyo de lo que digo, la extensión cada vez mayor que toman las cárceles, las tabernas, las mancebías...

Caminábamos sin descanso, tragando saliva y procurando engañar nuestro dolor de estómago por medio de amenas conversaciones; caminábamos por la estepa desierta y silenciosa, alumbrados por los rayos rojizos del sol poniente y alentados por una esperanza confusa. Ante nosotros bajaba el astro, caía lentamente detrás de las ligeras nubes que teñía con sus luces, y por todos lados surgía del campo y se elevaba un vapor azulado que subía hacia el cielo, ocultando los tristes horizontes que nos rodeaban.

—Hermanos —dijo el soldado, recogiendo un trozo de madera en el camino—, buscad lo necesario para hacer lumbre. Tendremos que pasar la noche en la estepa. ¡Qué rocío! Coged cuanto halléis a mano: boñiga, tallos...

Nos separamos y buscamos a ambos lados del camino, tomando la hierba seca y cuanto nos parecía bueno para arder.

Siempre que nos inclinábamos hacia el suelo, sentíamos el desco vehemente de tumbarnos y de quedar inmóviles y, luego, de comer aquella tierra negra y blanda, y comer mucha, mucha, hasta no poder más, y dormimos después. Poco nos importaba dormimos para siempre; pero antes anhelábamos comer, mascar, sentir aquella materia espesa y tibia bajar lentamente por el canal seco de la boca hasta el estómago contraído, que experimentaba la necesidad rabiosa de absorber algo.

¡Si por lo menos encontráramos algunas raíces!..., porque también las hay comestibles.

Pero nada, ni una raíz en aquella tierra negra y labrada. La noche llega muy pronto en los países del Sur; apenas se habían extinguido los últimos rayos del sol, cuando las estrellas aparecían ya en la oscura bóveda del cielo, y las sombras, cada vez más espesas, que caían sobre nosotros, disminuían el inmenso espacio de la estepa que nos rodeaba.

—Hermanitos —dijo a media voz el estudiante—, allí, a la izquierda, hay un hombre tendido.

—¿Un hombre? —interrogó con expresión de duda el soldado—. ¿Qué demonios buscará por aquí?

—Ve a preguntárselo; de fijo que tiene pan, puesto que acampa en la estepa —observó el estudiante.

El soldado miró hacia el punto indicado y dijo, escupiendo con energía:

—¡Vamos a verle!

Había sido precisa la perspicaz mirada de los ojos verdes del estudiante para distinguir el bulto de un hombre en la masa incierta que aparecía a unos cien metros de nosotros, a la izquierda de la carretera.

Nos dirigimos rápidamente hacia allí, sintiendo la esperanza de poder comer algo, lo cual aumentaba nuestras angustias de hambrientos.

Estábamos ya cerca de él, y el hombre no se movía.

—Quizás no es un hombre —dijo el soldado con adusta expresión, formulando así el pensamiento que los tres habíamos tenido.

Pero casi al mismo tiempo disipáronse nuestras dudas, pues el bulto que había en el suelo empezó a moverse, creció a nuestra vista, y notamos que, en efecto, era una criatura humana que tendía el brazo hacia nosotros. Luego aquel desconocido habló con voz sorda y temblorosa:

—Si se acercan les pego un tiro.

En la atmósfera oscurecida resonó el seco y rápido ruido de un arma. Nos detuvimos al momento, permaneciendo en silencio algunos segundos, sorprendidos por acogida tan poco cordial.

—¡Canalla! —farfulló el soldado.

—Lleva un revólver —dijo el estudiante con expresión pensativa—; debe ser un pájaro de cuenta. . .

—¡Oye! —gritó el soldado, que sin duda acababa de tomar una resolución.

El desconocido, sin cambiar de actitud, continuaba callado.

—Oye, tú; no te haremos nada. . . , pero danos un poco de pan. . . De fijo tienes. . . Danos, hermano, en nombre de Cristo. . . —Y añadió el soldado en voz baja—: ¡Maldito seas, bandido!. . .

El otro continuaba silencioso.

—¡Ni siquiera nos escucha!. . . —comentó el soldado con un temblor de rabia y desesperación en la voz.

—¡Danos pan! No nos acercaremos; ¡tíralo!. . .

—Bien —contestó el hombre en tono breve.

Si nos dijera “queridos hermanos” y si en estas dos palabras cristianas hubiese puesto la expresión de sus sentimientos más puros y sagrados, de seguro no nos calmará más aprisa y mejor que con aquella palabra sorda y breve: “¡bien!”

—¡No temas, buen hombre! —volvió a decir el sol-

dado con sonrisa tierna y cariñosa, por más que el desconocido no podía ver su cara a causa de la distancia.

—Somos gente de paz... Vamos de Rusia a Kubán... No hemos ganado casi nada en el camino; vendimos cuanto teníamos, y hace dos días que no hemos comido nada...

—Toma, ¡allá va! —contestó el hombre, levantando la mano.

Un trozo de pan negro voló por el aire y cayó cerca de nosotros. El estudiante se precipitó a cogerlo.

—Tomen, ¡ahí va más! ¡ahí va más!... Es todo lo que tengo.

Cuando el estudiante hubo recogido aquellos presentes, vimos que consistían en unas cuatro libras de pan duro, seco y sucio; pero la verdad era que esto nos importaba poco y casi nos alegramos de que estuviese duro. El pan duro es más alimenticio que el tierno porque contiene menos humedad.

—Toma, toma, toma más aún —decía el soldado, haciendo la distribución de los trozos—. Toma, ¡esto no es justo!, a ti hay que quitarte un pedacito para dárselo a éste...

El estudiante se sometió sin replicar a la pérdida de un mendrugo de unos cinco gramos que me correspondió. Empecé a mascar el pan. Lo masqué lentamente, conteniendo a duras penas el temblor convulsivo de las mandíbulas que hubieran desmenuzado piedras. Era un goce supremo sentir las precipitadas contracciones del estómago y calmarlas poco a poco, bocado tras bocado. Aquel alimento caliente producía una sensación exquisita, indescriptible, al penetrar en el estómago; parecía transformarse de un modo instantáneo en sangre y en tuétano. Una alegría vivaz y reconfortante alentaba mi corazón a medida que el estómago se llenaba, y me sentía invadido como nunca hasta entonces por la gordura y la pesadez.

Había olvidado ya las malditas jornadas de hambre crónica. Anegado en la delicia de las emociones presentes, apenas me acordaba de mis camaradas.

Pero cuando llevé a mi boca las últimas migajas que me quedaban, sentí que aún tenía un hambre mortal.

—¡Diablo!, todavía tiene grasa y carne —refunfuñó el soldado, que estaba sentado en el suelo frente a mí y se frotaba la barriga con ambas manos.

—No hay duda, porque el pan huele a carne... y de fijo tiene más pan —dijo el estudiante, que añadió en voz baja—: ¡Si no tuviese revólver!...

—¿Quién es?, ¿de dónde vendrá?

—¡Debe ser de nuestra ralea!

—¡Es un perro! —dijo resueltamente el soldado.

Estábamos sentados formando un grupito compacto, y mirábamos hacia el punto en donde se hallaba nuestro bienhechor. Ningún ruido, ninguna señal de vida delataba su presencia. En torno nuestro la noche se hacía cada vez más oscura. Un silencio de muerte reinaba en la estepa; oíamos mutuamente nuestra respiración. De cuando en cuando resonaba el grito del mochuelo... Las estrellas, flores vivas del cielo, centelleaban sobre nuestras cabezas... Teníamos hambre. No me da vergüenza decirlo: en esa noche extraña, no era mejor ni más puro que mis camaradas de azar. Les sugerí la idea de levantarnos y acometer a aquel hombre. "No le haremos ningún daño, pero ¡comeremos todo lo que lleve! Disparará. ¡Bien! No tocará sino a uno de los tres, y hasta es posible que sólo le hiera..."

—¡Vamos! —dijo el soldado, levantándose.

El estudiante se levantó también, aunque con más lentitud.

Fuimos hacia el desconocido casi corriendo, seguidos del estudiante, que siempre iba detrás.

Al estar cerca, oímos una especie de murmullo sordo y el ruido estridente del gatillo del arma. Una chispa: ¡crac!; salió el tiro.

—¡Ilesos! —gritó alegremente el soldado, y de un salto se precipitó sobre el desconocido.

—¡Espera, demonio!, te voy a...

El estudiante corrió hacia el zurrón.

Pero el desconocido, que estaba arrodillado, se echó hacia atrás y comenzó a gemir.

—¡Qué demonios! —exclamó el soldado, que había levantado ya el puño para pegar a su enemigo—. ¿Quizás le habrá tocado la bala?... ¿Qué es lo que tienes? ¿Te habrás muerto a ti mismo por casualidad?

—¡Hay carne, pasteles, pan!... Hay gran cantidad, hermanitos... —dijo de repente el estudiante, lleno de alegría.

—¡Que el diablo te lleve!, ¡revienta!... Vamos a comer, amigos —gritó el soldado—. Ya tengo el revólver de este imbécil que no se mueve. Mirad: en el revólver tenía aún una cápsula...

De nuevo comíamos silenciosamente. El desconocido continuaba tumbado, sin mover brazos ni piernas. Maldito lo que nos cuidábamos de él.

—¿Es posible, queridos hermanitos, que sólo hayan venido en busca de pan? —dijo de pronto una voz temblorosa y enronquecida.

Nos miramos estremeciéndonos: el estudiante se atragantó, bajó la cabeza y se puso a toser.

El soldado, después de tragar el trozo que tenía en la boca, empezó a renegar:

—¡Perro, hijo de perro! ¡Revienta como un odre seco!... ¿Quieres que rompa tu asquerosa piel? ¡No tenemos necesidad de hacerlo!... ¡Pedazo de idiota! ¡Espíritu impuro, imbécil! ¡Tiene armas y dispara contra la gente! ¡Maldito!

Y así continuó, comiendo e insultándolo sin darse punto de reposo.

—Espera que acabemos de cenar, que ya te ajustaremos las cuentas —masculló el estudiante.

Entonces resonaron en el silencio de la noche gemidos que parecían aullidos.

—¡Hermanitos!... Yo ¿qué sabía? He disparado porque tenía miedo. Vengo de Athos... voy al gobierno de Smolensk... ¡Dios mío!... La fiebre me ha quebrantado; apenas anochece me acomete el acceso... ¡Oh, cuánto sufro! Por esta fiebre he tenido que irme de Athos... Trabajaba en un taller de carpintería; soy carpintero. Tengo en casa mujer y dos niñas... Hace ya

cuatro años que no las he visto... ¡Cómanlo todo, hermanitos!

—¡Ya lo comeremos sin tu permiso! —contestó el estudiante.

—¡Dios mío! Si hubiera sabido que eran buena gente, no habría disparado. Consideren que estamos en la estepa y que era de noche... ¿Acaso pueden culparme?

Lloraba sin cesar, o mejor, exhalaba una especie de gemido quejumbroso y entrecortado.

—¡Cómo se queja! —dijo el soldado, con tono despreciativo.

—Debe tener dinero —replicó el estudiante.

El soldado guiñó un ojo; le miró y le sonrió.

—Eres muy listo... Encendamos fuego y acostémonos.

—¿Y éste? —preguntó el estudiante.

—¡Que el diablo le lleve! ¿Quieres acaso asarle?

—Quizás sería mejor.

Y diciendo estas palabras, movió su cabeza puntiguda.

Marchamos en busca del combustible que habíamos recogido y que dejamos cuando el grito amenazador del carpintero nos detuvo.

Trajimos cuanto era necesario, y bien pronto nos sentamos junto a la hoguera. Ardía tranquilamente en el seno de la noche, alumbrando el espacio que ocupábamos. El sueño cerraba nuestros párpados y, sin embargo, aún nos parecía que habríamos podido comer más.

—¡Hermanitos! —gritó el carpintero.

Estaba tumbado a tres pasos de nosotros, y a veces me parecía que murmuraba entre dientes.

—¿Qué quieres? —le preguntó el soldado.

—¿Me permiten que me acerque a la hoguera? Temo morir...; todos mis huesos me duelen... ¡Dios mío! ¿Volveré a ver algún día mi casa?

—¡Acércate, si quieres! —dijo el soldado.

Con lentitud, como si tuviera miedo de perder una mano o una pierna, se acercó al fuego. Era el carpintero un hombre de alta estatura, demacrado, cuyos vestidos parecían flotar alrededor de su cuerpo y cuyos grandes

ojos turbios revelaban la enfermedad que le consumía; tenía el rostro descarnado, y el color de su piel, visto a la luz rojiza de la hoguera, aparecía amarillento, terroso y como cadavérico. Temblábale todo el cuerpo, y nos inspiraba una especie de piedad desdeñosa. Alargando hacia el fuego sus largas manos huesudas, frotaba unos contra otros los dedos, cuyas articulaciones se doblaban blanda y lentamente. Para decirlo en una palabra: todo su aspecto era repugnante y repulsivo.

—¡Buena facha tienes! ¿Por qué viajas a pie? ¿Por avaricia, tal vez? —preguntó el soldado, con duro gesto.

—Me lo han aconsejado: “No vayas por mar, pasa por Crimea, cuyo clima te hará bien”. ¡Pero no puedo andar! ¡Estoy moribundo, hermanitos! ¡Moriré solo en la estepa, y las aves de rapiña devorarán mi cuerpo!... Nadie sabrá nada de mí. Mi mujer y mis hijitas me esperarán en vano. ¡Les he escrito! ¡Las lluvias y el sol de la estepa blanquearán mis huesos!... ¡Ah, Dios mío, Dios mío!

Lanzaba una especie de aullido como el de un lobo agonizante.

—¡Demonios! —exclamó el soldado con cólera y levantándose vivamente—. ¡No te quejes de ese modo! ¿No quieres que descansemos, acaso? ¿Que vas a reventar? ¡Pues bien, revienta! ¡Pero calla!... A ninguno nos importa saber lo que te pasará. Cállate...

—Dale un trompazo en la cabeza —propuso el estudiante.

—Acostémonos —dije yo—. Y tú, si quieres permanecer junto a la hoguera, calla de una vez. Me fastidian tus alaridos.

—¿Oíste bien? —gritó furioso el soldado—. Mira que no te volveré a repetir la orden. ¿Imaginas, acaso, que tendremos lástima de ti, y que vamos a cuidarte porque nos arrojaste pan como a los perros y disparaste contra nosotros?... ¡Estúpido! Otros, en nuestro lugar, te habrían ya...

El soldado se tendió a la larga, y calló.

El estudiante estaba ya tendido y yo hice lo mismo. El carpintero, asustado, se acurrucó cerca del fuego y se puso a mirarlo en silencio. Yo estaba a su derecha y podía oír castañetear sus dientes. El estudiante estaba a su izquierda y me pareció que dormía ya.

El soldado, con las manos cruzadas bajo la nuca y el rostro hacia el cielo, miraba atentamente la gran bóveda.

—¡Qué noche!, ¡cuántas estrellas!... ¡Qué hermosa noche! —me decía momentos después—. ¡Mira este cielo! ¡Qué cielo tan magnífico! Me gusta esta vida de vagabundo, amigo mío... Verdad que se padece hambre y frío, pero por lo menos se es libre; ¡no se tiene amo!... Puedes, si quieres, comerte tu propia cabeza, sin que nadie tenga que ver en ello... ¡Cuánto me gusta!... A menudo he padecido hambre, y estos últimos días estaba como rabioso...; pero ahora estoy tendido y miro al cielo... Las estrellas me hacen guiños, como para decirme: “No te desalientes, amigo Laputin; sigue siempre adelante y no temas nada”. ¡Sí, sí!, ¡no puedes figurarte cuánto me place todo esto!... Y ¿cómo te llamas tú, carpintero? No me guardes rencor ni tengas miedo; si nos comimos tu pan, nada tiene eso que ver. Tú tenías pan, y nosotros no; pues, nos comimos el tuyo... Pero tú, salvaje, ¡nos mandas balas! ¿No comprendes que una bala puede hacer daño a un hombre? Esto me puso furioso, y si no hubieses caído, amigo mío, llevaras el merecido de tu insolencia. En cuanto al pan, con comprar mañana, al llegar a Perekop, estás al cabo de la calle... Tienes dinero, lo sé... ¿Cuánto tiempo hace que tienes fiebre?

Durante largo rato resonó en mis oídos la voz de bajo profundo del soldado, alternando con la temblorosa y cascada del carpintero enfermo. La noche sombría era cada vez más negra, y los pulmones aspiraban con delicia el aire puro y refrescante. La llama de la hoguera proyectaba una luz tranquila y un calor que nos vivificaba... Se me cerraban los ojos y sentía flotar ante ellos, a través del sueño, algo bello y apacible.

—¡Levántate! ¡Ea, en pie! ¡Aprisa, aprisa!...

Abrí los ojos, invadido por una sensación de terror. y me puse en pie con la ayuda del soldado, que tiraba de mí con todas sus fuerzas.

—¡Ea, aprisa, te digo; andando!

Tenía su rostro una expresión adusta y alarmada. Miré en torno mío. Apuntaba el sol; un rayo rosado caía ya sobre la faz inmóvil y azulada del carpintero. Tenía la boca desmesuradamente abierta, y los ojos, casi fuera de las órbitas, nos dirigían una mirada vidriosa, cargada de horror. Tenía la chaqueta desgarrada, y me pareció que estaba tendido en una posición anormal. El estudiante había desaparecido.

—¿Qué es lo que mira?

—¡Marchemos, te digo! —mandó el soldado con voz ruda, tirándome del brazo.

—¿Acaso ha muerto? —pregunté estremeciéndome al fresco beso del alba.

—¡Ya lo creo! Si te estrangulasen, me parece que tú también morirías —explicó el soldado.

—¿Estrangulado?... ¿Acaso el estudiante?... —exclamé.

—¿Y quién, si no? A menos que seas tú o yo. Sí, sí, he aquí un sabio que ha extinguido con destreza una vida humana, y que nos ha puesto en un buen apuro. Si lo sé, lo mato ayer... a ese “estudiante” del diablo... ¡lo habría matado sin piedad! Un puñetazo en la sien, y hubiera quitado un canalla de en medio. ¿Comprendes lo que ha hecho? Ahora es preciso que nadie nos vea en la estepa. ¿Entiendes? Hoy mismo encontrarán el cuerpo de este pobre y verán que ha sido estrangulado y desvalijado, y entonces nos vigilarán más que nunca. Nos preguntarán: “¿Dónde vais? ¿De dónde venís? ¿Dónde pasasteis la noche?” Y probablemente nos detendrán, aún cuando no nos encuentren ni un centavo. ¡Pero ahora me acuerdo que llevo el revólver de este infeliz!

—¡Tíralo! —aconsejé al soldado.

—¿Tíralo? —me contestó con gesto pensativo—. Tiene algún valor... Quizás no nos cojan... No, no

quiero tirarlo. ¿Quién puede saber que el carpintero tenía un arma? Siempre valdrá lo menos tres rublos y aun queda una bala... ¡Santo Dios! Si la hubiese alojado en la cabeza de nuestro querido camarada que ha desaparecido... ¿Cuánto dinero habrá robado el maldito?

—¿Y las pobres niñas del carpintero? —exclamé yo.

—¡Las hijas! ¿Qué hijas?... ¡Ah!, del carpintero. Pues bien, crecerán y de fijo que no seremos nosotros quienes nos casemos con ellas... No hablemos más del asunto. ¡Ea, hermano, aprisa! Pero... ¿dónde iremos?

—No lo sé... ni me importa.

—Yo tampoco lo sé... y tampoco me importa. Vamos a la derecha. Me parece que encontraremos el mar. Y tomamos hacia la derecha.

Me volví de nuevo. Lejos de nosotros, en la estepa, se levantaba una colina sombría, sobre la cual brillaba el sol.

—¿Miras acaso si ha resucitado? No tengas miedo... no creas que nos atrapará... Te aseguro que el sabio es un hombre hábil; no le ha muerto de mentirijillas. Era un buen camarada y nos engañó por completo. Sí, hermano mío, de año en año el mundo se corrompe cada vez más —dijo con tristeza mi compañero.

La estepa, desierta y silenciosa, inundada por el sol deslumbrador de la mañana, se ensanchaba alrededor de nosotros, confundiendo en el horizonte con el cielo, en una suave gradación de luz, tan dulce, tan clara, tan bienhechora, que parecía imposible suponer la existencia de alguna cosa injusta y negra en la inmensa extensión de aquella llanura que vivía bajo la cúpula azul del cielo.

—Mira, yo tengo hambre de nuevo —dijo mi camarada, liando un cigarrillo de su tabaco negruzco.

—¿Qué comeremos hoy? ¿Dónde y cómo?

¡Enigma!...

De este modo, mi vecino de cama en el hospital terminó su narración, diciéndome:

—Eso es todo. El soldado y yo fuimos grandes amigos, y llegamos juntos hasta la provincia de Kara. Era un buen muchacho, muy inteligente, muy listo, un vagabundo típico. Yo le estimaba de veras. En el Asia Menor nos perdimos de vista, y no he vuelto a verle hasta hoy.

—¿Piensas a menudo en el carpintero? —le pregunté.

—Alguna que otra vez, ya acabas de oírme recordándole...

—¿Y... no... te molesta esto?

Se echó a reír.

—¡Qué quieres!... Nada tengo que ver yo en el asunto. Nadie tiene que pedirme cuentas de ello. Y por otra parte, nadie es culpable de nada, ya que al fin y al cabo todos somos igualmente unos brutos. ¿O dices tú lo contrario?...

LOS PRIMEROS BESOS

En cierta ocasión, durante el otoño, me encontré en un trance de los más difíciles: estaba sin un céntimo y sin hogar en una ciudad que visitaba por primera vez y donde no conocía a nadie.

Después de haber vendido en los primeros días todas las prendas de ropa de que podía disponer, dejé aquella ciudad y fui a un lugar llamado Ustié. Había allí desembarcaderos y, en los meses dedicados a la navegación, gran bullicio y mucho trabajo; pero corrían entonces los últimos días de octubre y todo estaba desierto y silencioso.

Andando sin rumbo fijo por la húmeda arena, que examinaba con obstinación anhelando hallar los restos de cualquier substancia comestible, rondaba solitario entre las barcas abandonadas y vacías, y junto a esos grandes arcones que sirven de mostrador en los puestos donde los revendedores exponen sus artículos, y pensaba en la satisfacción que tendría si pudiese darme un hartazgo.

Cuando se llega a cierto estado de cultura, el hambre del alma puede satisfacerse mucho antes que la del cuerpo. Caminando a lo largo de las calles, os veis rodeados de edificios de un exterior agradable y de los cuales se puede casi jurar que deben tener un interior bien dispuesto y mejor amueblado. Esto suele despertar en vuestro espíritu pensamientos consoladores acerca de la arquitectura y de la higiene, y de otras muchas cosas delicadas y distinguidas. Encontraréis también personas vestidas de un modo confortable y perfectamente abrigadas. Son gentes finas que se alejan pronto de vosotros, poco deseosas de convencerse de la triste certidumbre de vuestra pobreza. Podéis creerme: el alma del hambriento se alimenta siempre mucho mejor y de un modo más sano que la del ahíto; y ésta es una tesis de la cual puede deducirse una conclusión muy curiosa en favor de los que están hartos. . .

Caía la lluvia junto con el crepúsculo, y el viento soplaba del norte en fuertes y rápidas ráfagas. Silbaba en torno de los mostradores y de las tiendas vacías, chocaba contra las ventanas de hoteles y posadas y hacía espumajear bajo sus golpes las ondas del río, que se estrellaban con fragor sobre la arena de la orilla, erguían muy altas sus crestas y se perdían unas tras otras a lo lejos, saltando unas por encima de las otras.

Dijérase que el río se daba cuenta de la proximidad del invierno y huía sin saber a dónde, temeroso de sufrir la esclavitud de los témpanos en que podía sumirlo esta noche de ventiscas. El cielo aparecía pesado y sombrío: caían de él, sin descanso, gotitas de lluvia apenas visibles, y la elegía que anhelaba la naturaleza acentuábanla los dos sauces blancos, rugosos y disformes, al pie de los cuales yacía un buque tumbado con la quilla al aire.

Era un buque agujereado por la parte inferior, y los sauces no pasaban de ser unos arbolillos destruidos por el viento. . . En torno, todo parecía silencioso y muerto, y el mismo cielo hacía como que lloraba. . . Hubiérase dicho que me rodeaba un desierto sombrío, que aque-

llo era la agonía universal y que yo era el único superviviente, a quien la muerte esperaba también.

¡Y tenía entonces dieciocho años, esa hermosa edad!

Andaba y andaba sobre la arena helada y húmeda, mientras mis dientes ejecutaban trinos en honor del frío y del hambre.

...De pronto, cuando buscaba en vano algo para comer, al llegar detrás de uno de los arcones, vi, acurrucada en el suelo, una silueta vestida con traje de mujer que la lluvia mojaba moldeándola sobre los hombros. Me detuve junto a ella y miré lo que hacía. Y resultó que con sus manos abría un agujero en la arena, procurando forzar el fondo del arcón.

—¿Por qué haces esto? —le pregunté, agachándome a su lado.

Lanzó una corta exclamación y se puso rápidamente en pie.

Ahora que estaba mirándome con sus ojos grises muy abiertos y miedosos, vi que era una joven de mi edad, de rostro grato, pero adornado, por desgracia, con tres magulladuras. La desfiguraban por completo, aun cuando estuvieran dispuestas con cierto arte: dos de dimensiones parecidas surcaban sus pómulos, y la otra, mayor, le laceraba la frente sobre el entrecejo. En aquella simetría descubriase el trabajo de un artista muy experto en la especialidad de estropear fisonomías.

La joven me miró, y poco a poco desapareció el temor de su mirada... Luego sacudió la arena que le quedaba en las manos, arregló el pañuelito de indiana que llevaba en la cabeza y, estremeciéndose de frío, me dijo:

—Supongo que también tienes hambre... Ahonda, entonces. Yo tengo las manos cansadas. Aquí dentro —señaló el arcón con un gesto— debe haber pan, y tal vez embutidos... Es un puesto que se abre todos los días.

Empecé a escarbar el suelo. En cuanto a ella, después de haberme examinado con atención, se sentó a mi vera y me fue ayudando como podía.

Trabajaba en silencio. No puedo decir ahora si me acordé en aquel momento del Código Penal, de los

principios morales y de otras zarandajas que, al decir de las gentes instruidas, debe uno recordar en tales ocasiones. Como quiero decir siempre la verdad, o aproximarme a ella cuanto me sea posible, debo confesar que estaba tan absorto en mi empresa de zapar el arcón, que olvidaba todo lo demás, excepción hecha de lo que podía contener el arcón mismo. . .

Avanzaba la noche. La obscuridad, húmeda y penetrante, se espesaba en torno nuestro. Las ondas parecían hacer todavía más ruido, y la lluvia golpeaba con más fuerza y más aprisa las maderas del mostrador.

No lejos de allí, resonaba el sonido cascado de la carraca de un vigilante nocturno.

—Falta saber si el arcón tiene fondo o no —dijo en voz baja mi compañera.

No entendí bien lo que decía, y seguí en mi faena.

—¡Te pregunto si el arcón tiene o no fondo! Si lo tiene, nos cansamos en balde. Abrimos un agujero, y después quizás encontremos unas maderas duras como el hierro. ¿Cómo las arrancaremos? Tanto valdría romper el candado. . . Me parece que no es de los más fuertes.

Rara vez las buenas ideas visitan la cabeza de las mujeres; pero, como veis, esta regla también tiene excepciones. Siempre aprecié las buenas ideas, y procuré aprovecharlas en lo posible. Después de dar con el candado, lo retorcí y lo arranqué, al mismo tiempo que los anillos de la cadena que lo sujetaba. Mi colaboradora se inclinó y se deslizó como una culebra en el arcón, por el agujero que acababa de abrirse. Desde dentro lanzó un grito de alegría:

—¡Bravo, muchacho!

Un elogio de mujer me ha halagado siempre más que un largo ditirambo pronunciado por un hombre, aunque éste fuera elocuente como todos los oradores antiguos y modernos reunidos.

Pero entonces tenía menos humor que hoy y, sin fijarme en el piropo de mi amiga, le pregunté con ansiedad:

—¿Encuentras algo?

Con voz monótona empezó a detallarme sus descubrimientos:

—Un cesto con botellas... Sacos vacíos... Un paraguas... Un cubo de hierro...

Nada de aquello era comestible. Sentía extinguirse mi esperanza. Pero de repente exclamó con voz de triunfo:

—¡Eh! ¡Ah! ¡Aquí está!

—¿Qué? ¿Cómo?

—El pan... Un pan redondo... Eso sí que mojado. ¡Atención!

Rodó el pan a mis pies, y luego le siguió mi amiga. Había partido ya un trozo, lo había llevado a la boca y lo mascaba.

—¡Bueno, dame! Hemos de marcharnos de aquí... ¿Adónde vamos?

Miraba a todos lados como si viera entre las tinieblas. Oíanse ruidos, hacía frío, llovía y llovía...

—Mira, allá abajo hay una barca volcada... ¿Vamos allí?

—¡Vamos!

Nos dirigimos hacia aquel lado. Por el camino partíamos el pan, y nos llenábamos la boca.

Aumentaba la lluvia, rugía el río. Un silbido irónico y prolongado, que salía no se sabe de dónde, llegaba hasta nosotros. Dijérase que un ser potente y misterioso silbaba como para burlarse de la naturaleza entera, de los hombres y de sus instituciones, de aquel triste crepúsculo de otoño, y aun de nosotros, que éramos sus héroes.

Se desgarraba angustiada el alma al oír aquellos estertores; pero, a pesar de todo, comía con glotonería. En esto me imitaba la muchacha, que caminaba a mi izquierda con breves pasitos.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, sin saber a punto fijo por qué.

—¡Natacha! —contestó brevemente, mascando con ruido.

Me fije en ella un instante, y el corazón se me oprimió. Luego escruté entre las sombras, y me pareció que

el rostro malévoló de mi suerte sonreía, burlón y enigmático. .

Sobre la madera de la barca, la lluvia golpeaba persistente, y aquel sonido sordo engendraba los más tristes pensamientos. Silbaba el viento, penetrando por los agujeros del fondo y por los eslabones de una cadenita, que resonaban y se entrechocaban con un timbre inquieto y quejumbroso.

Las ondas del río saltaban sobre la arena y murmuraban sin cesar, como si contaran algo insoportablemente ingrato y adusto, de lo cual estuviesen asqueadas, algo que hubieran querido olvidar y de lo que, sin embargo, hablaban a pesar suyo. El ruido de la lluvia se mezclaba a su chapoteo, y sobre la barca cerníase como un suspiro: el suspiro anhelante, pesado y sin fin de la tierra cansada por esos cambios perpetuos del estío y del otoño. Y las ráfagas zumbaban por la orilla, y la corriente espumosa se fatigaba cantando sus lúgubres baladas.

La instalación bajo la barca no era muy cómoda que digamos. Reinaba allí gran humedad, había poco espacio, y por el fondo agujereado caían gotas de agua y penetraba el viento con intermitencias. Estábamos sentados, silenciosos y temblando de frío. Recuerdo que Natasha apoyaba la espalda en la banda de la barca y estaba acurrucada, hecha un ovillo. Tocando las rodillas con la barba y rodeándolas con los brazos, miraba obstinadamente al río; tenía los ojos muy abiertos, y parecían aún más grandes a causa de las magulladuras que los rodeaban. No se movía, y aquella inmovilidad y aquel silencio me inspiraban cierto temor hacia la pequeña. . . Hubiera querido hablarle, pero no sabía cómo entablar la conversación.

Ella fue quien empezó:

—¡Maldita vida! —pronunció distintamente, marcando las palabras con acento de profunda sinceridad.

Pero no era aquello una lamentación. Había demasiada indiferencia en sus palabras para que fueran una

queja. Sencillemente era que había reflexionado como podía, había reflexionado y llegado a tal conclusión, que expresó en voz alta, y que yo no podía desaprobarme so pena de contradecirme. Por tal motivo me callé. Y ella, como si no advirtiera mi presencia, permanecía sin moverse.

—Lo mejor será reventar enseguida —agregó, en voz baja y pensativa esta vez.

Pero tampoco ahora advertí alguna nota quejumbrosa. Veíase que, después de haber pensado en la vida, se había examinado a sí misma, y, tranquilamente, deducía que no era capaz de otra cosa que de reventar, para defenderse contra las ironías del destino.

Yo sentía que me descorazonaba ante aquella claridad de razonamiento, y comprendí que, de continuar callando, me echaría a llorar... Aquello hubiera sido vergonzoso delante de una mujer, sobre todo cuando ella no estaba afligida. Resolví trabar conversación.

—¿Quién te ha pegado así? —le pregunté, no hallando nada más delicado y gracioso que decirle.

—¡Pachka! —respondió con voz alta y tranquila.

—¿Y quién es Pachka?

—Mi amante... un panadero.

—¿Te pega a menudo?

—Siempre que está borracho. ¡Muy a menudo!...

Y de pronto, aproximándose a mí, empezó a hablarme de ella y de Pachka y de las relaciones que les unían.

Ella era una de esas muchachas que se "pasean", y él un tahonero de bigotazos rojos que tocaba a maravilla el acordeón.

Iba a su casa, y le gustaba mucho, porque era alegre y muy limpio. Llevaba americana de quince rublos y unas botas soberbias. Por todas aquellas razones se había enamorado, y se convirtió en su amante. Pero en cuanto fue su querida, el del acordeón sólo se cuidó de sacarle todo el dinero que le daban los otros amigos. Luego empezó a pegarle; esto lo habría soportado de buena gana, pero llegaba hasta a "divertirse" con otras muchachas en sus narices.

—¿No es humillante para mí? No soy fea, no lo soy

más que las otras. ¡El miserable lo hace, pues, para burlarse de mí!... Anteayer fui a pasearme, llego a su casa y veo a Dunka, que estaba borracha. El lo estaba también. Yo le dije: "¡Infame, cobarde!" Me dio una paliza, una soberana paliza. Me dio puntapiés... Me arrancó los cabellos... Y menos mal si se contentara con esto... Pero me rompió todo el vestido..., las sayas..., el corpiño, un corpiño nuevito, que me costó cinco rublos. Me arrancó el pañuelo de la cabeza... ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mí?... Nunca me atreveré a volver a mi casa de esta manera —y Natacha sollozó con una voz angustiada y desgarradora.

Mugía el viento cada vez con más furor, y mis dientes volvían a castañetear. También ella temblaba de frío.

—¡Qué malos bichos son todos los hombres!... —dijo, allegándose lo bastante para que yo viera el brillo de sus ojos en la obscuridad—. Quisiera aplastarlos a todos, hacerlos trizas... Si uno de ustedes muriera a mis pies, le escupiría el rostro y no lo compadecería... Nos importunan de continuo con sus ruegos, mueven la cola como los perros, y si una mujer es tan tonta que se entregue, ¡ya está fresca! ¡En seguida la pisotean!... ¡Cuán canallas e infames son!

Sus injurias eran muy variadas, pero sus invectivas carecían de fuerza. No notaba en ellas ninguna malevolencia, ningún odio contra esos "infames", contra esos "hombres canallas". El tono tranquilo de su discurso no estaba de acuerdo con su contenido, y la voz era siempre desprovista de notas. Pero aquello me conmovía más que todos los verdaderos discursos, más que todos los libros pesimistas, así fuesen los más elocuentes y convincentes. Conmovíame más, porque la agonía de un moribundo produce siempre una impresión más natural y profunda que una descripción de la muerte, por muy exacta y artística que sea.

Experimentaba un malestar que quizás se debía más a la temperatura que a las palabras de mi compañera. Me puse a gemir y a castañetear los dientes.

Casi en el mismo instante, sentí dos manecitas heladas que se posaban sobre mí. Una me tocaba el cuello

y otra la cara... Pronto una voz dulce, afectuosa y llena de ansiedad, murmuraba esta pregunta junto a mi oído:

—¿Qué tienes?

Jurara que era la voz de otra persona, nunca la de aquella Natacha que un momento antes declaraba que los hombres son unos canallas y que deseaba su exterminio.

Me habló de prisa, precipitando las palabras:

—¿Qué te pasa?... ¿Tienes frío?... Estás helado. ¡Qué raro eres! Se queda sentado y se calla como un pajarito... ¿Por qué no decías que tenías frío? Ea, tiéndete en el suelo, y yo me tenderé también... ¡Eso es! Ahora, abrázame... ¡Más fuerte! Bueno. Ahora ya debes sentir más calor. Después nos pondremos espalda contra espalda. Así pasaremos la noche.

Calló un momento, y después continuó

—Dime lo que te ha ocurrido... ¿Te emborrachas, acaso? ¿Te han echado a la calle?... No temas: todo se arreglará.

Trataba de consolarme y de infundirme valor.

¡Maldito sea tres veces! ¿Pudiera imaginarse algo tan irónico?

¡Pensad que en aquel tiempo me ocupaba seriamente de los destinos de la humanidad! Soñaba revoluciones políticas, una reorganización de la máquina social; leía muchos autores, tan profundos, tan diabólicamente difíciles, que de fijo ni ellos mismos comprendían sus pensamientos.

En aquel tiempo trataba de prepararme a mí mismo para ser "una fuerza activa de la sociedad". Se me antojaba, a veces, que había realizado en parte la tarea; por lo menos, la idea que me formaba de mí mismo llegaba hasta el reconocimiento de mi derecho exclusivo a la existencia, a fuer de personaje indispensable a la humanidad, muy a propósito para representar un papel histórico.

Y he aquí que una prostituta me daba calor con su cuerpo; tenía que estar reconocido a una miserable criatura magullada, envilecida y menospreciada, a quien na-

die daba un sitio entre las gentes; y aquella mujer me había socorrido antes que pensara yo mismo en ayudarla, lo cual, por otra parte, no habría podido hacer yo aunque lo hubiera deseado. . .

Estaba pronto a creer que había estado soñando y que todo aquello era una pesadilla angustiada; pero, ¡ay!, no podía forjarme ilusiones, porque las frías gotas de lluvia caían sobre mí, mientras que, contra mi pecho, se apretaba apasionadamente una mujer, y sobre mi rostro sentía el suyo cálido y pequeño.

El viento rugía y gemía, la lluvia azotaba la barca, las ondas murmuraban, y los dos, estrechamente enlazados, temblábamos aún de frío. Aquello era una cosa cierta, y estoy seguro de que nadie tuvo un sueño tan penoso, tan angustiado como esta realidad.

Natacha me consolaba: me hablaba con voz dulce y cariñosa, como sólo las mujeres saben hablar, y sus palabras cándidas y tiernas encendieron en mí como una llama y algo se fundió en mi corazón.

Entonces cayeron de mis ojos lágrimas que extirparon de mí mucha amargura, muchas tristezas, muchas manchas y odios que se habían acumulado como abrojos hasta esa noche.

Natacha repetía sin cesar:

—¡Basta, basta! ¡Te lo suplico, alma mía, no llores más!. . . ¡Basta! Dios vendrá en tu socorro; hallarás colocación. . . , serás dichoso, serás. . .

Y me besaba muchas veces. . . , muchas veces. . . , sin detenerse, como enloquecida. . .

Eran los primeros besos de mujer que la vida me ofrecía, y eran los mejores y más puros, porque los que los siguieron me han costado muy caros y nada bueno me han traído.

—¡Ea! ¡Cesa de gemir! ¡Qué tonto! ¡Ya te hallaré algo mañana, si no sabes a dónde ir!

Oía como en sueños su cuchicheo suave y persuasivo.

Hasta la mañana permanecimos uno en brazos del otro.

Cuando llegó el día, salimos de debajo de la barca

y fuimos hasta la ciudad. Después nos despedimos como viejos amigos, y no nos hemos vuelto a encontrar, aun cuando durante seis meses, por lo menos, he buscado por todas partes, he revuelto todos los antros y tugurios para dar con aquella gentil y querida Natacha.

Si ha muerto ya, ¡qué dicha para ella! ¡Paz a su alma!

Y si vive aún, ojalá reine la serenidad en su corazón. Y que nunca se despierte en ella el sentimiento de su caída... porque sería un padecimiento más, inútil y superfluo en el mundo.

UNA... QUE FUE

“Era, hermano, una pequeña, una gentil muñequita...”

Cada vez que recuerdo estas palabras, veo reír en el pasado unos ojos medio cegados por la edad, con una expresión de amor, de compasión tranquila y sincera; oigo unas voces trémulas de viejos, afirmando las dos a un tiempo que “ella” era una “pequeña, una gentil muñequita”.

Ante este recuerdo mi alma se torna feliz y ligera; es uno de los más bellos y de los más consoladores que me quedan de los muchos años de peregrinaje por los tortuosos caminos de mi patria.

Venía de las estepas, por el otro lado del Don, dirigiéndome a Voronieje, cuando encontré a los dos viejos peregrinos. Eran matrimonio y podían contar muy bien entre los dos ciento cincuenta años. Caminaban tan lentamente, tan encorvados, arrastraban tan pesadamente sus pies y llevaban en sus vestidos y en su cara algo tan particular, que daban desde el primer momento la impresión de que venían de muy lejos.

—Venimos de Tobolsk, con la ayuda de Dios —me dijo el viejo, confirmando mis suposiciones.

Y la vieja me miraba con sus bellos ojos que alguna vez habrían sido azules. Sonrió en forma amistosa y añadió suspirando:

—Somos del pequeño pueblo de Lissaya, de la fábrica Nicolsk.

—Entonces, estarán ustedes cansados de su peregrinación.

—¿Cansados? No... Se camina muy dulcemente con la ayuda de Dios.

—¿Han hecho ustedes algún voto sagrado o es el celo religioso lo que les impulsa en sus últimos días?

—Hemos hecho un voto, hermano, una promesa a Dios en Kiev, de ir a Solovetzk.¹

—Sí —continuó el viejo—. Vamos a descansar un poco —agregó volviéndose hacia su compañera.

—Como quieras —asintió ella.

Y nos sentamos los tres a la sombra de un viejo sauce al borde del camino. Hacía calor. El cielo estaba despejado; el gran camino se perdía ante nosotros en la lejanía. En nuestro contorno, todo era triste y solitario. A los dos lados del camino se extendían los campos de centeno, inmóviles y secos.

—El centeno va mal —comentó el viejo, examinando algunas espigas que acababa de arrancar—. El sol lo agota.

Hablamos de agricultura y del problema de los labradores. El viejo escuchaba suspirando y lanzaba de rato en rato una palabra, ajena a la conversación.

—Este habría sido el mundo de nuestra pequeña si hubiese vivido —dijo la vieja de pronto, lanzando una mirada sobre los agotados campos de centeno—. ¡Aquí habría sabido ella enseñar!

—¡Sí, ella habría encontrado el medio de barrer los

¹Lugar de peregrinación muy frecuentado del departamento de Arkhángel.

obstáculos de estos labradores! —exclamó el viejo con un movimiento de cabeza.

Después los dos se callaron.

—¿De quién hablan ustedes? —pregunté.

El viejo rió bondadosamente:

—De una... que fue.

—Vivió en nuestra casa, en el pueblo, en nuestra casita... Era de noble cuna —añadió el viejo.

Entonces comenzaron a contar: primero, con lentitud; después más de prisa, mirándome obstinadamente y dejando caer sus frases por turno.

—Era una pequeña, una gentil muñequita.

—Había sido desterrada a nuestra comarca; las autoridades la habían traído... Quería el bien para todo el mundo..., para los pobres... Esto no está permitido... Y desterraron a la dulce muchacha.

—Cuando entró en nuestra casa, estaba enrojecida por el hielo y temblaba de frío.

—Era pequeña como una muñeca.

—La instalamos rápidamente ante la estufa.

—Y nuestra estufa es grande; da mucho calor.

—Después le dimos de comer.

—Ella se rió.

—Y sus pequeños ojos eran tan negros como los de un ratón.

—Después de descansar un poco comenzó a llorar. “Muchas gracias, buenas gentes”, dijo.

—Sin embargo, se puso en seguida a trabajar —exclamó el viejo, riendo muy fuerte.

—Hela ahí rodando como una pelota, poniendo todo en orden: “La cubeta para lavar —dijo— es preciso sacarla.” Y ella misma la arrastró al patio, con sus pequeños brazos. Y los cochinitos tuvieron que abandonar su estancia; los cogió por el hocico y los sacó afuera.

Los dos reían ruidosamente, y apenas podían seguir el relato.

—No había transcurrido una semana, cuando lo había puesto todo al revés.

—¡Lo que nos hizo sudar!

—Ella misma se reía, pataleando con sus pequeños pies.

—Hasta que de pronto se tornó sombría, y comenzó a tener miedo.

—Quería morirse a toda costa.

—Lloraba sin cesar, sin descanso. Nosotros, inquietos, le preguntábamos: “¿Qué tienes, pues; qué tienes?” No lo sabía... Finalmente, nosotros sollozamos también con ella, sin saber por qué... La acariciábamos, llorando los tres juntos.

—Era como nuestra propia hija... La queríamos tanto como a nuestros hijos —dijo el viejo.

—Vivíamos solos en nuestra casita. Teníamos un hijo soldado, y el otro trabajando en las minas de oro. —añadió la vieja.

—Tendría unos dieciocho años, lo más.

—Pero sólo representaba doce.

—Sin embargo, estaba robusta. Era pequeña, pero bien formada.

—Como nadie —replicó la vieja bondadosamente.

Después se callaron, abismados en sus recuerdos.

—¿Y qué sucedió, pues? —pregunté yo al cabo de un rato.

—¿Qué pasó? Nada, hermano —repuso el viejo con un suspiro—. Que ya no es nada... La fiebre se la llevó.

Dos lágrimas corrieron sobre sus mejillas arrugadas.

—Sí, hermano; murió. Habitó en nuestra casa dos años solamente... Todo el pueblo, mejor dicho, toda la comarca la conocía. Sabía leer y escribir y enseñaba a nuestras gentes. Iba también a las reuniones comunales, y hablaba. ¡Ah! ¡Cómo gritaba a veces!... Era una joven muy inteligente, y más que nada un espíritu de niño, un alma de ángel... Para todo tenía corazón, todo la conmovía. ¡Sabía de agricultura! ¡Sabía de todo! “¿Dónde has aprendido eso?”, le preguntábamos. “En los libros”, contestaba.

—Era pequeña, pequeña, y sin embargo era para nosotros el alma, la consejera. Cuidaba a los enfermos, noche y día, suministrándoles remedios y consolándolos.

Y he aquí que de pronto cayó enferma, perdió el conocimiento y comenzó a delirar. Y mientras fuimos a buscar al sacerdote murió. ¡La buena!... ¡La santa!

A estas palabras, la vieja volvió a llorar, y yo experimenté un extraño sentimiento de bienestar; como si hubiese llorado por mi.

—Todo el pueblo vino a nuestra casa... “¡Es imposible que haya muerto! —gritaban las gentes—. ¡Ah, la pobre!” ¡La querían todos tanto!...

—Era una niña tan dulce. La comarca entera siguió su féretro... Quince días después, nos decidimos a emprender esta peregrinación para rogar por “ella”. Los vecinos trataron también de convencernos. “¡Marchen —nos decían—; nada tienen que hacer, y esto se les tendrá en cuenta en el cielo!” Y nosotros emprendimos la marcha.

—¿Y han hecho ustedes todo el camino a pie?

—No, hermano. Somos muy viejos para eso... Cuando alguien nos lo ofrece, vamos en carreta, después a pie. ¡Ah, si tuviésemos las piernas de ella, ya sería otra cosa!

Y de nuevo comenzaron a hablar de la gentil muñequita que murió de fiebre.

Hacia lo menos dos horas que estábamos sentados conversando, cuando nos alcanzó una carreta. Respondió a nuestro saludo, nos miró un instante y gritó a los dos viejos:

—¡Monten los viejos, si quieren; los llevaré hasta el pueblo próximo!

Montaron en la carreta y desaparecieron tras una nube de polvo. Me levanté y los seguí lentamente. Mucho tiempo aún pensé en aquellos viejos que habían caminado miles de verstas para rogar por una joven que pasó al acaso por sus vidas, y había despertado en sus corazones el sentimiento del amor.

FLOR DE MISERIA

Una tarde, después de mucho trabajar, extenuado por el cansancio, me tendí en el suelo, en el ángulo de una casa de piedra.

En el interior de la casa, parecidos a las ratas en una cueva, hombres hambrientos y sucios se agitaban noche y día. Estaban cubiertos de harapos, y sus almas eran tan sucias como sus cuerpos.

El rumor sordo y monótono de su vida bullidora huía por las ventanas, semejante a la humareda de un incendio. Hundido en el sopor que me producía la fatiga, escuchaba apenas este murmullo melancólico.

...Muy cerca de mí, de un montón de toneles vacíos y cajones viejos, salió una voz dulce y delicada:

Duerme, duerme, niño bonito...
Duerme, duerme, cariñito...

Era la primera vez que oía en esta casa a una madre arrullando a un hijo con tal ternura. Me levanté calladamente y dirigí la mirada detrás de los toneles. Una mu-

chachita estaba sentada sobre una de las cajas... Inclínada, la rubia cabellera cedía a la brisa, mientras la canción meditabunda, proseguía:

*Duerme, duerme, niño bonito... ,
que ya viene mamá...
con una cosa buena para su nene...*

Tenía entre sus manecitas el mango de una cuchara de palo envuelta en un trapo, y la contemplaba con sus grandes pupilas. Sus ojos eran hermosos, claros, dulces y tristes, de una tristeza rara en los niños. Su expresión me hirió hasta tal punto que no reparé en la tosquedad de la cara y las manos.

Por encima de la niña, como nubes de hollín y de ceniza, pasaban gritos, injurias, lamentos, reír de borrachos... En torno suyo, sobre la tierra fangosa, todo estaba destrozado, mutilado, y los rayos del sol muriente teñían de rojo los restos de las cajas rotas y prestaba la lúgubre apariencia de las ruinas de un gran organismo deshecho por la mano de la pobreza.

Sin querer hice ruido, y la pequeña se fijó en mí. Su cuerpo sufrió un estremecimiento y sus ojos sospechosos se achicaron; luego se encogió como un ratoncillo ante el gato. Yo miré sonriendo su cara tímida, triste y sucia. Ella apretó los labios y sus finas cejas temblaron.

De pronto se levanta, sacude su traje desgarrado y descolorido, guarda la muñeca en el pecho y con voz clara me pregunta:

—¿Qué quieres?

Tendría once años y era débil y ruin. Me miraba con gran fijeza.

—Y bien —continuó, después de una pausa—, ¿qué miras?

—Nada... Diviértete... Ya me marchó.

Entonces dio un paso hacia mí, su cara se puso seria y su voz alta y nítida dijo con repugnancia:

—Ven conmigo... , siempre que me des quince copecas.

Al pronto no comprendí, pero llegué a estremecerme presintiendo algo horrible.

Se allegó un poco más, estrechóse contra mi cuerpo y, sin mirarme ya, agregó con monotonía:

—¡Vamos!... Hoy no tengo ganas de correr la calle buscando un hombre... Además, no puedo salir... El querido de mi madre me ha vendido la ropa... para comprar aguardiente... ¡Ven conmigo!

La rechacé con dulzura, sin hablar. Entonces me miró con un aire sospechoso, como si no comprendiera. Sus labios se movían convulsos. Por fin levantó la cabeza, y, mirando algo allá arriba con sus ojos claros y tristes, dijo en voz baja:

—Ya no me da miedo... Tú creerías que, como soy pequeña, gritaré... No temas... Al principio, sí, gritaba mucho... Pero ahora...

Y sin terminar, escupió con indiferencia.

Me alejé en seguida, llevando en el corazón un sentimiento inexplicable y la clara mirada de aquellos ojos infantiles que prometían, por quince copecas, tantos horrores.

EL HEROE

La vieja Iserguila dormitaba moviendo la cabeza.

En las lejanías de la estepa tenebrosa y oscura, aparecían, de vez en vez, llamas azules. Brillaban y se extinguían, como cerillas que alguien encendiera y apagara el viento. Eran extrañas, fantásticas llamas azules.

—¿Ves aquellas chispas? —inquirió Iserguila.

—¿Aquellas chispas azules que brillan en la estepa? —contesté, preguntando.

—Sí, las azules. Yo ya no las veo.

—¿De dónde vienen esas llamas? —pregunté a la anciana.

—Esas chispas provienen del corazón de un hombre. Hubo una vez un corazón que se inflamaba... De él surgieron esas chispas. Ya te contaré todo eso. Es un cuento viejo. De cuando los hombres eran más bellos y más fuertes. Los hombres hermosos escasean cada vez más. Ahora los hombres se acomodan más fácilmente a la existencia vulgar. Se quejan de todo y son incapaces de gestos y hechos heroicos.

Y, absorta en sus ensueños, mirando a la estepa, empezó a contar la historia del corazón inflamado.

Hela aquí:

—En los tiempos antiguos había un país, no sé dónde, rodeado de bosques impenetrables; se abría por uno solo de sus lados a una estepa cuyo verdor se perdía a lo lejos, a lo lejos, en el horizonte. . .

En aquel país vivía, en los tiempos más lejanos, un pueblo poderoso. Llenos de ardimiento y de vigor, aquellos hombres gustaban la alegría de vivir y nada ambicionaban.

Pero un día ocurrieron grandes desdichas. Del fondo de la estepa se lanzó sobre ellos una horda extranjera, que les lanzó a lo más profundo del bosque, allá donde las brumas estaban suspendidas por encima de los pantanos.

Los árboles se levantaban del suelo, tan cerca unos de otros, que sus ramas enmarañadas ocultaban la bóveda del cielo. Apenas si el sol las podía atravesar; y cuando sus rayos conseguían llegar hasta la superficie de las aguas cenagosas, tales miasmas se esparcían en el aire, que los pulmones más robustos padecían. Entonces, las mujeres y los niños rompían a gemir, y fúnebres pensamientos ensombrecían las frentes de los hombres.

Hubieran querido abandonar estos lugares malditos. Pero ¿qué hacer? ¿Volver atrás y caer en las manos crueles de los enemigos, o hundirse más profundamente aún en lo desconocido, en el corazón del bosque?

Ninguno tenía bastante ánimo para tomar una resolución, aunque todos eran fuertes como robles.

Silenciosos, rígidos como columnas de piedra, los árboles erguían sus troncos en la penumbra grisácea. Por la tarde, cuando llameaban las hogueras del campamento, sus brazos extendidos parecían querer enlazar a los hombres en un abrazo más estrecho todavía. Y cuando el viento sacudía sus cabelleras trémulas, la gran voz del bosque dejaba oír un sordo gemido, una melopea lúgubre y amenazadora, una especie de canto fúnebre para

los desgraciados que se habían refugiado a su amparo.

Continuaban meditando, mudos, respirando el aliento emponzoñado de las aguas; continuaban durmiendo cerca de las hogueras del campamento, a cuyos reflejos aparentaban danzar sombras silenciosas... Y, para todos, aquellas sombras que danzaban eran los malos espíritus del bosque y de los pantanos, que se burlaban de sus desventuras.

Nada aniquila tanto el cuerpo y el alma como el abatimiento. Así es como, poco a poco, aquellos hombres sentían debilitarse su fuerza y ensombrecerse su voluntad. La cobardía y la falta de ánimo se apoderaban de ellos y ataban sus manos, otro tiempo tan robustas. Ante el cadáver de aquellos a quienes cada día hacían perecer las exhalaciones de las ciénagas, las mujeres lanzaban lamentaciones y gritos de desesperación que, contenidos primero, subían ahora, desgarradores, hacia la bóveda sombría.

Y otras veces, llenos de una súbita rabia, pensaban en ir directamente contra el enemigo, con peligro de su libertad y de su vida, porque la esclavitud y la muerte eran preferibles a aquella tortura...

Entonces fue cuando, entre los hombres, se destacó Danko.

Tenía la belleza y el ardimiento de la adolescencia. Los hombres hermosos son siempre bravos. Dirigiéndose a sus compañeros, les dijo:

—Hermanos, el pensamiento no resuelve, por sí solo, todos los problemas. Necesita el concurso de la acción. Si hay una piedra en medio del camino, con pensar solamente en que es un obstáculo no ha de desaparecer. Es preciso la acción para que la piedra no obstruya el paso. ¿Por qué enervar nuestras fuerzas en pensamientos sombríos? ¡Levantaos! Atravesemos el bosque. Como todas las cosas de la tierra, es natural que el bosque tenga su fin. Vamos, hermanos, ¡en marcha!

Todas las miradas cayeron sobre el que hablaba así. En sus ojos brillaba tal resolución, tal convencimiento de la victoria, que, como un solo hombre, todos tendieron sus brazos hacia él y le aclamaron.

Se puso a la cabeza, y ellos siguieron a su guía, llenos de confianza. ¡Ah! El camino era áspero. Los árboles, los tallos, se entrelazaban como serpientes, formaban un muro casi impenetrable; cada día, una nueva víctima se hundía en las profundidades de la ciénaga. Cuanto más se avanzaba, más el bosque y el pantano multiplicaban sus asechanzas, más se agotaban las fuerzas también.

Empezaron a oírse las murmuraciones. Se dudó de Danko, se dijo que era joven e inexperto.

—Va sin rumbo... Nos extravía...

Pero sin perder su valor y seguro de vencer, Danko iba siempre adelante, a la cabeza de todos.

Un día la tempestad asaltó el bosque, haciendo oír su sorda y amenazadora voz. Lo envolvió una gran obscuridad, como si todas las noches que se han sucedido desde el nacimiento de la tierra hubieran acumulado en aquel lugar su horror angustioso y siniestro.

Bajo los árboles gigantesos caminaban los hombres minúsculos. Y los árboles robustos se cimbrecaban como rosales. Zigzagueaban los relámpagos, lanzando súbitamente, a través de la noche, sus zarpas de espectros, como para arrebatarse a los seres extraviados que huían, tan pronto deslumbrados por la luz como sumergidos en las tinieblas.

Extenuados, se detuvieron al fin, y rodearon a Danko. Empezaron a gritar:

—¡Nos ha engañado!... ¡Nos ha perdido!... ¡Muera!... ¡Muera!...

De pronto, la tempestad se calmó. Un último relámpago, como un presagio, pareció confirmar este juicio, y un estremecimiento de placer pasó sobre las cimas.

—¡Hombres débiles! —gritó Danko—. Vosotros me habéis elegido por guía. Conozco el fin, y voy directamente a él, menospreciando los obstáculos. Pero sin conservar el valor y la fuerza para sobreponeros a ellos, os dejáis abatir por la extensión del camino. Y es un rebaño de corderos lo que yo llevo detrás de mí.

Otra vez se levantaron gritos de muerte, y el bosque los acogió.

Danko miró a aquellos por quienes se había sacrificado, y vio que eran semejantes a bestias. Detrás de aquellos ojos fijos en él no había almas. Comprendió que ninguno le tendría misericordia y, ante esta ceguedad, estalló la indignación en su corazón. Luego le invadió una piedad inmensa, una angustia indecible, y le hizo pensar que, sin él, aquel pueblo amado caminaría hacia la muerte. Se apoderó de él un deseo todavía más ardiente de salvar a aquellos miserables. Este ardor iluminó su mirada. Pero, sin comprenderle y para oponerse a su cólera, apretaron más estrechamente el círculo.

Y la muchedumbre rugía sin cesar; los relámpagos desgarraban la noche y el bosque cantaba siempre su lúgubre canción.

Permaneció con la frente levantada; en sus ojos brillaba una llama a la que fluía todo su amor.

—¡Oh, sálvalos!... —se gritó con una voz que dominó el mugido de la tempestad.

Y entonces... Entonces, desgarrando su pecho, se sacó el corazón y, con las dos manos en alto, lo levantó por encima de su cabeza.

El corazón irradiaba como el sol.

El bosque quedó, de repente, en silencio, y ante la llamarada de amor, la obscuridad retrocedió, cediéndole el sitio. Sobre los mismos abrojos, a ras de las aguas estancadas, la irradiación se extendía...

El pueblo quedó petrificado por el espanto.

—¡Vamos! —gritó Danko, y se lanzó hacia adelante. Con paso firme, ocupando su puesto, elevado siempre, para mostrar el camino, el corazón deslumbrador.

Todos le siguieron. El bosque, sorprendido, sacudió su cabellera y nuevamente hizo oír su mugido... Pero los pasos de los hombres apagaron su voz. Porque ahora marchaban todos sin temor, encauzados por la estela del corazón llameante, dominados por una fuerza irresistible y mágica. Todavía caían víctimas innumerables, pero se dormían en la muerte sin una lágrima, sin un lamento.

Danko caminaba siempre delante de sus compañeros, sosteniendo su corazón aureolado de luz.

Y he aquí que, bruscamente, el bosque, vencido, se separó delante de ellos, dejándoles libre el paso, y cerrando después sin ruido su espeso muro. Con todo su pueblo, Danko se precipitó en la luz, en el sol, en el aire puro, perfumado con el aroma de las plantas.

La tempestad estaba ahora detrás de ellos. El sol extendía su divino resplandor sobre la estepa ondulosa, sembrada de flores... Miríadas de gotas de rocío brillaban entre la hierba.

Acababa la tarde. Los rayos del sol se ocultaban, coloreando de púrpura el torrente, cuyas espumas eran rojas como la sangre que brotaba del pecho de Danko.

Moribundo ya, lanzó una mirada postrera sobre la estepa inmensa en que su pueblo libre iba ahora a vivir, y el héroe cayó al suelo y expiró...

Los árboles en lontananza, admirados, dejaron oír un murmullo; se deslizó una brisa sobre el césped, salpicado de su sangre. Pero, alegres, ebrios de esperanza, los hombres no pensaban ya en él y no veían que el corazón ardiente llameaba siempre al lado del cadáver.

Uno de ellos lo percibió de pronto y, prudentemente, lo aplastó con el pie.

El corazón de Danko despidió aún algunos fulgores; luego se extinguió...

Y es de este corazón de donde provienen todavía las luces azules que, antes de la tempestad, brillan en la estepa como pequeñas lenguas de fuego.

Cuando la vieja hubo acabado su hermoso cuento, una calma espantosa se esparció por la estepa, como si quedara asombrada al saber la proeza del temerario Danko, que dejó arder su corazón por amor a los hombres y murió tan bellamente. Apoyada sobre su asiento, la vieja se estremecía de cuando en cuando. Yo la miraba absorto, pensando en el gran corazón flamígero de Danko y en la fantasía humana que creó leyendas tan

bellas y tan vigorosas. Pensaba también en los tiempos antiguos de los héroes y las hazañas, y, por contraste, se me representaba nuestra época triste, pobre en hombres fuertes y en grandes acontecimientos; rica en desconfianza fría, que de todo hace burla; tiempo miserable en que pululan los hombres raquíticos de corazón muerto antes de nacer...

Sopló el viento y levantó los harapos que flotaban sobre el pecho seco de la vieja Iserguila, que se había dormido profundamente.

Cubrí su viejo cuerpo y me tendí en el suelo junto a ella. La estepa estaba silenciosa y sombría. Lentas y tristes se arrastraban las nubes por el cielo... El mar murmuraba una queja sorda y plañidera. La vieja Iserguila dormía cada vez más profundamente...

Quizás dormía ya su último sueño.

¡COMPAÑERO!...

En aquella ciudad todo era extraño, raro e incomprensible. Un sinnúmero de iglesias levantaban al cielo sus cúpulas lucientes y policromas, pero las paredes y las chimeneas de las fábricas eran más altas que los campanarios, y los templos se hallaban envueltos por el tumulto de los edificios industriales perdiéndose entre los rectos muros de piedra, como flores fantásticas entre el polvo y la desolación de las ruinas.

Y cuando las campanas de las iglesias llamaban a la oración, sus broncíneas voces, arrastrándose sobre el hierro de los techos, se perdían apagadas en las calles estrechas, tortuosas y los angostos laberintos de las casas.

Los edificios eran inmensos y algunos, muy pocos, bonitos; las gentes, deformes y mezquinas. De la mañana a la noche, los hombres, como corrientes grises, oscuras y opacas, marchaban agitados por las calles angostas y sucias de la ciudad y con ávidas miradas buscaban unos el pan, otros las diversiones, otros finalmente, parados en las bocacalles, espiaban ansiosos y hostiles el es-

pectáculo de los débiles dobeğandose resignados a la voluntad de los fuertes.

Fuertes eran llamados los ricos. Todos creían que sólo el dinero podía dar poder y libertad al hombre. Todos deseaban el poder, porque todos sufrían la esclavitud; el lujo de los ricos hacía nacer la envidia y el odio de los pobres, ninguno conocía música más agradable que el tintineo del oro, y como consecuencia, cada uno era enemigo del otro y la crueldad a todos los dominaba.

Por encima de la ciudad resplandecía alguna vez el sol, pero la vida era siempre tétrica y los hombres semejantes a las sombras. De noche encendían muchas y alegres luces, pero entonces por las calles aparecían mujeres hambrientas vendiendo sus caricias; por todas partes penetraba en la nariz el agudo olor a los manjares y en cualquier sitio se veían brillar, silenciosos y ávidos, los tristes ojos de los hambrientos. Y por el espacio, lentamente, subía el lamento sofocado de una inmensa, de una tremenda infelicidad, a la que faltaban fuerzas para manifestarse en alta voz.

Todos vivían fatigados y agitados; todos se sentían culpables; muy pocos estaban seguros de tener razón, pero estos pocos, rudos como bestias, eran los más crueles, los más implacables. . .

Todos querían vivir y ninguno sabía cómo; nadie podía seguir libremente las propias aspiraciones, y a cada paso hacia el porvenir se veía obligado involuntariamente volverse hacia el presente, el cual con manos fuertes y pesadas como las de un ávido monstruo, detenía al hombre en su camino y le envolvía en sus lúbricos abrazos.

El hombre, angustiado y perplejo, se detenía extenuado ante aquella faz fea y monstruosa de la vida. Esta, con sus mil ojos tristes, le miraba en el corazón implorando alguna cosa y entonces se debilitaban en el alma del hombre las imágenes distintas del porvenir, y su lamento de impotencia se perdía en el coro discordante de los gemidos, de los gritos de todos los infelices, mártires de la vida.

Se notaba en todo momento el fastidio o la agitación o el miedo; y en torno a aquellas gentes, inmóvil, como una prisión, reflejando los vivos rayos del sol, estaba aquella ciudad melancólica y tenebrosa, aquellos grupos, regulares, desagradables, de piedras que rodeaban los templos.

La música de aquella vida no era más que un lamento de dolor, de odio y de cólera, un apagado susurro de animosidad encubierta, un grito seco, desgarrador de crueldad, un rechinamiento voluptuoso de violencia.

En medio del triste y vano afanarse entre dolores y desventuras, en la confusa convulsión de la avidez y de la necesidad insatisfechas, en el fango del bajo egoísmo, por los subterráneos de las casas, donde vivía aquella miseria que había creado la riqueza de la ciudad, giraban invisibles soñadores, solitarios llenos de fe en la humanidad, aislados de todos; inquietos predicadores de rebelión, chispas sediciosas del lejano fuego de la verdad.

Llevaban consigo a los subterráneos, secretamente, pequeñas semillas, fructíferas siempre, de una doctrina simple, bella y elevada, austeramente, con una brillante luz en los ojos, o dulcemente y con amor, sembrada aquella verdad evidente y deslumbradora en los oscuros pechos de los hombres esclavos, transformados, por la fuerza de los avaros y por la voluntad de los crueles, en instrumentos ciegos y taciturnos de lucro.

Y estos hombres oscuros y esclavos, desconfiados aún, prestaban oído a la música de las nuevas palabras, música agradable que su corazón invocaba confusamente hacía ya mucho tiempo. Levantaban poco a poco la cabeza, e iban rompiendo las cadenas de las hábiles mentiras con que les tenía oprimidos la violencia de los potentados.

A su vida, llena de animosidad callada y reprimida; a sus corazones, envenenados por innumerables ofensas; a su conciencia, a aquella existencia difícil y triste, llena

de amarguras, de humillaciones, de dolores, llegaba una palabra simple y serena: ¡Compañero!...

La palabra no era nueva para ellos; la habían oído y pronunciado alguna vez, pero hasta aquel momento había tenido un significado vacío, sin calor de humanidad, como todas las palabras conocidas que se pueden olvidar sin sentimiento.

Pero aquella palabra, clara y fuerte, tenía otro sonido, otra emoción, otra alma; se sentía en ella algo de rudo, de deslumbrador, de poliédrico, tal un brillante. La aceptaron y comenzaron a pronunciarla con cautela y meciéndola con dulzura en el corazón, acariciándola como una madre que arrulla y mece a su hijito en la cuna.

Cuando más profundamente penetraban en el alma serena de la palabra, tanto más serena, significativa y clara se les aparecía.

—¡Compañero! —decían.

Sentían que esta palabra había venido a unir a todo el mundo, para realzar a todos los hombres a la altura de la libertad, para ligarlos con nuevos vínculos: vínculos fuertes de estimación recíproca, de estimación y deseo por la libertad del hombre, por su redención.

Cuando esta palabra se grabó en el corazón de los esclavos, éstos empezaron a dejar de serlo, y un día anunciaron a la ciudad y a todas sus actividades otra gran palabra humana:

—¡No quiero!

Entonces la vida se detuvo, porque ellos, los esclavos, son la fuerza que le da movimiento. Se detuvo la corriente de agua, el fuego se apagó, la ciudad cayó en las tinieblas y los aparentemente fuertes se sintieron niños.

El miedo se apoderó del alma de los violentos y se vieron en la necesidad de cubrir su animosidad contra los rebeldes, inciertos y aterrorizados ante su fuerza, que despertaba.

El espectro horrible del hambre se levantó ante ellos, y sus hijos lloraron.

Las casas y los templos, rodeados por las tinieblas,

se confundieron en un caos de piedras y de hierro sin alma; un silencio siniestro llenó las calles; la vida se detuvo, porque la fuerza que la hacía desenvolverse se había conocido a sí misma; el hombre esclavo había encontrado la palabra adecuada, mágica, invencible para expresar su voluntad; se había libertado de la opresión y había reconocido su fuerza, fuerza de creador.

Los días eran días de angustia para los poderosos, para aquellos que se creían dueños de la vida. Cada noche valía por mil, tan espesas eran las tinieblas, tan mezquinamente brillaban las luces en la ciudad muerta. Esta ciudad, creada por los siglos, inmenso monstruo que bebía la sangre de los hombres, se presentó entonces ante ellos en su monstruosa nulidad como un mísero amasijo de piedras y de madera. Las ventanas de las casas, frías y tristes, permanecían cerradas, y por las calles caminaban atrevidamente los verdaderos dueños de la vida. También ellos tenían hambre, y más que los otros, pero estaban acostumbrados a ella; los sufrimientos del cuerpo no eran para ellos tan agudos como para los potentados ni apagaban el fuego de su alma. Ardía en ellos la conciencia de su propia fuerza y el presentimiento de la victoria brillaba en sus ojos.

Caminaban por las calles de la ciudad, de aquella prisión melancólica y angosta donde habían vivido despreciados, donde habían vivido ultrajados, y veían la inmensa importancia de su trabajo, lo cual les hacía concebir el sagrado derecho que tenían de ser dueños de la vida, de ser sus creadores. Entonces, con energía nueva, con refulgente claridad, se les presentó la palabra capaz de vivificar y unificar:

—¡Compañero!

Resonó entre las mentidas palabras del presente como un anuncio del porvenir, de una nueva vida abierta a todos igualmente.

—¿Cuándo? —se preguntaron, y comprendieron que esto dependía de su voluntad, porque ellos pueden aproximar la fecha de su libertad, como alejar su llegada.

La prostituta, hasta ayer bestia medio hambrienta, que esperaba con angustia en la obscura calleja la llegada de alguien que se le acercase y comprase sus forzosas caricias por unas cuantas monedas, también oyó aquella palabra, pero, sonriendo, turbada, no se decidía a repetirla. Un hombre de los que hasta entonces no se había encontrado jamás, se le acercó, le puso una mano sobre el hombro, y le dijo con tono fraternal:

—¡Compañera!

Y ella sonreía tímidamente para no prorrumpir en un llanto de alegría. Porque era la primera vez que su corazón ultrajado sentía el gozo de una caricia tierna y plena de emoción. En sus ojos, que ayer miraban el mundo descaradamente con la expresión estúpida de un animal hambriento, brillaron las lágrimas de una primera felicidad pura. Este gozo de la comunión de los abyectos con la gran familia de los trabajadores brillaba por doquiera en las calles de la ciudad, en tanto que, más fríos y más siniestros, lo observaban los turbidos ojos desde las casas cerradas.

El mendigo, al que por alejarlo se le lanzaba una mísera moneda, precio de la compasión de los hartos, oyó también esta palabra, y le pareció la primera limosna capaz de suscitar algo de gratitud en su pobre corazón, corroído por la miseria.

El cochero, joven ridículo, a quien los señores golpeaban en la espalda para que transmitiese el golpe al caballo extenuado, este hombre golpeado tantas veces sobre el empedrado, dijo también al transeúnte, abriendo los labios a una sonrisa franca:

—¿Adónde te llevo, compañero?...

Dijo, aunque con miedo, tiró de las bridas, pronto a escapar, y se puso a mirar al transeúnte, no sabiendo disimular en el rostro, ancho y rojo, la sonrisa jovial y alegre.

El transeúnte le miró con ojos benévolos y respondió, inclinando la cabeza:

—¡Gracias, compañero! Puedo ir a pie, no está lejos.

—¡Oh! ¡Madre Inmaculada!... —exclamó el coche-

ro, reanimado; giró sobre su asiento silbando alegremente y partió riente, satisfecho.

Los hombres caminaban en grupos por las aceras, y entre ellos, como una chispa, se inflamaba cada vez con más frecuencia la gran palabra destinada a unir el mundo:

—¡Compañero!...

Un polizone de espesos bigotes, pensativo, se acercó con aire de importancia a la multitud que en la esquina de una calle rodeaba a un viejo orador, y después de haber escuchado largo rato su discurso, dijo cohibido, lentamente:

—Están prohibidas las reuniones... Separaos..., señores...

Y después de un momento de silencio, miró al suelo y añadió en voz baja:

—¡Compañeros!...

En los rostros de aquellos que llevaban esta palabra en el corazón, que le habían dado carne y sangre y emoción, y su alto significado de llamada a la unión, brillaba el sentimiento de orgullo de los jóvenes creadores, y se observaba que la fuerza que ellos ponían en esta palabra no podía ser destruida jamás.

Ya se reunían contra ellos turbas grises y ciegas de hombres armados que formaban silenciosas filas regulares; la enemiga de los violentos se preparaba a rechazar las ondas de la justicia.

Y en las calles estrechas, angostas y tortuosas de la inmensa ciudad, entre los muros fríos y silenciosos, erigidos por la mano de creadores desconocidos, crecía cada vez más y se maduraba la gran fe de los hombres en la fraternidad de todos con todos:

—¡Compañeros!

Acá y allá se encendía un pequeño fuego llamado a ser una llama que abrasara la tierra con el vívido y férvido sentimiento de la fraternidad de todas las gentes

Abrasará toda la tierra y quemará y reducirá a cenizas el odio y la crueldad que nos deforman: abrasará todos los corazones y los fundirá en uno solo: el corazón

de los hombres justos y nobles en una familia indisoluble, libre y trabajadora.

En las calles de la ciudad muerta, creada por esclavos; en aquellas calles donde reinaba la crueldad, creció y se reforzó la fe en el hombre, en su victoria sobre sí mismo y sobre los males del mundo.

Y en el caos confuso de la vida agitada y privada de alegrías, como estrella luminosa, como faro del porvenir, brilló la palabra simple, sencilla, profunda, como el corazón:

—¡Compañero!...

CAIN Y ARTEMIO

Era Caín un judío tan sutil de ingenio como pobre de espíritu; pequeño de cuerpo y de rostro amarillento y seco. Largos, sucios y rojos mechones de pelo poblaban sus mejillas rodeándole la cara, quedando ésta como encuadrada en un marco de terciopelo viejo, coronado por la visera de una gorra sucia.

Debajo de esta visera brillaban unos ojillos grises ornados asimismo de pestañas rojas que parecían alfileres. Muy raramente aquellos ojos se detenían por algún tiempo en un mismo objeto; recorrían sin cesar con vivacidad de un lado a otro, sembrando por doquiera miradas tímidas, amables, obsequiosas.

No se podían ver aquellas miradas sin darse cuenta en seguida de que el sentimiento principal del hombre que así miraba era el miedo de todo y de todos, un miedo que de momento en momento podía transformarse en espanto. De aquí que todos aquellos que lo deseaban aumentasen con chanzas y embustes ese sentimiento tan vibrante en el judío y del cual participaban, al parecer, no tan sólo sus nervios, sino también los pliegues del traje de tela burda que revestía su cuerpo huesoso, desde los hombros a los pies, y que no cesaba de temblar.

El judío se llamaba Kalim Aarón Pourvitz, pero se le conocía por Caín. Era más sencillo que Kahim y más conocido de la gente, y además hay en este nombre algo de mortificante. Aunque no conviniese a aquella naturaleza débil y temerosa, parecía a todos que designaba rigurosamente el alma y el cuerpo del judío, y que al mismo tiempo era una injuria para él.

Vivía entre gentes maltratadas por la suerte y a las cuales agrada siempre ofender al prójimo, procurando hacerlo por ser éste su único medio de venganza...

Esto con Caín era fácil; cuando se le ponía en ridículo limitábase a sonreír con aire de culpable, y a veces hasta ayudaba a los otros a burlarse de él, como si quisiese pagar por adelantado a sus atormentadores el derecho de permanecer entre ellos.

Vivía de su comercio, naturalmente. Iba por las calles llevando un cajoncito colgado sobre el pecho, y pregonaba con voz débil y suave:

—¡Betún! ¡Cerillas! ¡Alfileres! ¡Agujas! ¡Mercería! ¡Artículos de todos géneros!

Otro rasgo aun característico: Sus orejas eran grandes y se movían constantemente como las de un caballo asustadizo.

Ejercía su profesión en el barrio en que se hallaban establecidos los miserables y el hampa de la ciudad.

Chikhan se componía de una calle estrecha, formada por altas casas viejas y salientes; se encontraban en ella refugios para la noche, tabernas, panaderías, tiendas de comestibles, de hierros viejos y de diversos utensilios; y su población la componían ladrones y descuidados, revendedores y mujeres de no muy honesto vivir.

No faltaba nunca sombra, gracias a la altura de las casas, ni tampoco faltaban el barro y los borrachos; en verano, un olor intenso de podredumbre y de aguardiente quemado reinaba sin cesar. El sol no llegaba sino por la mañana con mucha precaución y por poco tiempo, como si temiese que sus rayos se ensuciasen al contacto de aquel fango.

La calle, situada en la vertiente de una colina junto a un río, se hallaba siempre llena de trabajadores del

puerto, de marineros y de faquines. Iban allí para emborracharse y divertirse a su manera; y allí también, en los rincones propicios, los ladrones esperaban que su dicha fuese completa.

En las aceras de la calle las vendedoras colocaban los tiestos llenos de pastelitos de carne; junto a ellas se veían también los cajones de confituras y a los vendedores de hígado. La muchedumbre de trabajadores del puerto consumía con avidez aquellos comestibles calientes; los borrachos cantaban con voz salvaje y se injuriaban; los vendedores llamaban a gritos a los parroquianos, alabando sus mercancías; los carros rodaban con estrépito procurándose con dificultad un paso entre los grupos que se empujaban para comprar o vender, buscar trabajo o espiar una ocasión cualquiera.

Por aquella calle llena de suciedad, de ruido ensordecedor, discurrían niños de edades diversas, pero igualmente sucios, hambrientos y corrompidos. Corrían por allí de la mañana a la noche; su existencia dependía de la bondad de las vendedoras y de la habilidad de sus manos. Por la noche dormían en cualquier parte, al raso, al abrigo de los pórticos, debajo del cajón que servía de mostrador al pastelero, en el quicio de una ventana. Desde el alba aquellas víctimas descarnadas del raquitismo y de la escrófula, se hallaban en pie con objeto de recomenzar el robo, o de mendigar si los objetos robados no tenían fácil venta. ¿A quién pertenecían aquellos niños? A todos.

En Chikhan vivía, pues, Caín, pasando un día y otro voccando sus mercancías, que vendía a las mujeres. Algunas veces le pedían éstas veinte copecas prestadas por pocas horas, con la obligación de pagarle veintidós, lo cual hacían puntualmente. En general, Caín realizaba muchos negocios en la calle: a los obreros que sentían la necesidad de un momento de amor, les compraba las camisas, las gorras, las botas y los acordeones; a las mujeres, las faldas y sus pobres adornos, y todo esto lo cambiaba luego o lo revendía con un beneficio de diez copecas. Siguiendo sin cesar siendo el blanco de las burlas acompañadas de golpes; y no faltaban ocasio-

nes en que lo desvalijaban. Jamás se quejaba, contentándose con sonreír dulcemente.

A veces, en alguno de los rincones sombríos de Chikhan, varios muchachos, a los que el hambre o la borrachera hubieran impulsado hasta el asesinato, se lanzaban sobre el judío, al que los puñetazos o quizás el espanto hacían rodar por el suelo; y allí permanecía, temblando, a los pies de sus agresores, palpándose convulsivamente los bolsillos y diciendo:

—Señores, mis buenos señores, no toméis todas mis copecas. . . ¿Cómo podré continuar mi comercio? —E innumerables sonrisas daban a su demacrado rostro el aspecto de una perenne mueca.

—Vamos, cesa de chillar; danos solamente treinta copecas.

Aquellos buenos señores comprendían muy bien que no se debe arrancar por completo la ubre de la vaca que aún puede dar leche.

Caín se levantaba y se iba con ellos por la misma calle, bromeando y sonriendo; los muchachos condescendían también en darle conversación y en burlarse de él, y esto ocurría del modo más sencillo y franco del mundo. Después de un episodio de este género, Caín parecía aún más delgado y esto era todo.

Al parecer no vivía en buena armonía con el Consistorio israelita. Muy de tarde en tarde se le veía acompañado de un correligionario, y se notaba siempre que éste trataba a Caín con desprecio y altivez. Hasta circuló el rumor en Chikhan de que sobre Caín pesaba el *Kherem*¹ y hubo un tiempo en que las vendedoras le llamaron "el maldito".

No era esto muy probable, aunque Caín manifestara signos indudables de herejía: no observaba el sábado y comía carne sin sangrar. Se le importunaba con preguntas, se insistía, se le ordenaba que explicase cómo se atrevía a comer cosas prohibidas por su religión. El se

¹Excomunion.

hacia el ignorante, sonreía y salía del compromiso con una broma o escapaba sin hablar una palabra sobre las creencias y costumbres de los judíos.

Hasta los desgraciados chiquillos de la calle le perseguían arrojando sobre él o sobre su mercancía puñados de barro, mondaduras de frutas y otras porquerías. El pobre Caín se esforzaba para contenerles con palabras halagüeñas; pero, la mayoría de las veces se perdía pronto entre la multitud, donde no le seguían por temor de ser empujados y pisoteados.

Así era como vivía Caín, conocido de todos y de todos despreciado; vendía, temblaba de miedo y sonreía. He aquí cómo una vez le sonrió la fortuna.

Cada rincón del Universo tiene un déspota. En Chikhan este papel lo desempeñaba el guapo Artemio, un mozo colosal, con el rostro de un óvalo perfecto, bajo un bosque de cabellos negros rizados. Aquellos cabellos flexibles caían en bucles caprichosos sobre su frente, llegando hasta tocar las pobladas cejas de terciopelo y los inmensos ojos pardos, rasgados y siempre velados por una especie de niebla húmeda. Tenía la nariz recta, de una corrección antigua; los labios, rojos y frescos, cubiertos por un gran bigote negro; todo su rostro era de una regularidad maravillosa y de una belleza sencilla, y sus ojos, como brumosos, se adaptaban a él perfectamente completando y explicando, por decirlo así, su belleza. Con su pecho ancho, su alta estatura bien proporcionada, su sonrisa perpetua, llena de una despreocupación dichosa, era el espanto de los hombres y la alegría de las mujeres de Chikhan. La mayor parte del día la pasaba acostado en cualquier parte siempre que hubiera mucho sol, y allí, remiso y perezoso, absorbía el aire libre y la luz a pequeñas aspiraciones que elevaban su pecho poderoso de una manera regular y fuerte.

Tenía veinticinco años. Tres años antes había llegado a la ciudad en compañía de unos faquines procedentes de Promsino; cesado el trabajo, se quedó en la ciudad pensando que era muy cómodo vivir sin trabajar, gracias

us puños y belleza. Desde entonces, de aldeano y fa-
quín que era, se convirtió en favorito de las vendedoras
de pasteles, de las tenderas y de otras vecinas de Chikhan.

Este género de ocupación le procuraba comida,
guardiente y tabaco en abundancia; nada hubiera sa-
dido que desear, y así iba transcurriendo su vida.

Por-él, las muchachas se injuriaban y se pegaban, se
ensuraba a muchas mujeres casadas delante de sus pro-
pios maridos, que por esta causa las golpeaban sin pie-
dad. Artemio permanecía indiferente ante todo esto; se
alentaba al sol, estirado como un gato, esperando que
naciese en él uno de los pocos deseos que le eran ac-
cesibles.

Generalmente, se acostaba en la colina contra la
cual se apoyaba Chikhan. Desde allí contemplaba el río;
después, más allá, los campos que se extendían hasta
el horizonte; aquí y allá manchas grises se dibujaban so-
bre el tapiz verde y uniforme; eran las aldeas. Allá abajo,
entre la verdura, estaba siempre claro y tranquilo. Vol-
viendo la cabeza hacia la izquierda, veía de un extremo
a otro la calle llena de vida y animación; y al exami-
nar detenidamente aquella masa animada y sombría, po-
día distinguir las siluetas de las personas conocidas, oyen-
do el alarido hambriento de la muchedumbre. A su al-
rededor crecían en la colina altas y tupidas hierbas; ár-
boles medio muertos de consunción se levantaban al la-
do de matorrales casi desarraigados; allí era donde los
burgueses del arroyo dormían sus borracheras y jugaban
a las cartas, remendaban sus trapillos, o descansaban del
trabajo y de los peligros.

Artemio no gozaba de buena reputación entre ellos.
Seguro de su fuerza invencible, los trataba a veces con
insolencia; y, además, ganaba el pan con demasiada fa-
cilidad. Todo esto producía la envidia; también, sólo
muy raras veces repartía su botín con los otros. En gene-
ral, los sentimientos de compañerismo estaban poco de-
sarrollados en él, ni tampoco parecía ser de su agrado la
sociedad de las gentes. Si se acercaban a él y le habla-
ban, contestaba con placer, pero nunca era el primero
en entablar conversación; si se le pedía dinero para be-

ber, lo daba sin que jamás hubiese tenido la intención de obsequiar a sus amistades. Y entre éstas era la costumbre de gastarse la copeca que tuviesen en compañía.

Allí, entre los matorrales, aparecían los mensajeros de amor enviados a Artemio, que a veces eran muchachuelas desastradas y sucias de la calle, o pilletes igualmente repugnantes. Eran chiquillos de siete a ocho y rara vez de diez años; pero de todos modos se hallaban penetrados de la profunda importancia de la misión que se les confiaba; hablaban en voz baja y sus feas caras tomaban un aire de misterio...

—Tío Artemio, la tía María me ha encargado que te dijera que su marido está fuera y que es preciso que alquiles una barquita para ir con ella al campo... hoy...

—¡Ah! —decía Artemio con voz perezosa, y sus hermosos ojos velados brillaban.

—Es preciso.

—Iré... Oye, ¿cómo es esa tía María?

—Es una vendedora —contestaba el mensajero con tono de reproche.

—Una vendedora... ¡Ah, sí!, aquella que tiene la tienda al lado de la ferretería.

—No, hombre, no; al lado de la ferretería vive Ana Nicolaievna.

—Sí, sí, ya lo sé, hermanito... Lo digo por decirlo. Hablo en broma, como si la hubiese olvidado... Conozco perfectamente a esa María.

Pero el mensajero no está del todo convencido, y quiere ejecutar concienzudamente su mandato y explica con insistencia a Artemio:

—María es la rubia bajita que vive al lado del pescadero.

—Sí, sí, aquella que vive al lado del pescadero. Qué tonto eres... ¿Te figuras que la podía confundir? Está bien, ve corriendo a decir a María que voy en seguida.

Entonces el mensajero toma un aire más persuasivo y dice:

—Tío Artemio, dame una copeca.

—¿Una copeca? ¿Y si no la tengo? —dice Artemio, metiendo al mismo tiempo las manos en los bolsillos

del pantalón, del que siempre saca alguna moneda.

Con una risotada alegre, el mensajero se va corriendo a comunicar a la enamorada que la comisión está cumplida y a recibir también la recompensa. El muchachuelo conoce el valor del dinero y tiene necesidad de él, no tan sólo para matar el hambre, sino porque fuma cigarrillos, bebe aguardiente y tiene también sus asuntillos amorosos.

El día que sigue a una escena de esta índole, se encuentra a Artemio menos que de costumbre accesible a las impresiones de la vida; en cambio parece aumentar en belleza, esa rara belleza de animal poderoso pero pacífico.

Así se deslizaba aquella existencia satisfecha, casi inconsciente, tranquila a pesar del gran número de envidiosos, de celosas y de celosos que tenía, pero tranquila sobre todo porque estaba defendida por el terrible puño de Artemio.

Sin embargo, algo significativo y sombrío se condensaba a veces en los ojos pardos del gallardo muchacho; sus cejas de terciopelo se fruncían con dureza y una arruga profunda cortaba su morena frente. Levantábase, abandonaba su madriguera, y cuando más se aproximaba a Chikhan y más se acercaba al tumulto, más se oscurecían sus ojos y se dilataban sus narices.

Llevaba la chaqueta de paño burdo sobre el hombro izquierdo, y el derecho, abrigado solamente con la camisa, dejaba adivinar la fuerza del brazo. No gustándole las botas, va calzado siempre con alpargatas; las tiras de tela blanca entrecruzadas que le sirven de medias señalan en relieve los músculos de sus piernas. Su andar es lento y majestuoso.

En el barrio se conocen sus hábitos, y por su aspecto se adivina lo que se puede esperar de él. Un murmullo precursor se deja oír:

—Artemio viene.

Todo el mundo se apresura a dejarle paso libre; se apartan los cajones de mercancías, los hornillos y los tiestos llenos de comida caliente, se le dirigen sonrisas, se le saluda... y todos le temen. Y él anda entre esas

muestras de admiración por su persona y de temor por su fuerza, pensativo y silencioso, aumentando su arrogancia salvaje, persuadido de su valor.

Tropiezan sus pies con un cajón lleno de tripas, de hígados y asaduras y todo rueda por el suelo fangoso. El vendedor, desesperado, lanza una bocanada de injurias.

—¿Y por qué lo has puesto a mi paso? —pregunta Artemio tranquilamente; pero el tono de su voz es de mal augurio.

—¿Es éste acaso tu camino, buey? —grita el vendedor.

—¿Y si yo quiero pasar por aquí?

Y al decir esto brilla una siniestra mirada en los ojos de Artemio. El vendedor lo advierte y murmura:

—¡La calle es pues estrecha para ti!

Artemio se aleja lentamente. Su víctima entra en la taberna y pide agua hirviendo, lava sus mercancías, y cinco minutos después grita con todas sus fuerzas:

—¡Hígado! ¡Asadura! ¡Corazón! Marinero, ven a estrenarme. Te daré cinco copecas de lengua. Tía, cómprame hígado. ¿Quién quiere corazón caliente? ¡Hígado! ¡Asadura!

El rumor sordo de las voces sube y baja con el olor penetrante cargado de podredumbre y de aguardiente, de sudor, de pescado, de brea y de cebolla.

Las gentes invaden el arroyo, impiden la circulación de los carruajes y gritan, venden, compran, rien. Por encima de ellos se ve un trozo azul de cielo, que empañan el polvo y el humo que ascienden por el aire de aquella calle en la que las mismas sombras de las casas parecen húmedas e impregnadas completamente de barro.

—¡Mercería! ¡Hilo! ¡Alfileres! —vocea Caín, que va detrás de Artemio.

—Peras confitadas, compradlas y comedlas —grita otra vendedora.

—¡Cebollas, cebollas verdes! —dice otra.

—¡Kvass! ¡Kvass! —vocifera un viejecito de cara roja, sentado a la sombra de su puesto.

Un hombre, conocido en la calle con el extraño apodo del *Novio Andrajoso*, está a punto de vender a un

trabajador del puerto una camisa sucia pero sólida que acaba de quitarse, y le dice con tono convencido:

—Butor, ¿dónde encontrarás una prenda de gala como ésta por veinte copecas? Con ella se puede ir a pedir la mano de una rica comerciante. Una millonaria... ¡qué diablo!

De repente, sobre el rumor general se oye la nota clara de una voz infantil que resuena:

—Por el amor de Dios, una copeca a un niño abandonado... que no tiene padre ni madre...

El nombre de Dios resuena de una manera extraña en los oídos de aquellas gentes.

—¡Artemio! Ven aquí —exclama con voz afable la hábil mujer del soldado Daria Gromova, que vende pasteles de carne—. ¿Dónde te habías metido? ¿Por qué nos olvidas?

—¿Has hecho buenos negocios? —pregunta tranquilamente Artemio, y con un ligero puntapié vuelca la mercancía. Los pasteles amarillos y resbaladizos ruedan sobre las piedras dejando desprender un vaho caliente, y Daria, dispuesta a reñir, grita con furor:

—¡Imprudente! ¡Asesino! ¡Pillo! ¿Cómo te puede sostener la tierra? ¡Camello de Astracán!

La gente ríe a su alrededor, porque nadie ignora que Artemio será perdonado por aquella furia.

De este modo prosigue su camino, empujando a todo el mundo, derribando a las personas y pasando sobre ellas. Y delante de él, rápido resuena el murmullo de advertencia:

—¡Artemio viene!

En estas dos palabras, aun aquel que las oye por primera vez, adivina una amenaza, y cede el paso a Artemio mirando con temor y curiosidad la poderosa estatura del buen mozo.

Artemio encuentra a un granujilla conocido suyo. Se saludan y estrecha la mano de su amigo de tal modo, que el otro grita de dolor y le injuria. Entonces Artemio le da un manotón en el hombro o inventa la manera de hacerle daño, y silencioso y tranquilo mira al hombre que atormenta, que gimiendo y gritando dice:

—Déjame, verdugo... Maldito.

Pero el verdugo es tan inexorable como un juez.

Cáin caía con frecuencia entre las rudas manos de Artemio, que jugaba con él como un chiquillo travieso con un escarabajo.

Esta conducta particular e incomprensible del atleta se la denominaba en Chikhan "cosas de Artemio", y le creaban sinnúmero de enemigos; los que a pesar de sus esfuerzos no podían luchar contra el vigor milagroso del atleta.

En cierta ocasión siete mozos robustos se reunieron y, armados de valor, decidieron dar a Artemio una lección que lo calmase. Dos de entre ellos pagaron cara esta experiencia, los otros no resultaron muy perjudicados.

Otra vez los tenderos y burlados maridos contrataron a un carnicero de la ciudad, célebre por su vigor y que en más de una ocasión había salido vencedor en la lucha con los héroes del circo. El carnicero se encargó, mediante una gruesa recompensa, de darle una paliza a Artemio hasta dejarlo medio muerto. Le presentaron a Artemio, y éste, que no rehusaba nunca reñir "por gusto", rompió el brazo al carnicero por debajo de la clavícula, y de un puñetazo en mitad del pecho lo derribó al suelo sin conocimiento. Estos hechos, que elevaron aún más el prestigio que Artemio debía a sus fuerzas, aumentaron como es lógico el número de sus enemigos.

Artemio continuaba con "sus cosas" lo mismo que antes, atacando a todo y a todos los que se cruzaban a su paso. ¿Qué sentimientos quería expresar con esto? ¿Acaso el hombre del campo y del bosque, arrancado de su ambiente, se vengaba así de la ciudad y de sus maneras de vivir? Quizás comprendía él confusamente que aquella ciudad le era nociva, que le había inoculado su veneno en el alma y en el cuerpo; tenía esa idea y luchaba a su modo contra la fuerza fatal que le esclavizaba. Sus "cosas" terminaban a veces en la prevención, donde los agentes de policía lo trataban mejor que a los demás habitantes de Chikhan; les sorprendía su fuerza fabulosa y les divertía, no ignoraban que no era un la-

drón, de esto era incapaz por su falta de inteligencia. Frecuentemente, luego de sus "cosas" se escondía en cualquier chamizo donde alguna de sus enamoradas se encargaba de su sostén.

Después de estos hechos se hacía sombrío y caprichoso; en sus ojos se condensaba algo salvaje y la inmovilidad de su fisonomía le daba semejanza a un idiota. Entonces una tendera cualquiera, llena de aceite, una robusta mujer de la edad celebrada por Balzac, lo cuidaba con aires de dueña de aquella bestia feroz, pero no sin que se trasluciese un sentimiento de espanto.

—¿Quieres que pidamos dos vasos de cerveza, Artemio? ¿O prefieres licor? ¿No tienes ganas de comer nada? Parece que estás hoy acobardado.

—Déjame en paz —decía sordamente Artemio, y cesaba la comadre durante algunos minutos de rondar alrededor de él, hasta que luego le presentaba alguna bebida porque sabía que en ayunas el buen mozo era avaro de caricias.

Y he aquí que al destino, a menudo muy irónico, le plugo que este hombre y Caín se encontrasen.

Así es como sucedió.

Una vez, después de una de sus "cosas" y una cena abundante, Artemio y su compañera regresaban con paso inseguro a casa de esta última, que se hallaba en una callejuela estrecha y desierta de un barrio de la ciudad. Pero allí lo esperaban varios hombres emboscados. Al llegar se lanzaron sobre él y lo derribaron. Debilitado por el vino, se defendía mal, y aprovechando la ocasión, durante casi una hora, sus enemigos se vengaron de los innumerables ultrajes que de él habían recibido.

La compañera de Artemio había huido; la noche era oscura; la plaza estaba desierta. Los agresores tuvieron todo el tiempo necesario para arreglar sus cuentas con Artemio y lo realizaron sin ahorrar sus fuerzas. Cuando se hallaron fatigados y se detuvieron, dos cuerpos inmóviles yacían en el suelo: uno era el de Artemio, el otro el de un hombre a quien llamaban *Pico Rojo*.

Después de haberse preguntado lo que había que hacer con aquellos cuerpos, decidieron ocultar el de Artemio debajo de una barcaza que había varada, y el de *Pico Rojo*, que gemía, decidieron llevárselo con ellos.

Mientras arrastraban a Artemio por la arena, el dolor lo hizo volver en sí, pero comprendiendo que lo que más le convenía era hacerse el muerto, contuvo un grito que estaba a punto de escapársele. Lo empujaban, lo llenaban de improperios, y todos se vanagloriaban de los golpes que habían dado al atleta. Artemio oía a Michka Vavilov contar a sus camaradas que se había esforzado en darle patadas en el omóplato izquierdo a fin de aplastarle el corazón. Y Sukhopluiev pretendía haberle golpeado en el vientre fuertemente, porque cuando se le estropea los intestinos a un hombre ya no le aprovechan los alimentos y pierde la fuerza, cualquiera sea la cantidad que tome. Lomakin declaró también que él había saltado dos veces sobre el vientre de Artemio. No hubo uno siquiera que no se distinguiese de un modo brillante y que no se vanagloriase; éste fue el tema de la conversación hasta que llegaron a la barcaza y colocaron el cuerpo de Artemio. Ninguno de esos discursos escapó a éste y oyó a sus agresores convenir al marcharse que ya no volvería a levantarse.

Permaneció solo, en la obscuridad, sobre un montón de escombros que las olas del río habían arrojado en las crecidas. Era una noche fresca de mayo, y aquella frescura permitía a Artemio volver en sí de tiempo en tiempo. Pero cuando trató de arrastrarse hacia el río, cayó de nuevo desfallecido, dominado por un terrible dolor que le penetraba todo el cuerpo. Volvió en sí por el agudo sufrimiento y devorado por una sed atroz. El río parecía burlarse de su impotencia murmurando allí junto a él. Pasó la noche entera en esta situación, sin atreverse a gemir ni a hacer un movimiento.

Como una vez más recobrase el conocimiento, notó que algo bueno había ocurrido y le había consolado. Con mucha dificultad pudo abrir un ojo, y con grandes fatigas mover los labios hinchados y destrozados.

Debía de amanecer, porque a través de las rendijas

de la barcaza los rayos del sol se deslizaban y formaban como una niebla alrededor suyo. Como pudo se llevó una mano a la cara y advirtió que la tenía cubierta de paños mojados. Tenía también paños sobre el pecho y sobre el vientre. Estaba completamente desnudo y el frío aliviaba sus sufrimientos.

—De beber... —dijo, adivinando en forma vaga que alguien se hallaba a su lado.

Una mano temblorosa le puso en la boca el gollete de una botella. La botella bailaba entre las manos del que la sostenía y chocaba contra los dientes de Artemio.

Después de haber bebido, deseó saber quién era el que estaba allí; pero no pudo volver la cabeza.

Entonces con voz ronca, empezó a decir balbuceando:

—Aguardiente... quisiera tomar una copa... y darme una fricción... Quizás podría levantarme en seguida...

—¿Levantaros? No podéis levantaros. Tenéis el cuerpo amoratado e hinchado como un ahogado. En cuanto al aguardiente es posible... hay aguardiente... tengo una botella entera.

Hablaban suavemente, tímidamente y muy de prisa. Artemio conocía aquella voz, pero no podía reconocer a quién pertenecía.

—Dame... —dijo.

Y de nuevo alguien, que al parecer trataba de escapar a sus miradas, le tendió una botella de aguardiente. Artemio, tragando con esfuerzo el contenido, miraba de reojo el fondo negro y húmedo de la barcaza, cubierto todo de setas.

Cuando hubo bebido más de la cuarta parte de la botella, suspiró profundamente, aliviado, y con voz débil dijo:

—Lo mismo que si me hubiesen arrancado... Pero esperad... volveré... volveré... Y entonces cuidadito.

No obtuvo contestación, pero oyó un ligero ruido como si alguien se hubiese apartado de él, y luego quedó todo en silencio; las olas únicamente se oían; en las

lejanías cantaban la *Dubinuchka*,¹ lanzaban *ufs*, como si arrastrasen algo pesado. Después el silbido penetrante de un barco de vapor se dejó oír rasgando el aire; algunos minutos más tarde la sirena comenzó a mugir tristemente, como si el barco hubiese abandonado para siempre la tierra.

Artemio esperó largo tiempo una contestación a sus palabras; pero todo continuaba silencioso en la barcaza y sintió una gran piedad por sí mismo. La conciencia precisa de su impotencia casi infantil lo dominaba y al mismo tiempo lo ofendía. El, tan fuerte, tan arrogante, verse así estropeado, desfigurado... Con sus débiles manos empezó a palpar las hinchazones y los rasguños que tenía sobre el pecho y sobre el rostro, y en seguida, lleno de dolor, comenzó a blasfemar y llorar. Sollozaba, juraba con desesperación y se apretaba ligeramente las pupilas para hacer salir las lágrimas que llenaban sus ojos; por fin brotaron gruesas y abrasadoras, y corrieron a lo largo de sus mejillas, y notó que gracias a las lágrimas, se confortaba su espíritu.

—Está bien..., esperad... —murmuraba en medio de sus gemidos.

Después oyó cerca de sí sollozos y murmullos ahogados, como si hubiesen querido acompañarle en sus penas.

—¿Qué es eso? —preguntó con voz amenazadora, aunque sintiendo miedo sin saber por qué.

No tuvo contestación su pregunta.

Y Artemio, reuniendo todas sus fuerzas, se volvió de un lado, lanzó un gemido de dolor salvaje, se incorporó apoyándose en el codo, y vio un cuerpo pequeño acurrucado en uno de los rincones de la barcaza.

Un hombre ocultaba su cabeza entre las rodillas que apretaba con sus largas manos descarnadas; aquel cuerpo se estremecía entero. Le pareció a Artemio que se trataba de un jovencito.

—Ven aquí —dijo.

¹Canción muy popular en el Volga.

Pero el otro no le obedeció y continuó temblando como si fuese presa de la fiebre.

Los ojos de Artemio se obscurecieron de dolor y de espanto al reconocer aquella criatura, y comenzó a gritar:

—Ven.

Pero en contestación salieron de los labios del infeliz palabras temblorosas y precipitadas:

—¿Qué daño os he hecho? ¿Por qué gritáis contra mí? ¿No os he lavado y dado de beber aguardiente? ¿No he llorado cuando habéis llorado y no os he compadecido cuando habéis gemido? ¡Oh! ¡Dios y Señor mío! El mismo bien que haga me trae sufrimientos. ¿Qué mal he causado a vuestra alma o a vuestro cuerpo? ¿Qué daño puedo yo ocasionaros, pobre de mí?

Luego de haber interrumpido su discurso con varios sollozos calló; estaba sentado en el suelo, apoyó la cabeza en sus manos y empezó a balancearse de derecha a izquierda.

—Caín, ¿eres tú, pues?

—Sí, ¿y qué?, soy yo.

—¿Eres tú? Vamos. Pero en fin, ¿estás ahí? Ven aquí... Vamos... Ven.

Artemio estaba desconcertado por la sorpresa y sentía al mismo tiempo que brotaba en él algo como la alegría. Se echó a reír cuando vio que el judío se aproximaba tímidamente a cuatro patas, mientras que sus ojillos se movían rápidamente en el ridículo rostro que Artemio conocía desde largo tiempo..

—Ven sin temor. Te doy mi palabra de que no te tocaré.

Creyó necesario dar al judío la seguridad de sus buenas intenciones.

Caín se arrastró hasta él, se detuvo y se puso a contemplarle con una sonrisa temerosa y suplicante, como si esperase ver rodando por el suelo su cuerpo débil y medroso.

—¡Vamos!... ¡Eres tú, pues! ¡Y tú has hecho todo eso! ¿Quién te ha enviado... Anita? — interrogó Artemio, cuya lengua se movía a duras penas.

—He venido sin que nadie me enviase.

—¿Por tu gusto? ¡Mientes!

—No miento, no miento —dijo vivamente Caín—.

He venido solo, y os ruego que me creáis. Os contaré cómo ha sido. Oíd. En la “Gabrilovka” supe lo que había pasado... Estaba bebiendo té y oí que decían: “Han pegado a Artemio esta noche y le han dejado por muerto”. No lo quise creer, vamos. No es a vos a quien se puede hacer semejante cosa. Me reí. “¡Oh, —pensé—, qué estúpidos son! Ese hombre es como Sansón, ¿y quién de vosotros puede vencerle?” Pero seguían viniendo otros y decían: “Tiene su merecido, tiene para rato”; hablaban de vos con maldiciones y reían... Todos estaban contentos... y tuve que creerlo. Supe que estabais aquí. Otros vinieron antes y volvieron asegurando que estabais muerto. Vine y al veros sentí compasión, creí que debía salvaros... y así lo he hecho... y gracias a eso habéis comenzado a revivir... Ahora soy dichoso, muy dichoso, no lo creeréis... Os diré por qué estoy contento y lo que pienso... Os diré la verdad... ¿No os enfadaréis conmigo?

—No, mira el signo de la cruz. ¡Que me mate un rayo! —juró con energía el buen mozo vencido.

Caín se aproximó más y bajó aún la voz:

—Ya sabéis la horrible vida que llevo. ¿Lo sabéis, verdad? ¿No he soportado, perdonádmelo, muchos golpes de vos? ¿No os habéis burlado del sucio judío? ¿Y qué? Es verdad. Vos me perdonaréis si os digo la verdad, lo habéis jurado. No os enfadéis. Digo solamente que vos, como todos los demás, habéis perseguido al judío. ¿Y por qué? ¿Acaso el judío no es hijo de vuestro Dios?

Caín se cansaba, lanzando pregunta tras pregunta, sin obtener respuesta; las palabras del judío recordaban al atleta las muchas ofensas que había inferido a aquel pobre diablo.

Artemio estaba violento ante él.

—Oye, Caín —dio sordamente—; deja todo eso. Te... que caiga la maldición sobre mí si te toco desde ahora con la punta del dedo..., y si otro cualquiera se atreviese, le haría pedazos. ¿Comprendes?

—¡Ah, ah! —exclamó Caín triunfalmente—. ¡Ahí está! Vos me habéis hecho grandes ofensas... , perdonadme. No os enfadéis conmigo porque os lo recuerde. Yo sé, sin embargo... , ¡oh, sí, yo lo sé!, que sois menos culpable que los otros... , lo comprendo. Todos me escupen... , vos también, pero vos escupíais al mismo tiempo sobre ellos. Vos habéis ofendido a otros más cruelmente que a mí. Y al verlo, he pensado: “Este hombre es grande y robusto; me ofende y me pega, no porque soy judío, sino porque no soy mejor que los otros y vivo entre ellos”. Y... siempre os he querido con respeto y con temor. Os miraba y consideraba que vos podíais desgarrar la boca de un león y vencer a los filisteos... Pega-bais a vuestros camaradas, y a mi me gustaba ver cómo lo hacíais... He querido también ser fuerte... yo... , pero... yo soy un gusano de la tierra... .

Artemio reía con voz ahogada.

—Sí, sí... Tú eres un gusano... .

No comprendía bien lo que Caín le decía, pero le agradaba ver a su lado al diminuto judío, quien con su charla aliviaba en parte sus pesares, lo que le permitió entregarse a las siguientes reflexiones:

¿Qué hora será? Cerca de mediodía, probablemente. Y ninguna de mis amantes ha venido a informarse de mi estado. Y el judío ha venido... y me ha ayudado, y dice que me quiere, y yo le he pegado, le he ofendido, muchas veces... Y él alaba mi fuerza... ¿Volveré a tenerla? ¡Dios mío, si la volviese a tener!... .”

Artemio suspiraba fatigosamente, se imaginaba ver a sus enemigos apaleados por él e hinchados como ahora él se hallaba. Y ellos también se encontraban tendidos en cualquier parte... Pero a verlos irían sus amigos y no el judío.

Artemio miró a Caín y le pareció que sus pensamientos habían sido comprendidos por el judío.

Caín seguía hablando, muy excitado, con el rostro contraído y temblando todo su cuerpo.

—Cuando vos llorabais... lloré también... de lástima por vuestra fuerza... .

—Y yo pensaba que alguien se reía de mí —dijo Artemio sonriendo.

—Yo siempre he amado vuestra fuerza... Y rogaba a Dios: "Padre eterno en los cielos y en la tierra. Haz que yo pueda ser útil a ese hombre. Haz que pueda prestarle un servicio cualquiera, y que su vigor sea una defensa para mí. Haz que esa fuerza me preserve de las vejaciones continuas, y que mis perseguidores perezcan por esa fuerza..." De este modo he rogado... mucho tiempo, mucho tiempo, pidiéndole a mi Dios que me diese un defensor, un protector contra mi mayor enemigo, como dio a Mardoqueo un defensor en la persona del rey, que venció a todos los pueblos... Y he aquí que empezáis a llorar..., yo también he llorado..., pero súbitamente habéis gritado y todas mis plegarias se han desvanecido.

—¿Y qué sabía yo? Qué original eres —exclamó Artemio con una sonrisa de arrepentimiento.

Pero Caín no oía sus palabras. Se balanceaba; agitaba las manos y seguía hablando. Era una charla apasionada en la cual vibraban la alegría y la esperanza, la adoración de la potencia de aquel hombre estropeado, y el temor, y la tristeza.

—Todos os han abandonado, pero yo he venido. Curaréis, Artemio, ¿no es verdad? ¿No estáis grave? ¿Y vuestra fuerza os volverá?

—Curaré..., no tengas miedo... Y tú, por tu bondad, serás cuidado por mi como un niño.

Poco a poco Artemio se sentía mejor; le parecía que experimentaba dolores menos vivos en la cabeza, y que sus pensamientos se hacían más claros: "Es preciso ponerse a la defensa de este pobre Caín —se decía—. Es tan dulce y se expresa con tanta franqueza." Pensando esto, Artemio sonreía con frecuencia; después, por algún tiempo, un vago deseo languidecía en su voluntad.

—Caín, tengo hambre. ¿Podrás procurarme cualquier cosa para comer?

Caín dio un salto tan brusco que fue a caer a un rincón. Su rostro estaba completamente transformado, una expresión de energía y al mismo tiempo algo de in-

fantil y de ingenuo se reflejaba en él. ¡Artemio, el fabuloso atleta, le pedía de comer a él, Caín!

—Os daré todo lo que queráis. Lo tengo listo aquí, en este rincón. Cuando uno está enfermo es preciso que coma, ya lo sé. Sí. Y al venir aquí me he gastado un rublo para comprar comida.

—Ya arreglaremos nuestras cuentas. Te devolveré diez rublos. Puedo hacerlo... el dinero no es mío. No tengo más que decir "dame" y me dan lo que yo quiero.

Reía alegremente, y al ver aquella risa Caín no cabía en sí de gozo.

—Ya lo sé. Decidme lo que deseáis. Haré cuanto me mandéis.

—Bueno. Empieza por darme una fricción de aguardiente y luego comeré. ¿Sabrás hacerlo?

—¿Por qué no? Lo haré tan bien como el mejor doctor.

—Principia, pues. Friccióname y me levantaré en seguida.

—¡Levantaros! No, no creo que seáis capaz.

—No lo crees, ya lo verás. ¿Te figuras que voy a estarme acostado aquí? ¡Qué cosas tienes! Dame la fricción e irás al momento al barrio, a casa de la pastelera Mokewna, y le dirás que quiero que en su habitación... ponga paja. Allí recobraré las fuerzas pronto. Los trabajos te serán pagados... no te preocupes por eso.

—Os creo —repuso Caín, echándole aguardiente sobre el pecho y comenzando la fricción—; creo en vos, más que en mí mismo. ¡Oh, yo os conozco bien!

—¡Fricciona, fricciona! Más fuerte... Más, más. Tú te figuras que eso hace mucho daño... pero es bueno. ¡Más! Aquí... Aquí... Y aquí... ¡Oh, oh! —rugía Artemio—. Bueno, bueno. Más. Ahora el hombro... Más fuerte. ¡Eh! Los malditos diablos... cómo me han puesto... Y siempre tiene la culpa una mujer... Si no hubiera mujeres, yo no habría bebido, y cuando estoy claro nadie se atreve a atacarme...

Caín, que se encontraba poseído de su papel de doméstico, declaró:

—Las mujeres son el pecado del mundo. Nosotros

los judíos tenemos una oración matinal que dice así: "Bendito seas, Dios nuestro eterno, Rey del Universo, por no haberme creado mujer. . ."

—¿Sí? ¿De verdad? —exclamó Artemio—. ¿Y hacéis esa oración? . . . Sois una gente muy curiosa. En fin, ¡qué es la mujer! Es torpe, verdad, pero no se puede vivir sin ella. . . Pero que se rece a Dios así. . . Es demasiado fuerte, y mortificante para ellas. . . ¿Crees tú que la mujer no tiene sentimientos?

Caín no contestó. Artemio, a quien la hinchazón hacía aún más voluminoso, permanecía tendido en el suelo, y cerca de él Caín, pequeño, débil, sofocado por el esfuerzo que hacía, le frotaba los costados, el pecho y el vientre. Pasaban gentes con frecuencia a lo largo del río, y se oían conversaciones y rumor de pasos. El lugar era desierto en general, pero aquel día la barcaza parecía tener para los que pasaban un interés particular. Caín y Artemio veían que algunos se acercaban, golpeando la madera con el pie. Esto molestaba a Caín. Cesó de hablar, y, aproximándose más a Artemio, sonrió tímidamente:

—¿Oís?

—Ya lo oigo —dijo el atleta, con una risa de satisfacción—, comprendo; quisieran darse cuenta de cuánto tiempo tardaré en restablecerme; tienen necesidad de saberlo para preparar sus costillas. ¡Ah, ah! ¡Los diablos! Es una humillación para ellos seguramente que yo no haya reventado. . . Su trabajo no les ha servido de nada.

—¿Sabéis una cosa? . . . —murmuró Caín con espanto, al oído del atleta—. Si me voy y os quedáis solo, vendrán otra vez, y. . . y. . .

Artemio abrió la boca y dejó escapar de su pecho una carcajada.

—¡Ah, tú, pobre gusano! ¿Te figuras, pues, que te tienen miedo?

—No, pero puedo servir de testigo.

—Te darían un palo. . . ¡ja, ja, ja! Y podrías ir a servir de testigo al otro mundo. . .

La risa de Artemio dio ánimos a Caín. El judío sentía en su pecho, estrecho y deprimido, una seguridad

completa y alegre. Ahora su vida tomaba otro rumbo, estaba protegida por una mano poderosa, que apartaría para siempre los golpes de la injusticia de aquellos que, hasta entonces, le habían torturado impunemente.

Cerca de un mes había transcurrido.

Un día, hacia las doce, hora en que la vida se condensa y hierve, cuando los vendedores se ven rodeados de obreros, que llegan del puerto y de los desembarcaderos con el vientre vacío y una necesidad imperiosa de comer, cuando toda la calle de Chikhan estaba llena del olor caliente que se desprende de la carne cocida, en esa hora alguien exclamó a media voz:

—¡Artemio llega!

Algunos desastrados que rondaban desocupados por la calle, esperando la primera ocasión para sacar algún provecho de cualquier cosa, desaparecieron como por encanto. Los habitantes de Chikhan comenzaron a mirar con inquietud y curiosidad en dirección de donde había partido la advertencia.

Artemio era esperado desde largo tiempo con vivo interés. Se discutía apasionadamente el modo como haría su entrada en escena.

Como antes, Artemio iba por medio del arroyo, caminando con su actitud habitual y lenta de hombre satisfecho que da un paseo. Nada nuevo se notaba en su exterior. Como siempre, llevaba la americana sobre el hombro, la gorra a un lado, y los bucles de cabellos negros le caían sobre la frente igual que antes. Apoyaba el pulgar de la mano derecha en el cinturón y la izquierda la llevaba metida en el bolsillo del pantalón, haciendo resaltar su pecho atlético. Únicamente parecía que su rostro varonil hubiese tomado una expresión de melancolía, como ocurre siempre después de una enfermedad. Caminaba contestando a los saludos y a las felicitaciones con indiferentes movimientos de cabeza.

La calle toda lo acompañaba con sus miradas, oyéndose un débil murmullo de sorpresa y entusiasmo ante

aquella fuerza indestructible que nada había podido aniquilar. Había mucha gente en el barrio que hablaba con animosidad de su restablecimiento, llenando de injurias despreciativas a los que no habían sabido deshacer los pulmones de Artemio y romperle las costillas. Pues es imposible que exista un hombre al que no se le pueda dejar en tal estado, que la muerte sea inevitable... Otros hacían agradables conjeturas sobre la manera como el atleta se vengaría de *Pico Rojo* y su banda. Cuando mayor es la fuerza, más grande es su fama y la mayoría se inclinaba ante el prestigio de la fuerza de Artemio.

Artemio, a todo esto, entraba ya en la "Gavrilovka", el club de Chikhan.

Cuando su alta y vigorosa figura apareció en el umbral de la taberna había escasos concurrentes en la larga sala abovedada. Al ver a Artemio, dos o tres exclamaciones resonaron, manifestóse una agitación embarazada, y alguno se refugió precipitadamente en un rincón alejado de la húmeda bodega, llena de humo de mal tabaco e impregnada de suciedad.

Sin que al parecer notase a nadie, Artemio dirigió una mirada a su alrededor y contestó con una pregunta a las felicitaciones halagadoras del tabernero Savka Kliebnikov.

—¿No ha venido Caín?

—No tardará... Generalmente llega a esta hora.

Artemio se aproximó a una mesa que se hallaba cerca de una de las ventanas que había con reja de hierro, pidió té, y con sus enormes manos puestas sobre la mesa comenzó a examinar al público con aire indiferente.

Se encontraban allí unos diez hombres, todos ellos desastrados; se habían reunido en una de las mesas y desde allí observaban a Artemio. No obstante, cuando sus miradas se cruzaban con las del atleta sonreían con sonrisa forzada, como queriendo hacerse agradables; evidentemente deseaban trabar conversación con él, pero éste les contemplaba con aire sombrío y adusto y todos callaban sin atreverse a hablarle. Kliebnikov, ocupado en el mostrador, canturreaba para su bigote y sus ojillos de zorra investigaban sin cesar.

Por la ventana penetraba el rumor de la calle; sonaban injurias violentas, juramentos, exclamaciones de los vendedores. No muy lejos caían botellas con estrépito y se quebraban contra el suelo. Artemio empezaba a aburrirse en aquella bodega mal ventilada.

—¿Por qué vosotros los lobos —dijo de repente con voz lenta y alta, dirigiéndose a los concurrentes—, por qué os habéis vuelto tan mansos? ¿Por qué os contentáis con mirar sin decir nada?

—Hablaríamos con mucho gusto, Alteza terrible —repuso el *Novio Andrajoso*, levantándose y aproximándose a Artemio.

Era aquel un hombre delgado, vestido con blusa de tela blanca y pantalones de soldado; era calvo, llevaba la barba puntiaguda y tenía unos ojillos rojos que guiñaban maliciosamente...

—¿Has estado enfermo, según se dice? —preguntó sentándose frente a Artemio.

—Bueno, ¿y qué?...

—Nada... No se te ha visto desde hace algún tiempo y cuando se preguntaba: “¿Dónde está Artemio?”, contestaban: “Está enfermo”.

—¿Y qué?

—Pues nada, que deseaba saber qué enfermedad has tenido.

—¿Cómo, no lo sabes?

—¿Acaso te he curado yo?

—No haces más que decir mentiras, perro... —dijo Artemio, riendo—. ¿Y por qué mientes, cuando sabes la verdad?

—¡La sé! —respondió el *Novio*, riendo también.

—Entonces, ¿por qué mientes?

—Porque es más prudente...

—¡Más prudente! Ya estás hecho una buena pieza.

—Sí..., si te hubiese dicho la verdad..., quizás te habrías enfadado...

—Yo me río de ti...

—¡Te doy las gracias! ¿Y no me invitas a aguardiente para celebrar tu curación?

—Pídelo.

El *Novio Andrajoso* pidió media botella y se animó en la charla.

—Tú te das la gran vida, Artemio. Siempre tienes dinero.

—Bien, ¿y qué?

—Nada... Las mujeres son las que te sacan de apuros... las malditas...

—Y a ti... ni siquiera te miran...

—¿Qué le vamos a hacer? No tenemos los pies que se necesitan para andar por tu camino... —suspiró el *Novio*.

—Es porque las mujeres quieren a los hombres de pro. ¿Qué eres tú? Yo soy todo un hombre, en tanto que tú eres cualquier cosa.

En este tono hablaba siempre Artemio a los desastrosos. Su voz sorda, indiferente y perezosa, daba una fuerza y un peso particular a sus palabras, que eran siempre rudas y mortificantes. Acaso comprendía que aquellas gentes eran peores que él en muchas cosas, pero más inteligentes.

Llegó Caín, con su caja de mercancías sobre el pecho y un traje de indiana amarilla sobre el brazo izquierdo. Oprimido por el sentimiento de temor que le era habitual, se quedó en el umbral, alargando el cuello y examinando el interior de la taberna con una sonrisa de inquietud; pero al advertir la presencia de Artemio, su rostro se iluminó de alegría. Artemio le miró y, con una amable sonrisa, le llamó:

—Ven aquí, Caín — y dirigiéndose al *Novio*, le ordenó con aire burlón—: Y tú vete, deja el sitio a un hombre honrado.

La cara abyecta, erizada y roja del *Novio*, quedó petrificada de sorpresa y de despecho; levantóse lentamente, miró a sus camaradas, no menos sorprendidos que él, después de lo cual prosiguió lenta y silenciosamente hacia su mesa, donde un murmullo sordo se elevó de inmediato, y en el cual resonaban con claridad notas de furor y sarcasmos. Caín continuaba sonriendo con aire extraviado, emocionado y alegre, y mirando de

reajo hacia el *Novio* y sus compañeros. Entonces Artemio le dijo:

—Amigo Caín, vamos a tomar el té juntos, ¿quieres? Compraremos pastel; ¿tienes deseos de comerlo? ¿Por qué miras hacia éstos? Escúpeles, no tengas miedo... Espera... Vas a ver, como les digo lo que les conviene...

Se levantó, echó con un movimiento de hombro su chaqueta al suelo, y se aproximó a la mesa de los descontentos. Agresor y poderoso, con el pecho levantado, los brazos prontos a la lucha, se enorgullecía de su fuerza, y se presentaba a sus rivales con la burla en los labios; y ellos, atentos en actitud prevenida, callaban, dispuestos a huir lejos de él.

—Vamos a ver —dijo Artemio—, ¿qué tenéis que reclamar?

Hubiera querido decir algo espantosamente fuerte, pero no lo encontró y se detuvo.

—Habla, pues —replicó el *Novio Andrajoso*, haciendo una mueca y un movimiento con la mano—, o déjanos en paz y márchate donde te dé la gana, desperdicio de Dios.

—Cállate —ordenó Artemio, frunciendo el entrecejo—; estás incomodado, la envidia te come, porque soy amigo del judío y a ti te he echado. Os lo digo a todos, este judío es mejor que vosotros. Porque existe bondad en su corazón para los hombres, lo que no hay en vosotros. Ha sido siempre un mártir... Pero ahora le tomo bajo mi protección... y si alguno de vosotros trata de ofenderle, mucho cuidado. Os lo digo ahora, no le pegaré, sino que le sacaré la sangre gota a gota.

Sus ojos brillaron de un modo salvaje y sus narices se dilataron.

—Que hayan podido maltratarme estando yo borracho, eso no me importa. No se ha disminuido mi vigor, lo único que ha ocurrido es que ahora tengo más duro el corazón. Sabedlo, defenderé a Caín, y si alguien se permite decirle alguna palabra ofensiva, lo dejaré de tal modo, que no pueda hacerlo más, sencillamente. Decidlo a todos.

Salió un suspiro del fondo de su pecho, como si se

hubiese descargado de un peso abrumador, y, volviéndoles las espaldas, se marchó.

—Bien dicho —exclamó en voz baja el *Novio Andrajoso*, e hizo una mueca triste al ver a Artemio que se sentaba frente a Caín.

Caín, pálido de emoción, no quitaba de Artemio los ojos llenos de un sentimiento indecible.

—¿Has oído? —le preguntó severamente Artemio—; ya lo sabes. Cualquiera que te ofenda no tienes más que decírmelo, que yo me encargaré de romperle los huesos.

El judío murmuró algo: rogaba a Dios o daba gracias al hombre. El *Novio Andrajoso* y su cuadrilla murmuraron algo entre ellos, y después unos detrás de otros salieron de la taberna. El *Novio* al pasar por delante de la mesa de Artemio se puso a canturrear:

*Si yo tuviese dinero,
así como tengo ingenio,
bebería alegremente,
sin importarme un bledo.*

Y mirando fijamente a Artemio, terminó de pronto la canción con el siguiente estribillo:

*Y en el mar Negro ahogaría,
a todos los majaderos.*

Tomó rápidamente la puerta y desapareció.

Artemio lanzó un juramento y miró a su alrededor. En la taberna medio a oscuras, llena de humo maloliente, no habían quedado más que tres personas: él, Caín y Savka en el mostrador.

Los ojos de zorra de Savka se cruzaron con la mirada de Artemio y su rostro tomó la expresión de la más dulce piedad.

—Has procedido de un modo admirable y excelente, Artemio Mijailovich —dijo, acariciándose la barba—. Tal y como lo ordenan los preceptos del evangelio... Como en la fábula del buen samaritano... Caín estaba

lleno de llagas, y de pus... Y tú no te has apartado de él...

Artemio no escuchaba aquellas palabras, sino su eco. Aquel eco que repercutía en la bóveda de la taberna y que se dilataba en la atmósfera pestilente. Artemio callaba y sacudía suavemente la cabeza, como si hubiese deseado alejar de él aquel rumor.

Continuaba mirando en forma obstinada a Caín. Con la cabeza baja, el judío bebía el té con avidez y el platillo temblaba entre sus manos. A veces Artemio sorprendía a Caín clavándole una mirada penetrante, y el atleta al notar aquella mirada se ponía más triste. Una sorda sensación de descontento, por una causa desconocida, se albergaba en su pecho; sus ojos se ensombrecían más cada vez y los fijaba de un modo salvaje a su alrededor. En su cabeza bullían un haz de pensamientos que le mortificaban y no podía desembarazarse de ellos.

—¿Por qué no dices nada, Caín? —le preguntó Artemio con aire de disgusto—. ¿Sigues teniéndome miedo? ¡Eres muy raro!

Caín levantó la cabeza, la bajó de un modo extraño, y su rostro manifestó tristeza y confusión.

—¿Qué he de decir? ¿Con qué lengua os podría hablar? ¿Con ésta? —y el judío sacó la punta de la suya y la mostró a Artemio—. ¿Con ésta, que es la misma que me sirve para hablar a todo el mundo? No me atreveré yo a hablaros con esta lengua. ¿Vos creéis que yo no comprendo que os molesta estar sentado al lado mío? ¿Quién soy yo y quién sois vos? Pensad esto, Artemio, alma grande, vos que sois igual a Judas Macabeo, ¿qué haríais si supieseis para lo que os ha creado Dios? ¡Ah!, nadie conoce los grandes secretos del Creador, y nadie puede saber por qué ha recibido la vida! Vos no sabéis cuántos días y noches de mi existencia he pensado: “¿Para qué he nacido yo? ¿Para qué mi alma y mi espíritu? ¿Qué caso hacen de mí los hombres? Yo soy como una salivadera para su saliva envenenada. ¿Y los hombres que son para mí?... Canallas que me mortifican el alma y el cuerpo de todas maneras... ¿Por qué estoy sobre la tie-

rra? ¿Y por qué no conozco sino la desgracia... y por qué no hay un solo rayo de sol para mí?"

Artemio no comprendía aquel discurso, pero escuchaba y advertía que Caín se quejaba de algo. Y sentía mayor fastidio, pues aquello le producía casi un dolor físico.

—¿Y bien qué? Empiezan de nuevo tus temores —y sacudió la cabeza de despecho—. Ya sabes que he tomado tu defensa.

Caín sonrió amargamente.

—¡Cómo podréis interceder vos en la presencia de mi Dios! El es el que me persigue así.

—Eso es verdad. Yo no puedo ir contra Dios —repuso ingenuamente Artemio; y con un tono piadoso aconsejó al judío—: Ten paciencia..., nada se puede hacer contra Dios.

Caín miró a su protector y sonrió..., le tocaba el turno de sentir piedad. Así como el fuerte había sentido lástima por el débil, ahora la inteligencia sentía lástima por la fuerza, y entre los dos interlocutores se había extendido un soplo que les aproximaba algo.

—¿Tú eres casado? —preguntó Artemio.

—Sí, tengo una numerosa familia, demasiado grande para mis débiles fuerzas... He tenido cinco hijos, pero ahora me quedan cuatro. Mi pequeña Khaia tosía, no paraba de toser y por fin murió. ¡Dios mío! ¡Mi dueño!... Y mi mujer está también enferma... No cesa de toser.

—Tienes muchas preocupaciones —dijo Artemio, y quedó pensativo.

Caín con la cabeza baja pensaba también por su parte.

Por la puerta de la taberna entraban comerciantes de todos géneros y se dirigían hacia el mostrador, donde conversaban a media voz con Savka. Este les contaba misteriosamente algo, mirando de reojo hacia donde se hallaban Artemio y Caín, y los interlocutores de Savka los contemplaban también con aire sorprendido y burlón.

Caín había advertido ya aquellas miradas y se estre-

meció, por lo que dirigiéndose a su compañero le instó:
—Idos, Artemio, y si queréis quedaros me iré yo. Ha venido gente, y se ríen; se burlan de vos porque estoy yo aquí. . .

—¿Quién es el que ríe? —exclamó Artemio, despertando de sus sueños y lanzando alrededor miradas feroces. . .

Pero cuantos había en la taberna parecían serios y absortos en sus negocios. Artemio no encontró ni una sola mirada. Y frunciendo con dureza el entrecejo, dijo al judío:

—Siempre mientes. . . , te quejas en vano. Ten cuidado con esto; no es un juego. Quéjate cuando te hayan ofendido. ¿O acaso me dices eso para probarme?

Caín sonrió tristemente y no contestó.

Permanecieron silenciosos algunos minutos. Después levantóse el judío y, suspendiéndose la caja al cuello, se dispuso a marchar. Artemio le tendió la mano.

—¿Te vas? Bueno, vete, trata de vender algo. . . , yo me quedo aún aquí.

Con sus dos manos minúsculas, Caín estrechó la enorme de su defensor y se fue con paso rápido.

Al llegar a la calle descubrió un rincón donde se apostó para ver lo que ocurría. Desde allí se divisaba la puerta de la taberna y no tuvo necesidad de esperar mucho. No tardó Artemio en aparecer en el umbral de la puerta. Su cara manifestaba la expresión de dureza y temor de quien espera un encuentro desagradable.

Examinó detenidamente los grupos y los viandantes, y su rostro volvió a aparecer con la indiferencia perezosa que le era habitual. Siguió su camino a través de la multitud por la parte de la calle que se apoya en la colina: aparentemente se dirigía a su albergue favorito.

Caín le acompañó con una mirada dolorida, y cubriéndose el rostro con las manos, apoyó la frente contra la puerta de hierro del umbral en que se había refugiado.

La violenta amenaza de Artemio había producido su efecto; tenían miedo y habían cesado de atormentar al judío.

Caín veía claramente que había menos espinas en los sufrimientos entre los cuales caminaba hacia la tumba. Las gentes parecían haber olvidado su existencia. Como antes él se deslizaba entre ellos voceando sus mercancías, pero nadie lo pisaba con intención como sucedía en otros tiempos, evitaban golpearle, y no escupían en el cajón de su mercadería... Pero cuando lo miraban antes, tampoco era con ese aire hostil y frío con que ahora lo hacían.

Atento a todo lo que le concernía, no tardó en notar esas nuevas actitudes; las notó y se preguntó qué significaban y de qué lo amenazaban. Pensó mucho en estas cosas y no pudo comprender por qué se le trataba así... Y se acordó de que en otros tiempos, aunque la cosa fuese rara, le hablaban amistosamente, y le preguntaban a veces por la marcha de sus negocios... y hasta en ocasiones bromeaban con él sin mortificarlo.

Comenzó a pensar. Porque así sucede invariablemente: el hombre tiene siempre la propensión de recordar la partícula de dicha que ha gozado en el pasado, como si hasta el momento en que le asaltan aquellos recuerdos no hubiese gozado de ella.

Un día oyó una nueva canción compuesta por el *Novio Andrajoso*, el trovador de la calle. El *Novio* se ganaba el pan con la música y el canto; ocho cucharas de palo le servían de instrumento haciéndolas castañetear entre sus dedos, y con ellas obtenía un acompañamiento suficiente para recitar las coplas que él mismo componía. Si la música no era muy agradable, necesitaba en cambio la habilidad de un prestidigitador para ejecutarla; y la habilidad en todas sus formas era tenida en gran estimación por los habitantes de Chikhan.

Una vez, se proximó a un grupo en medio del cual el *Novio Andrajoso*, armado de sus cucharas, peroraba con viveza de esta suerte:

—Distinguidos señores, voy a obsequiaros con una nueva y nunca oída canción; a pesar de la novedad, sólo

os cobraré una copeca a cada uno; si alguno carece de ella, que no se retire. Empiezo:

*Cuando los rayos del sol
penetran por la ventana,*

—Esa canción la conocemos —exclamó un escéptico de entre la multitud.

Ya lo creo que la habéis oído; pero es que yo nunca empiezo por lo mejor, esto lo dejo para lo último.

Y continuó cantando:

*¡Qué amarga es la vida!
¡Soy muy desgraciado!
Ahorcaron a mi padre,
colgaron a mi hermano,
y a mí también quisieron
de igual suerte tratarme,
pero se rompió la cuerda,
y hubieron de perdonarme.*

—¡Qué lástima! —dijeron algunos de los oyentes.

El auditorio remuneró esplendidamente al *golfo* trovador porque sabía que era hombre de conciencia y que si prometía una nueva canción, la cantaría con toda seguridad; hecha la colecta, dio nuevamente principio:

*Se juraron amistad
(aunque la cosa es extraña)
un imbécil, un judío
y un toro con una araña.
El toro sobre su cola
a la araña se llevó,
el judío al pobre imbécil
a las mujeres...*

—¡Pero qué veo! —dijo el trovador callejero, interrumpiendo súbitamente su canción a la vez que avanzaba

hacia el lugar que ocupaba el tímido judío y al que con marcada ironía le dijo—: Tengo el honor de saludaros, señor Caín y distinguido comerciante; veo que os habéis dignado escucharme, pero no siendo propias para vuestros oídos mis canciones haríais muy bien en largaros de aquí.

Caín sonrió al *artista* y se retiró suspirando presa de extraños presentimientos.

Era dichoso desde que Artemio lo protegía; pero al mismo tiempo tenía miedo de que ocurriese algo. Por las mañanas bajaba al barrio seguro de que nadie se atrevería a tomarle sus copecas. Sus ojos se hacían más claros y tranquilos. Veía a Artemio diariamente, pero cuando el atleta no lo llamaba no se aproximaba a él.

Su protector le llamaba pocas veces, y cuando lo hacía le preguntaba siempre:

—¿Cómo va eso?

—Bien, muchas gracias. Estoy vivo gracias a vos —contestaba Caín, y sus ojos brillaban de alegría.

—¿No te hace nadie daño?

—¿Acaso se atreverían sabiendo que vos lo habéis prohibido?

—Está bien... Pero si te ocurre cualquier cosa, avísame.

—Ya os lo diré.

—Bueno.

Y con ojos severos Artemio contemplaba al diminuto judío y lo despedía diciéndole:

—Vete... ocúpate de tu negocio.

Y Caín se separaba con paso rápido de su defensor, cogiendo al vuelo las miradas burlonas y picarescas del público, aquellas miradas que lo llenaban de espanto.

Transcurrió un mes.

Una noche, cuando Caín se disponía a regresar a su casa, encontró a Artemio. El buen mozo le llamó con una seña. Aproximóse el judío y en seguida advirtió que el atleta estaba sombrío y taciturno, como una nube de otoño.

—¿Has acabado tu trabajo? —le preguntó.

—Sí, y me iba a mi casa.

—Espera... , vamos un poco juntos... , tengo algo que decirte —añadió Artemio con voz sorda.

Pausadamente empezó a andar seguido de Caín.

Abandonaron la calle y tomaron el camino que conducía al río, donde Artemio no tardó en encontrar un lugar favorable cerca del agua.

—Siéntate —le dijo a Caín.

Sentóse éste, y temeroso lanzó una mirada furtiva a su defensor. Artemio se puso a liar un cigarrillo, mientras que Caín examinaba el cielo, el bosque de mástiles en la ribera opuesta, las ondas tranquilas que parecían coaguladas en el silencio de la noche; y hacía mil suposiciones sobre lo que Artemio iría a decirle.

—Y qué, ¿va bien la cosa?...

—Perfectamente... , nada temo ahora...

—¿Nadie te molesta?

—Nadie, y por ello os estoy sumamente agradecido.

—Espera... —dijo Artemio.

Y durante un momento permaneció silencioso fumando su cigarrillo, mientras que el judío, dominado por un presentimiento, lleno de angustia y de miedo, esperaba el discurso.

—Sí... , ¿conque nadie te hace ningún daño?

—¡Oh!... Os temen... Ellos son como los perros, y vos... , vos sois como el león. Y yo ahora...

—Aguarda.

—¿Qué? ¿Qué tenéis que decirme? —preguntó por último Caín con voz temblorosa.

—¿Qué es lo que he de decirte?... Es difícil de explicar...

—¿Qué es, pues?

—Mira... , hablemos francamente. Todo de un golpe... y habremos acabado...

—¿Qué?

—He de decirte que esto no me resulta... No puedo más...

—¿Qué?... ¿Qué es lo que no podéis más?

—No puedo más... , esto me disgusta... No es ésta una ocupación para mí... —repuso Artemio, suspirando.

—¿Cuál?... ¿Qué ocupación?

—Todo esto... Tú y todo lo demás... No quiero conocerte ya... porque... no me resulta.

El cuerpo de Caín se contrajo, como si alguien le hubiese golpeado

—Y si te ofenden no vengas a quejarte a mí..., yo no puedo defenderte..., ya no soy tu defensor. ¿Has comprendido? No puedo más...

Caín guardaba un silencio de muerte.

Después de haber pronunciado Artemio estas palabras, suspiró libremente, como si hubiese descargado de un gran peso a su corazón, y continuó con mayor claridad y concisión:

—Estoy dispuesto a pagarte por el servicio que me hiciste. ¿Cuánto quieres?... Dímelo, te daré lo que me pidas. Pero ya no tengo lástima de ti... Es un sentimiento que ha huido de mí, y que en balde me esforzaba en retener, sin que lo haya podido lograr. Pensaba "me da lástima", pero me engañaba a mí mismo. No te tengo lástima...

—¿Es porque soy judío?... —preguntó con suavidad Caín.

Artemio le miró de reojo y pronunció una de esas palabras que emanan del corazón:

—¡Qué!... ¿Judío?... Todos somos judíos ante Dios.

—¿Entonces por qué?...

—Porque no puedo más..., ¿comprendes?..., no siento piedad ninguna por ti... ni por nadie. Y para recompensarte de lo que has hecho por mí, quiero darte dinero.

—¡Oh Dios Todopoderoso! ¡Oh Eterno Dios de venganza, levántate, ven a juzgar a la tierra! —imploraba Caín, contrito y abatido.

La noche era apacible. El agua del río reflejaba los rayos del crepúsculo triste y suave.

—Reflexiona un poco —prosiguió diciendo Artemio con voz melancólica y persuasiva—; el problema que tengo ahora ante mí... No lo comprendes..., pero es pre-

ciso que me venga. . . Me pegaron sin piedad, cruelmente. ¿Te acuerdas? . . .

Y al decir esto se agitaba, rechinó los dientes; después se acostó de espaldas en la arena, extendió los pies hacia el río, y, colocando las manos debajo de la cabeza a guisa de almohada, agregó:

—Ahora los conozco a todos.

—¿A todos? . . . —preguntó Caín con aire abatido.

—¡Todos! . . . Y voy a empezar a arreglarles las cuentas. . . Y tú me impides hacerlo, me incomodas.

—¿Cómo es eso?

—No es precisamente que me enfades, pero siento odio contra todos los hombres. . . ¡Soy peor que los otros! . . . No sé. . . Y tú. . . tú sobras en todos estos asuntos. ¿Has comprendido?

—¡No! —contestó Caín con dulzura, y sacudió la cabeza.

—¿No lo comprendes? . . . Eres verdaderamente un ser original. ¿Es preciso tener lástima de ti, sí o no? Pues bien, yo ahora no puedo tener lástima de nadie. No existe en mí sentimiento de ese género. ¿Cuántas veces te lo he de repetir?

Y dando algunos golpecitos en el hombro del judío, añadió:

—No existe absolutamente piedad en mí. ¿Has comprendido por fin?

Siguió un largo silencio. Alrededor de los interlocutores, en el aire tibio y perfumado, resonaba el murmullo suave de las olas. Parecían suspiros y gemidos que de lejos exhalase el río, sombrío y adormilado.

—¿Qué será de mí ahora? —preguntó por último Caín; pero no obtuvo contestación, porque Artemio empezaba a amodorrarse, o quizás pensaba en algo—. ¿Cómo podré vivir sin vos? —siguió el judío en voz más alta.

Artemio le contestó con la mirada fija en el cielo.

—Eso es cuestión tuya.

—¡Dios mío, Dios mío!

—No se puede aconsejar a nadie cómo se las ha de arreglar para vivir —contestó perezosamente el buen mozo.

—Ya sabía yo que esto acabaría así —agregó Caín—, lo sabía ya cuando fui a socorremos, cuando os hallabais casi muerto, con el cuerpo hinchado por las heridas... , sabía que no seríais por mucho tiempo mi defensor; la burla de los demás había de ser la causa de que me abandonarais.

—¡Esos!... ¿qué pueden importarme a mí? —exclamó Artemio, y abrió los ojos sonriendo—. Si me hubiera dado la gana te habría llevado en hombros, y así te habría paseado por las calles; y que se hubiesen reído tanto como quisiesen. Pero esto no conduce a nada. Es preciso proceder siempre con arreglo a la verdad... , tal como se siente en el alma. Yo hermano mío, te lo digo francamente... , me desagrade que seas como eres... Sí... , ésta es la verdad.

—Vamos... , comprendo... , debo marcharme.

—Sí, vete antes que se haga más de noche. Nadie te tocará por ahora, porque no se han podido enterar de nuestra conversación.

—¡Sí! Y vos no diréis nada a nadie.

—Desde luego. Pero tú no te acerques con frecuencia a mí.

—Bien... —repuso el judío con aire triste.

—A mí modo de ver harías mejor marchándote de aquí a continuar tu comercio en otra parte—, dijo Artemio con tono indiferente—. Porque aquí la vida es dura y todos tratan de aniquilarse unos a otros.

—¿Dónde iré?

—Eso es cuestión tuya.

—Adiós, Artemio.

—Adiós, hermanito.

Y sin levantarse le tendió su descomunal mano y estrechó con fuerza los dedos descarnados del judío.

—Adiós, no te enfades.

—No me enfado —suspiró el judío con voz ahogada por un sollozo.

—Perfectamente. Mucho mejor será así; si reflexionas acabarás por darme la razón. Tú no eres mi igual, ni puedes ser mi camarada. ¿Habré de sacrificar mi vida por ti? ¿Qué dices?

—Adiós.

—Consérvate bien.

Caín se fue a lo largo del río con la cabeza baja y el cuerpo inclinado.

El buen mozo le siguió con la mirada y algunos segundos después se tendió de nuevo en la misma actitud de antes.

Sonidos extraños nacían y se desvanecían en el aire.

El río chapoteaba monótono en la ribera. Después de haber dado unos cincuenta pasos, volvió atrás Caín, se aproximó a la poderosa masa formada por el cuerpo de Artemio, que continuaba tendido en el suelo, y, deteniéndose delante de él, preguntó con voz baja y respetuosa:

—¿Habréis acaso cambiado de opinión?

Artemio no contestó.

—Artemio, ¿me habéis dicho quizás todo eso en broma? —repitió el judío con voz temblorosa y las lágrimas en los ojos—, Acordaos de aquella noche... cuando fui a cuidaros... Nadie se inquietaba por vos... y yo fui...

Un débil ronquido le respondió.

Caín permaneció aún largo tiempo delante del atleta, contemplando con fijeza su rostro tranquilo de hombre vigoroso. El pecho robusto se elevaba y descendía con un ritmo regular; su boca, ligeramente entreabierta, dejaba al descubierto los hermosos y sólidos dientes de aquel hombre. Parecía sonreír.

Con un profundo suspiro el judío inclinó aún más la cabeza y se dirigió de nuevo hacia la ribera del río. Temblando de miedo ante la vida, marchaba con precaución; en los lugares descubiertos, iluminados por la luna, moderaba el paso, deslizándose en cambio rápidamente cuando pasaba por los sitios oscuros.

Y se asemejaba a un ratón temeroso, volviendo a su agujero por entre innumerables peligros que lo amenazarán por todos lados.

La noche era tranquila y la ribera aparecía desierta y silenciosa.

EL NACIMIENTO DEL HOMBRE

Esto sucedió en el año 92, año del hambre, entre Sujum y Ochemchiri, a orillas del río Kodor, no lejos del litoral; a través del alegre rumor de las cristalinas aguas del río montañoso, se podía distinguir claramente el sordo bramido de la resaca.

Otoño. En la blanca espuma del Kodor se arremolinaban y desaparecían, como raudos y pequeños salmones, las hojas amarillentas del laurel-cerezo. Yo, sentado en unas peñas junto al río, pensaba que, seguramente, las gaviotas y los cuervos marinos también creían que las hojas eran peces y se engañaban; por eso sus graznidos sonaban tan furiosos, allá a la derecha, tras los árboles, donde las olas batían la costa.

Los castaños forman sobre mi cabeza un dosel de oro; a mis pies se amontonan las hojas, parecidas a manos cercenadas. Las ramas de los carpes en la otra orilla

han perdido ya su vestidura de hojas y penden como una red desgarrada. Salta entremedias, como atrapado en ella, un pájaro carpintero de las montañas, rojo-amarillo, que golpea con su pico negro la corteza del tronco para ahuyentar a los insectos, en tanto que los vivarachos abejarrucos y los cascanueces de plumaje grisáceo, venidos del lejano Norte, se los engullen.

A mi izquierda, sobre las cumbres de las montañas, se han ido formando densas nubes: anuncian lluvia y proyectan sombras que se deslizan por las verdes vertientes donde crece el boj. En las viejas hayas y en los añosos tilos se pueden encontrar panales con "la miel embriagadora" que en tiempos antiguos estuvo a punto de hacer sucumbir con su dulzor a los soldados de Pompeyo el Grande, dando en tierra con toda una férrea legión romana; las abejas hacen esa miel de las flores de laurel y de azaba, y los "caminantes" la extraen de los panales y la comen, untando con ella el "lavash", que es una torta muy delgada hecha de harina de trigo.

En esto me ocupaba, sentado en unas peñas bajo los castaños, picoteado por una furiosa abeja: mojaba trozos de pan en un cuenco lleno de miel y, mientras calmaba el hambre, me distraía admirando el perezoso espejear del sol otoñal ya fatigado.

En otoño se siente uno en el Cáucaso como en una catedral fastuosa construida por grandes sabios —que al mismo tiempo son siempre grandes pecadores— para ocultar su pasado a la mirada vigilante de la conciencia. Levantaron un inmenso templo de oro, turquesas y esmeraldas, y tendieron por las montañas bellísimos tapices bordados en seda por las mujeres turkmenas de Samarcanda y Shamajá; saquearon al mundo entero y trajeron todo su botín aquí, ofreciéndolo al sol, como si quisieran decirle: "¡Es Tuyo, de los Tuyos, para Ti!"

...Veo cómo gigantes de luengas barbas grises y grandes ojos de niños alegres descienden de las montañas y embellecen la tierra, sembrando por doquier, a manos llenas, piedras multicolores; cubren las cimas de las montañas con espesos mantos de plata, y las laderas, con el vivo tapiz de mil árboles diferentes; bajo sus manos, se

torna en algo arrebatadoramente hermoso esta tierra paradisiaca.

¡Qué lugar superior ocupa en la Tierra el ser humano! ¡Cuánto ve de maravilloso! ¡Cómo le late el corazón, presa de dulce angustia, en un éxtasis mudo ante tanta belleza!

Sí, verdad es que hay tiempos difíciles, en los que el pecho rebosa de odio ardiente y la pena absorbe, ávida, la sangre del corazón; mas esto no puede ser eterno. Hasta el sol mira con frecuencia a los hombres embargado de una tristeza infinita: ¡ha trabajado tanto para ellos y han salido unos muñecos tan imperfectos!

Claro es que hay muchos buenos, pero es necesario reformarlos o, mejor aun, volverlos a hacer.

...Sobre unos arbustos, a mi izquierda, veo oscuras cabezas que se mueven; con el ruido de las olas del mar y el rumor del río casi no se oyen las voces humanas: son los "hambrientos" que, con la esperanza de encontrar un nuevo trabajo, van desde Sujum —en donde han construido una carretera— a Ochemchiri.

Los conozco, son de Orel, hemos trabajado juntos y juntos recibimos ayer el jornal; pero yo salí antes que ellos, cuando aún era de noche, para llegar a la costa antes de la alborada.

Son cuatro mujiks y una mujer joven de pómulos salientes. Está embarazada, tiene un vientre enorme, abultado hacia arriba, y los ojos, grandes y asustados, de color azul grisáceo. Veo por encima de los arbustos su cabeza cubierta con un pañuelo amarillo y que se balancea cual un girasol movido por el viento. Su marido murió en Sujum de un cólico de frutas. Yo he vivido en una barraca entre todas estas gentes. Siguiendo la buena costumbre rusa, hablaban de sus desgracias tanto y tan alto, que, seguramente, sus lamentaciones se oían en unas cinco leguas a la redonda.

Son seres desengañados de la vida, aniquilados por las penas que les arrancaron de su tierra querida, esquilmada, yerma; gentes arrastradas, como las hojas secas del otoño por el viento, aquí, donde la rica naturaleza desconocida, al asombrarles, los cegó y las duras condicio-

nes del trabajo los abatieron por completo. Miran todo a su alrededor parpadeando desconcertados, con ojos tristes y sin color, y, sonriéndose los unos a los otros lastimeramente, se dicen en voz baja:

—¡Ay, ay... , qué tierra!

—¡Todo brota como los hongos!

—Sí... , pero... , sin embargo, es muy pedregosa.

—Sí, no es muy buena... .

Y evocaron Kóvilia Lozhka, Sujoi Gon, Mokrenka, sus aldeas natales, donde cada puñado de tierra era ceniza de sus abuelos, donde todo les era memorable, familiar, íntimo, y estaba regado con su propio sudor.

Iba además con ellos otra mujer, alta, estirada, lisa como una tabla, con quijadas como las de un caballo y una mirada extinta en sus ojos bizcos, negros como el carbón.

Por las tardes, se marchaba con la del pañuelo amarillo más allá de la barraca y, sentándose sobre un montón de grava, apoyada la mejilla en la palma de la mano y, ladeando la cabeza, cantaba en voz alta y brusca:

*Entre verdes matorrales,
más allá del cementerio,
paloma sobre la arena....
tiendo mi blanco pañuelo.
¡Ay, mi mocito querido,
el mocito que yo quiero!
Vendrá mi amor ¡y qué alegre
será salir a su encuentro!*

La del pañuelo amarillo solía guardar silencio, cabizbaja, y se miraba el vientre; pero, a veces, levantaba de pronto su voz pastosa, indolente y hombruna, entonando con su amiga el quejumbroso estribillo:

*¡Ay, mi mocito querido,
el mocito que yo quiero!
¡No vendrá mi amor y, triste,
volveré del cementerio!*

En las oscuras y sofocantes noches del Sur, estas voces plañideras recordaban el Norte, las inmensas llanuras de nieve, el silbido de la ventisca y el lejano aullar de los lobos...

Un día, la mujer bizca enfermó de fiebres y se la llevaron a la ciudad en una camilla de lona, en la que iba moviendo la cabeza y gimiendo como si continuara cantando su canción sobre el cementerio y la arena.

...Sumergiéndose en el aire, la cabeza con el pañuelo amarillo desapareció.

Puse fin a mi almuerzo, tapé el cuenco de miel con unas hojas, até el zurrón y, sin prisa, seguí el camino de los de Orel, golpeando con mi cayado de cornejo la endurecida tierra del sendero.

Y heme ya por la franja gris y estrecha del camino; a mi derecha se agita el mar de un azul intenso. Parece como si invisibles carpinteros lo estuvieran cepillando con miles de garlopas y la viruta blanca corriese rumorosa hacia la orilla, empujada por el viento húmedo, cálido y fragante, como el aliento de una mujer sana. Una falúa turca, inclinada de babor, se desliza hacia Sujum, hinchidas las velas; así inflaba un notable ingeniero de Sujum sus mofletes: era una persona muy seria. No sé por qué en lugar de *tishe* (silencio) decía *chishe* y *jit* en lugar de *jot* (aunque).

—¡Chishe! Por muy listo que seas, te entregaré sin falta a la policía...

Le gustaba entregar a la policía, y ahora complace pensar que ya hace tiempo que los gusanos le habrán comido hasta los huesos en la tumba.

...¡Qué agradable es caminar, qué ligereza en las piernas, como si nadaras en el aire! Los pensamientos más gratos, los recuerdos más diversos vienen a la memoria en callado enjambre, que es en el alma algo superficial, como la blanca cresta de espuma en las olas del mar: allá, en lo hondo, todo está tranquilo; se mecen en silencio las esperanzas luminosas y vivas de la juventud, como los peces plateados en la profundidad del océano.

El camino se extiende hacia el mar; serpea, desliziándose, y se acerca al festón de arena que las olas be-

san; los arbustos también quieren mirar de frente a las olas y se inclinan sobre el camino, como saludando a la inmensidad del desierto azul.

Sopla el viento de las montañas: lloverá.

... Un gemido ahogado entre los arbustos; es un gemido humano, que siempre llega al alma.

Apartando los matorrales, veo a la mujer del pañuelo amarillo, recostada en el tronco de un nogal, la cabeza ladeada sobre un hombro, la boca desmesuradamente abierta y los ojos desorbitados y enloquecidos. Se agarra con ambas manos la enorme barriga y respira de un modo tan terriblemente anormal, que todo su vientre se contrae en calambres y convulsiones. La mujer emite sordos mugidos, enseñando sus dientes amarillos de lobezno.

—¿Qué le pasa? ¿Le han pegado? —le pregunto inclinándome sobre ella. La mujer hunde como una mosca sus pies descalzos en el polvo ceniciento y, moviendo penosamente la cabeza, dice con voz enronquecida:

—Vete... sinvergüenza... vete...

Comprendí de qué se trataba —ya lo había visto en otra ocasión— y, claro está, me asusté y di un paso atrás; la mujer gemía con fuertes y prolongados aullidos, y de sus ojos, como si se le fuesen a saltar, brotaron unas lágrimas turbias que resbalaron por su cara amoratada, hinchada por el esfuerzo.

Esto me hizo volverme hacia ella. Dejé en el suelo el zurrón, la cantimplora y el cuenco, eché a la mujer de espaldas sobre la tierra e intenté doblarle las piernas por las rodillas; pero ella me rechazó, golpeándome la cara y el pecho con las manos, se revolvió y, aullando y gruñendo como una osa, se arrastró a gatas hasta los matorrales.

—¡Bandido!... ¡Demonio!...

Los brazos se le doblaron y cayó de bruces sobre la tierra; de nuevo lanzó un alarido, y estiró convulsivamente las piernas.

En medio del mayor nerviosismo, recordé en un segundo todo lo que sabía para estos casos. La coloqué de

espaldas y le doblé las piernas: por entre ellas asomaba ya la membrana envolvente.

—Estáte quieta, ahora mismo vas a parir. . .

Corrí al mar, me subí las mangas, me lavé las manos, volví y empecé a hacer de comadrón.

La mujer se retorció como la corteza de abedul en el fuego, hincaba las uñas en la tierra, arrancaba las hierbas mustias, todo quería llevárselo a la boca y hundía en la arena su cara desfigurada y terrible, con los ojos salvajes inyectados en sangre. Se rompió la membrana y la cabecita asomó. Yo tenía que sujetar las piernas convulsas de la mujer, ayudar a salir a la criatura y cuidar de que la madre no se metiera hierbas en la boca crispada, rugiente. . .

Cambiamos unas cuantas injurias: ella entre dientes y yo también por lo bajo; ella por el dolor y, no podía ser de otro modo, de vergüenza; yo, lleno de confusión y de profunda lástima por ella. . .

—Señor —gime sordamente la mujer, con los labios cárdenos, contraídos y llenos de espuma. Y de sus ojos, que parece como si de pronto los hubiera descolorido el sol, se escapan sin cesar abundantes lágrimas debidas a los insoportables dolores del alumbramiento, y todo su cuerpo se dobla, cual partido en dos.

—¡Vete, diablo! . . .

Con sus débiles manos extendidas, trata de empujarme; yo, en tono convincente, le digo:

—¡Vamos, tonta, échalo! ¡Anda, date prisa! . . .

Siento una pena terrible por ella, y parece que sus lágrimas han salpicado mis propios ojos. El corazón se me encoge de angustia, necesito gritar y grito:

—¡Vamos, date prisa!

Y, de pronto, me encuentro en las manos con una criatura coloradita. Aunque a través de las lágrimas, veo que el hombrecito colorado ya se muestra descontento del mundo, se rebulle, patalea y grita con fuerza, a pesar de que aún está ligado con la madre. Sus ojos son azules, la nariz graciosamente aplastada en su cara roja y arrugada, sus labios se mueven lloriqueando:

—A-a . . . A-a . . .

Es tan escurridizo que temo se me pueda escapar de las manos; me pongo de rodillas, lo miro y me río. ¡Qué alegría de verle! Hasta me había olvidado de lo que tenía que hacer...

—Corta... —me dice la madre con un hilo de voz, los ojos cerrados, la cara desencajada, de color terroso, como la de un muerto, y sus labios violáceos apenas si se mueven:

—Con el cuchillo... Córdalo...

El cuchillo me lo robaron en la barraca; parto con los dientes el cordón umbilical, el niño chilla con la voz de bajo de un mujik de Orel y la madre se sonríe: veo cuán sorprendentemente se encienden, arden sus ojos insondables con un fuego azulado; la mano curtida de la mujer busca a tientas en la falda el bolsillo y sus labios sangrantes, atarazados, balbucean:

—N-no..., una cintita..., un cordoncito en el bolsillo... Para atar el ombligo...

Encuentro la cinta, la ato; ella sonríe con una sonrisa tan luminosa, tan feliz y resplandeciente que casi me deslumbra.

—Arréglate, mientras yo voy a lavarle...

Intranquila, exclama:

—¡Ten cuidado, despacito..., ten mucho cuidado...!

Este crío tan rojo no necesita grandes cuidados; aprieta los puños y chilla a pleno pulmón, como si me desafiara a pelearme con él.

—A-a... A-a...

—¡Eh, tú! Agárrate a la vida, hermano, más fuerte, pues si no tus semejantes te cortarán en seguida la cabeza.

Lanzó un alarido casi salvaje cuando le mojó, por primera vez, la espuma de una ola, que alegre nos zarandeó a los dos; después, cuando me puse a frotarle el pecho y la espalda, apretó los ojos y empezó a patalear y a llorar ruidosamente, mientras las olas, una tras otra, bañaban su cuerpecito.

—¡Grita, que eres de Orel! ¡Grita con todas tus fuerzas!...

Cuando volvimos a donde estaba la madre, la en-

contramos tendida, con los ojos otra vez cerrados, mor-
diéndose los labios, estremecida entre convulsiones por
la expulsión de la placenta; pero, a pesar de esto, entre
gemidos y suspiros, le oí un susurro ahogado...

—Dámelo..., dámelo.

—Espera un poco.

—Dámelo...

Y con manos inseguras y temblorosas se desabro-
chó la blusa.

La ayudé a sacar un pecho, dotado por la natura-
leza para poder criar veinte niños, y coloqué junto al
cuerpo caliente de la madre al revoltoso orelense, que lo
comprendió todo en seguida y se calló.

—¡Virgen santa inmaculada! —suspiraba trémula la
madre y movía la cabeza alborotada sobre el zurrón de
un lado para otro.

De pronto, dio un leve grito y enmudeció. Después
abrió de nuevo sus ojos extremadamente, bellos: ojos sa-
grados de parturienta, ojos azules que miraban al cielo
azul; en ellos se encendía y apagaba una sonrisa bonda-
dosa y jovial; y alzando lentamente la mano, la madre
hizo muy despacio la señal de la cruz bendiciéndose a sí
misma y al niño...

—Gloria a ti, inmaculada madre de Dios..., oh...,
gloria a ti...

Sus ojos se apagaron, se hundieron; permaneció
largo rato en silencio, respirando apenas, y de pronto,
apresuradamente, dijo con voz firme:

—Muchacho, desata mi zurrón...

Lo desatamos; se quedó mirándome con fijeza y una
leve sonrisa floreció en su labios; un rubor casi imper-
ceptible tiñó sus mejillas pálidas y su frente sudorosa.

—Apártate un poco...

—No te muevas mucho...

—Bueno, bueno..., apártate.

Me retiré un poco hacia los matorrales. Sentía el
corazón cansado, pero en el pecho, quedamente, cantab-
an algo así como pájaros celestiales, y esto, unido al
continuo plañir del mar, era tan hermoso que se podría
estar escuchándolo un año entero...

En algún sitio no lejano se oía el murmullo de un riachuelo, como si una muchacha hablara a su amiga del hombre amado. . .

Sobre los matorrales apareció la cabeza del pañuelo amarillo, ya anudado como debía ser.

—¡Eh, eh, hermana, pronto te has levantado!

Apoyándose con una mano en la rama de un arbusto, estaba sentada, como desangrada, con el rostro exangüe y ceniciento y enormes lagunas azules en lugar de ojos. La mujer susurraba con arrobó:

—¡Mira cómo duerme! . . .

El niño dormía tranquilo, pero, a mi parecer, igual que todos los niños, y si había alguna diferencia, ésta consistía en el lugar y el medio: estaba tendido sobre un montón de brillantes hojas otoñales, bajo unos arbustos desconocidos en la provincia de Orel.

—Mejor sería que te acostaras, madre. . .

—No —rechazó la mujer, moviendo la cabeza desmayadamente—; tengo que recoger mis cosas e ir a ese pueblo. . . , ¿cómo se llama?

—¿A Ochemchiri?

—¡Eso es! Los míos deben estar ya a unas cuantas verstas de aquí.

—¿Pero tú vas a poder andar?

—¿Y la madre de Dios? Ella me ayudará. . .

—¡Bueno, si va con la madre de Dios, habrá que callarse!

La mujer —un mar de ternura fluyendo de sus ojos radiantes— contempla la carita disgustada y ceñuda del niño. Luego se pasa la lengua por los labios y se frota el pecho con gesto cansado.

Enciendo una fogata y coloco unas piedras al lado para poner sobre ellas la tetera.

—Ahora, madre, te daré té calentito. . .

—¡Oh, que bien! . . . Beber algo. . . Parece que se me ha secado todo dentro del pecho.

—¿Cómo es que te han abandonado tus paisanos?

—¡No me han abandonado!, ¿por qué? Yo misma me rezagué. Estaban un poco bebidos. Hice muy bien; si no cómo hubiera salido del trance delante de ellos. . .

Me mira y se tapa la cara con el brazo doblado; después, escupiendo sangre, sonríe avergonzada...

—¿Es el primero? —pregunto.

—Sí... ¿Quién eres tú?

—Algo así como una persona...

—¡Eso ya lo veo! ¿Casado?

—No he tenido el honor...

—¿Mientes?

—¿Por qué?

Baja los ojos y se queda pensativa.

—¿Y cómo es que sabes las cosas de las mujeres?

Ahora sí que miento, y le digo:

—He estudiado para esto. Soy estudiante. ¿Sabes lo que es eso?

—¡Claro que lo sé! El hijo mayor de nuestro pope también es estudiante, estudia para pope...

—Pues yo soy uno de éstos. Bueno, voy por agua...

La mujer volvió la cabeza hacia su hijo para escuchar su respiración. Después, miró en dirección al mar.

—De buena gana me lavaría, pero no conozco esta agua... ¿Qué clase de agua es? Salada, amarga.

—Lávate, lávate con ella, ¡es un agua magnífica!

—¿De verdad?

—Cierto. Y está más caliente que la del riachuelo; los ríos aquí son fríos como el hielo...

—Cuando tú lo dices...

Dormitando, la cabeza caída sobre el pecho, pasó cerca de nosotros un abjaso, cabalgando al paso un caballo pequeño, todo nervio, que moviendo las orejas nos miró oblicuamente con sus redondos ojos negros y dio un bufido. El jinete volvió con cuidado la cabeza, cubierta con un peludo gorro de piel, nos echó también una mirada y volvió a su modorra.

—¿Qué gente más desmañada es ésta, y da miedo —dijo en voz baja la de Orel.

Me alejé. Por entre las piedras saltaba rumorosa la corriente de agua cristalina y movediza como el mercurio.

rio; en ella se arremolinaban alegremente las hojas de otoño. ¡Qué maravilloso! Después de lavarme las manos y la cara, llené la tetera de agua. Al volver, vi a través de los matorrales a la mujer, que, mirando intranquila a su alrededor, se arrastraba de rodillas por la tierra, sobre las piedras.

—¿Qué te pasa?

Asustada, cambió de color y escondió alguna cosa bajo la falda: me figuré de lo que se trataba.

—Dámelo, yo lo enterraré...

—¡Oh, querido! ¿Cómo? Tenía que haber sido a la entrada del baño, bajo el piso...

—¿Crees que pronto habrá aquí una casa de baños?

—¡Sí, sí, bromea, pero yo tengo mi miedo! Y si de pronto viene una fiera y se lo come... Hay que enterrarlo...

Se volvió a un lado y, dándome un bulto pesado y húmedo, me dijo avergonzada, con un hilo de voz:

—Entiéralo lo mejor que puedas, muy, muy hondo... Te lo pido por Cristo... y por mi hijito..., ¡entiéralo bien!...

... Cuando me volví, la vi que venía del mar, tambaleándose, las manos extendidas, la falda mojada hasta la cintura, la cara suavemente sonrosada, como si la encendiera una llama interior. La ayudé a llegar hasta la fogata, pensando con asombro: ¡“Es fuerte como un roble!”

Después tomamos té con miel, y ella, con voz suave, me preguntó:

—¿Dejaste los estudios, o qué?

—Los dejé.

—¿Te diste al vino, eh?

—¡Por completo, madre!

—¡Ah, cómo eres! Te recuerdo, en Sujum me fijé en ti, cuando te peleaste con el jefe por la comida; entonces pensé para mis adentros que eras un borrachín, tan atrevido...

Y pasándose la lengua por los hinchados labios untados de miel no dejaba de mirar de reojo con sus ojos

azules entre las matas, donde dormía tranquilamente el recién nacido.

—¿Qué suerte le espera en el mundo? —dijo suspirando. Y mirándome añadió—: Gracias por tu ayuda... , pero no sé si habrá sido bueno para él o no, no lo sé... .

Terminó de beber el té, comió el último bocado, se santiguó y, en tanto yo recogía mis cosas, la vi mecerse de un lado para otro, somnolenta, medio adormilada, pensativa, mirando a la tierra con ojos de nuevo descoloridos. Después trató de incorporarse.

—¿Entonces, qué, te marchas?

—Me voy.

—¡Mira lo que haces, madre!

—¿Pero, y la Virgen María?... ¡Dámelo!

—Yo te lo llevaré... .

Discutimos, ella cedió al fin y emprendimos el camino apoyados el uno en el otro.

—Tengo miedo de caerme —dijo, disculpándose con una sonrisa, y puso su mano sobre mi hombro.

El nuevo habitante de la tierra rusa, el ser de destino incógnito, dormía profundamente en mis brazos. El mar cabrilleaba y rugía, deshaciéndose en blancos encajes de espumas; se oía el susurro de las hierbas, el sol fulguraba abandonando el cenit.

Caminábamos despacio, a veces la madre se detenía, respirando con fatiga, levantaba la cabeza, miraba a su alrededor, al mar, al bosque y a las montañas y después a la cara de su hijito: sus ojos, bañados en lágrimas por el sufrimiento, volvieron a ser asombradamente claros, de nuevo se encendieron y ardió en ellos el fuego azul de un amor infinito.

De repente, parándose, exclamó:

—¡Señor, Dios mío! ¡Todo ha salido bien, muy bien!, y si todo saliera así, todo así, iría hasta el mismo fin del mundo con tal que el hijito creciera, sí, creciera libre, cerca de mi pecho maternal, hijo de mis entrañas... .

...El mar brama, brama sin cesar... .

INDICE

	Página
Prólogo	5
El Castigo	15
Vaska el Rojo	18
Sasubrina	37
En la Estepa	46
Los Primeros Besos	62
Una... que Fue	73
Flor de Miseria	78
El Héroe	81
¡Compañero!... ..	88
Caín y Artemio	96
El Nacimiento del Hombre	134

COLECCION "CAMINO ABIERTO"

Esta colección tiene por finalidad entregar a nuestro pueblo obras de análisis o divulgación de los problemas socio-políticos más acuciantes, tanto de Chile como de cualquier otro país del mundo en donde se luche por la construcción de sociedades más humanas y más justas.

SERIE ANALISIS

PRIMEROS TITULOS:

1. "El Leninismo y la Victoria Popular", Carlos Cerda.
2. "Chile: Medicina y Socialismo", Dr. Alfonso González D.
3. "Génesis Histórica del Proceso Político Chileno", Enzo Faletto, Hugo Zemelman y Eduardo Ruiz.
4. "Obras Selectas de Luis Emilio Recabarren", Julio César Jobet, Jorge Barriá y Luis Vitale.
5. "La Nueva Cara del Fascismo", Dick Parker.
6. "Africa: Pasado y Presente", Eduardo Ortiz.

SERIE PENSAMIENTO Y ACCION

1. "Retrato Auténtico de Lenin", H. Guilbeaux.

COLECCION "CLASICOS DEL PENSAMIENTO SOCIAL"

La importancia del marxismo-leninismo en el acontecer histórico, desde la aparición del Manifiesto Comunista en 1848, es de tal magnitud que ya nadie se atreve a ignorarla, no sólo por su rigor científico, sino porque su aplicación práctica ha significado los cambios sociales de mayor trascendencia en la historia de la humanidad.

PRIMEROS TITULOS:

1. "Marx y Engels", D. Riazanov.
2. "Principios de Comunismo", F. Engels.
3. "Qué es Materialismo Dialéctico", O. Kuusinen.
4. "El Programa de los Bolcheviques", N. Bujarin.
5. "Qué es Materialismo Histórico", O. Kuusinen.
6. "Biografía del Manifiesto Comunista", C. Marx y F. Engels.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la
EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU, LTDA.,
el mes de febrero de 1972.
Bellavista 0153.
Edición de 50.000 ejemplares.
1.º al 30.º millar.
Hecho en Chile - Printed in Chile.

COLECCION QUIMANTU PARA TODOS



El conjunto de relatos que hoy ofrecemos como "Cuentos de Rebeldes y de Vagabundos" representa cabalmente el espíritu creador de Máximo Gorki (1869-1936), uno de los grandes escritores rusos. En sus páginas, que nos llevan desde el mar a las estepas, asoman esos rebeldes y esos vagabundos que, sin grandes palabras, tratan de desasirse del mundo anterior a la revolución, mostrando en sus existencias el dolor, la miseria, el desamparo y el terror, pero guardando, por lo general, una reserva que hará nacer la Revolución de Octubre.

TITULOS APARECIDOS:

1. "LA SANGRE Y LA ESPERANZA", Nicomedes Guzmán.
2. "TODAS IBAMOS A SER REINAS", Gabriela Mistral.
3. "EL CHILOTE OTEY" Y OTROS RELATOS", Francisco Coloane.
4. "LA VIUDA DEL CONVENTILLO", Alberto Romero.
5. "POEMAS INMORTALES", Pablo Neruda.
6. "CUENTOS DE PEDRO URDEMALES", Anónimo.
7. "DIEZ DIAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO", John Reed.
8. "CUENTOS DE REBELDES Y VAGABUNDOS", Mark Twain.

POR APARECER:

9. "HIJO DE LADRON", Manuel Rojas.
10. "EL ROBO DEL ELEFANTE BLANCO", Mark Twain.
11. "POESIA POPULAR CHILENA", Diego Muñoz.